



Ángel de Saavedra Rivas

Romances históricos

Comentarios de Salvador García
Castañeda

Índice

Una antigualla de Sevilla
El Alcázar de Sevilla
El fratricidio
Don Álvaro de Luna
Recuerdos de un grande hombre
Un embajador español

La buenaventura
La muerte de un caballero
Amor, honor y valor
La victoria de Pavía
Un castellano leal
El solemne desengaño
Una noche de Madrid en 1578
El conde de Villamediana
El cuento de un veterano
Bailén
La vuelta deseada
El sombrero

Una antigualla de Sevilla

Consta de tres romances: I, 104 versos en á-e, II, 124, é-o y III, 200, ú-a. Total, 428 versos.

Compuesto en Sevilla en 1838 y publicado en marzo del mismo año en el Liceo Artístico y Literario español, su fuente son los Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla (Madrid, 1677) de Diego Ortiz de Zúñiga, aunque John Dowling sugiere también las comedias El diablo está en Cantillana de Vélez de Guevara, y El montañés Juan Pascual, primer asistente de Sevilla de Hoz y Mota, y la segunda parte de la Historia, antigüedades y grandezas de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla de Pablo Espinosa de los Monteros¹.

Este romance, a mi parecer uno de los mejores de Rivas, muestra bien cómo se trataba un tema histórico a la manera romántica, aunque el episodio mismo, sucedido a principios de 1354, según Zúñiga, es de autenticidad dudosa. Rivas, pintor, tiene ocasión de crear aquí claroscuros y dramáticos contrastes de luz y sombra; como poeta, de trazar ambientes y personajes de manera magistral.

Se trata de una composición breve y bien construida en tres romances. Recordemos, en el I, el tono de leyenda antañona que afecta al principio, la ambientación -medrosa y nocturna- que prepara el duelo, y la espectacular aparición de la vieja a la vacilante luz del velón, entonado todo en rojos y negros que oscilan con la llama. Rivas no retrata a la fisgona hasta el final pues va sabiamente enumerando la ventanilla, la mano, el brazo, luego el candil y sólo al final el rostro. La estancia del tormento y sus accesorios -potro, cuerdas, garfios y garruchas- que tienen filiación moderna, y ultrapirénaica, pues recuerdan demasiado a otras escenas parecidas de mazmorras inquisitoriales.

El vocabulario reitera la sensación de oscuridad y luto («ocaso», «negro bulto»), el carácter fúnebre («corrompidos restos», «voz moribunda», «faz difunta») y una combinación del «sepulcral silencio» con sonidos onomatopéyicos («rechina... una garrucha», «chasquido de los huesos»). El final, intencionadamente del gusto popular, glorifica al déspota

sanguinario que borra con dádivas extravagantes sus pasadas tropelías.

Al Sr. D. Manuel Cepero.

Romance Primero

El candil

Más ha de quinientos años,
en una torcida calle,
que, de Sevilla en el centro,
da paso a otras principales;
cerca de la medianoche, 5
cuando la ciudad más grande
es de un grande cementerio
en silencio y paz imagen;
de dos desnudas espadas
que trababan un combate, 10
turbó el repentino encuentro
las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros
sonó por breves instantes,
lanzando azules centellas, 15
meteoro de desastres.

Y al gemido, «¡Dios me valga!
¡Muerto soy!», y al golpe grave
de un cuerpo que a tierra vino,
el silencio y paz renacen. 20

* * *

Al punto una ventanilla
de un pobre casuco abren;
y, de tendones y, huesos,
sin jugo, como sin carne,
Una mano y brazo asoman, 25
que sostienen por el aire
un candil, cuyos destellos
dan luz súbita a la calle.

En pos, un rostro aparece
de gomia o bruja espantable 30
a que otra marchita mano
o cubre o da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte
que salía a apoderarse

de aquella víctima humana 35
que acababan de inmolarle,
o de la eterna Justicia,
de cuyas miradas nadie
consigue ocultar un crimen,
el testigo formidable. 40

Pues a la llama mezquina,
con el ambiente ondeante,
que, dando luz roja al muro,
dibujaba desiguales

los tejados y azoteas 45
sobre el oscuro celaje,
dando fantásticas formas
a esquinas y bocacalles,
se vio en medio del arroyo,
cubierto de lodo y sangre, 50
el negro bulto tendido
de un traspasado cadáver.

Y de pie, a su frente, un hombre,
vestido negro ropaje,
con una espada en la mano, 55
roja hasta los gabilanes.

El cual, en el mismo punto,
sorprendido de encontrarse
bañado de luz, esconde
la faz en su embozo, y parte; 60
aunque no como el culpado
que se fuga por salvarse,
sino como el que inocente,
mueve tranquilo el pie y grave.

* * *

Al andar, sus choquezuelas 65
forman ruido notable,
como el que forman los dados
al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia
en la escena lamentable, 70
mas de tan mágico efecto,
y de un influjo tan grande
en la vieja que asomaba
el rostro y luz a la calle,
que, cual si oyera el silbido 75
de venenosa ceraste,

o crujir las negras alas
del precipitado arcángel,
grita en espantoso aullido,
«¡Virgen de los Reyes, valme!» 80

Suelta el candil, que en las piedras
se apaga y aceite esparce,
y cerrando la ventana

de un golpe, que la deshace,
bajo su mísero lecho 85
corre a tientas a ocultarse,
tan acongojada y yerta,
que apenas sus pulsos laten.

Por sorda y ciega haber sido
aquellos breves instantes, 90
la mitad diera gustosa
de sus días miserables,
y hubiera dado los días
de amor y dulces afanes
de su juventud, y dado 95
las caricias de sus padres,
los encantos de la cuna,
y..., en fin, hasta lo que nadie
enajena, la esperanza,
bien solo de los mortales; 100
pues lo que ha visto la abruma,
y la aterra lo que sabe,
que hay vistas que son peligros,
y aciertos que muerte valen.

Romance Segundo

El juez

Las cuatro esferas doradas, 105
que ensartadas en un perno,
obra colosal de moros
con resaltos y letreros,
de la torre de Sevilla,
eran remate soberbio, 110
do el gallardo giraldillo
hoy marca el mudable viento
(esferas que pocos años
después derrumbó en el suelo
un terremoto), brillaban 115
del sol matutino al fuego,
cuando en una sala estrecha
del antiguo alcázar regio,
que entonces reedificaban
tal cual hoy mismo le vemos, 120
en un sillón de respaldo
sentado está el rey don Pedro,
joven de gallardo talle,

mas de semblante severo.

A reverente distancia, 125
una rodilla en el suelo,
vestido de negra toga,
blanca barba, albo cabello,

Y con la vara de alcalde
rendida al poder supremo, 130
Martín Fernández Cerón
era emblema del respeto.

Y estas palabras de entrambos
recogió el dorado techo,
y la tradición guardólas 135
para que hoy suenen de nuevo:

R.- ¿Conque en medio de Sevilla
amaneció un hombre muerto,
y no venís a decirme
que está ya el matador preso? 140

A.- Señor, desde antes del alba,
en que el cadáver sangriento
recogí, varias pesquisas
inútilmente se han hecho.

R.- Más pronta Justicia, alcalde, 145
ha de haber donde yo reino,
y a sus vigilantes ojos
nada ha de estar encubierto.

A.- Tal vez, señor, los judíos,
tal vez, los moros sospecho... 150

R.- ¿Y os vais tras de las sospechas
cuando hay un testigo, y bueno?

¿No me habéis, alcalde, dicho,
que un candil se halló en el suelo
cerca del cadáver?... Basta, 155
que el candil os diga el reo.

A.- Un candil no tiene lengua.

R.- Pero tiénela su dueño,
y a moverla se le obliga
con las cuerdas del tormento. 160

Y, ¡vive Dios!, que esta noche
ha de estar en aquel puesto,
o vuestra cabeza, alcalde,
o la cabeza del reo.

* * *

El rey, temblando de ira, 165
del sillón se alzó de presto,
y el juez alzóse de tierra
temblando también de miedo,

y haciendo una reverencia,
y otra después, y otra luego, 170
salióse a ahorcar a Sevilla,
para salvarse, resuelto.

Síguele el rey con los ojos,
que estuvieran en su puesto
de un basilisco en la frente, 175
según eran de siniestros,

 y de satánica risa
dando la expresión al gesto,
salió detrás del alcalde
a pasos largos y lentos. 180

 Por el corredor estuvo
en las alcándaras viendo
azores y jerifaltes,
y dándoles agua y cebo.

 Y con uno sobre el puño 185
salió a dirigir él mismo
las obras de aquel palacio
en que muestra gran empeño.

 Y vio poner las portadas
de cincelados maderos, 190
y él mismo dictó las letras
que aún hoy notamos en ellos.

 Después habló largo rato,
a solas y con secreto,
a un su privado, Juan Diente, 195
destrísimo balletero,

 señalándole un retrato,
busto de piedra mal hecho,
que con corta semejanza
labró un peregrino griego. 200

* * *

 Fue a Triana, vio las naves
y marítimos aprestos;
de Santa Ana entró en la iglesia
y oró brevísimo tiempo;
 comió en la Torre del Oro, 205
a las tablas jugó luego
con Martín Gil de Alburquerque;
a caballo dio un paseo.

 Y cuando el sol descendía,
dejando esmaltado el cielo 210
de rosa, morado y oro,
con nubes de grana y fuego,

 tornó al alcázar, vistióse
sayo pardo, manto negro,
tomó un birrete sin plumas 215
y un estoque de Toledo,

 y bajando a los jardines
por un postigo secreto,
do Juan Diente le esperaba
entre murtas encubierto, 220

 salió solo, y esto dijo

con recato al balletero:
«Antes de la media noche
todo esté cual dicho tengo.»

Cerró el postigo por fuera, 225
y en el laberinto ciego
de las calles de Sevilla
desapareció, entre el pueblo.

Romance Tercero

La cabeza

Al tiempo que en el ocaso
su eterna llama sepulta 230
el sol, y tierras y cielos
con negras sombras se enlutan,
de la cárcel de Sevilla,
en una bóveda oscura,
que una lámpara de cobre 235
más bien asombra que alumbra,
pasaba una extraña escena,
de aquellas que nos angustian,
si en horrenda pesadilla
el sueño nos las dibuja. 240

Pues no asemejaba cosa
de este mundo, aunque se usan
en él cosas harto horrendas,
de que he presenciado muchas,
sino cosa del infierno, 245
funesta y maligna junta
de espectros y de vampiros,
festín horrible de furias.

En un sillón, sobre gradas,
se ve en negras vestiduras 250
al buen alcalde Cerón,
ceño grave, faz adusta.

A su lado en un bufete,
que más parece una tumba,
prepara un viejo notario 255
sus pergaminos y plumas.

Y de aquella estancia en medio,
de tablas con sangre sucias
se ve un lecho, y sus cortinas
son cuerdas, garfios, garruchas. 260

En torno de él, dos verdugos

de imbécil facha y robusta,
de un saco de cuero aprestan
hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina, 265
pues solamente se escucha
el chispeo de la llama
en la lámpara que ahúma
la bóveda, y de los hierros
que los verdugos rebuscan, 270
el metálico sonido
con que se apartan y juntan.

* * *

Pronto del severo alcalde
la voz sepulcral retumba,
diciendo: «Venga el testigo 275
que ha de sufrir la tortura.»

Se abrió al instante una puerta,
por la que sale confusa
algazara, ayes profundos
y gemidos que espeluznan. 280

Y luego, entre los sayones,
esbirros y vil gentuza,
de ademanes descompuestos
y de feroz catadura,
una vieja miserable, 285
de ropa y carne desnuda,
como un cuerpo que las hienas
sacan de la sepultura,

pues, sólo se ve que vive
porque flacamente lucha 290
con desmayados esfuerzos,
porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones;
la confortan y la ayudan
dos religiosos franciscos, 295
caladas sendas capuchas;

y la algazara y estruendo,
con que satánica turba,
lleva un precito a las llamas
por la bóveda retumba. 300

* * *

Un negro bulto en silencio,
también entra en la confusa
escena, y sin ser notado,
tras de un pilarón se oculta.

«Ven -grita un tosco verdugo 305
con una risada aguda-,
ven a casarte conmigo;
hecha está la cama, bruja.»

Otro, asiéndole los brazos

con una mano más dura 310
que unas tenazas, le dice:
«No volarás hoy a oscuras.»
Y otro, atándole las piernas:
«¿Y el bote con que te untas...?
Sobre la escoba a caballo 315
no has de hacer más de las tuyas.»
Estos chistes semejaban
los aullidos con que aguzan
la hambre los lobos al grito
de los cuervos que barruntan 320
los ya corrompidos restos
de una víctima insepulta;
la mofa con que los cafres
a su prisionero insultan.
* * *

Tienden en el triste lecho, 325
ya casi, casi difunta,
a la infelice, la enlazan
con ásperas ligaduras,
y de hierro un aparato
a su diestra mano ajustan, 330
que al impulso más pequeño
martirio espantoso anuncia.

Dice un sayón al alcalde:
«Ya está en jaula la lechuza,
y si aún a cantar se niega, 335
yo haré que cante o que cruja.»

Silencio el alcalde impone;
quédase todo en profunda
quietud, y sólo gemidos
casi apagados se escuchan. 340

«Mujer -prorrumpe Cerón-,
mujer, si vivir procuras,
declárame cuanto viste
y te dará Dios ayuda.»

«Nada vi, nada -responde 345
la infeliz-; por Santa Justa
juro que estaba durmiendo:
ni vi, ni oí cosa alguna.»

Replicó el juez: «Desdichada,
piensa, piensa lo que juras», 350
y tomando de las manos
del notario que le ayuda

un candil: «Mira -prosigue-
esta prenda que te acusa.
Di quién la tiró a la calle 355
pues confesaste ser tuya.»

La mísera se estremece
trémula toda y convulsa,

y respondió, desmayada:
«El demonio fue sin duda.» 360

Y tras de una breve pausa:
«Soy ciega, soy sorda y muda.
Matadme, pues, lo repito:
ni vi ni oí cosa alguna.»

El juez entonces, de mármol, 365
con la vara al lecho apunta,
ase una cuerda un verdugo,
rechina allá una garrucha;
la mano de la infelice
se disloca y descoyunta, 370
y al chasquido de los huesos
un alarido se junta.

«Piedad, que voy a decirlo»,
grita con voz moribunda
la víctima, y al momento 375
suspéndese la tortura.

- «Declara», el juez dice, y ella
cobrando un vigor que asusta,
prorrumpe: «El rey fue...» y su lengua
en la garganta se anuda. 380
Juez, escribano, verdugos,
todos con la faz difunta,
oyen tal nombre temblando,
y queda la estancia muda.

* * *

En esto, el desconocido 385
que tras del pilar se oculta,
hacia el potro del tormento
el firme paso apresura;

haciendo sus choquezuelas,
canillas y coyunturas, 390
el ruido que los dados
cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce
la infeliz, y se espeluzna,
y repite: «El rey; sus huesos 395
así sonaron, no hay duda.»

Al punto se desemboza
y la faz descubre adusta,
y los ojos como brasas,
aquel personaje, a cuya 400
presencia hincan la rodilla
cuantos la bóveda ocupan,
pues al rey don Pedro todos
conocen y se atribulan.

Éste saca de su seno 405
una bolsa, do relumbran
cien monedas de oro, y dice:

«Toma y socórrete, bruja.
»Has dicho verdad, y sabe
que el que a la Justicia oculta 410
la verdad es reo de muerte,
y cómplice de la culpa.
»Pero pues tú la dijiste,
ve en paz; el Cielo te escuda.
Yo soy, sí, quien mató al hombre, 415
mas Dios sólo a mí me juzga.
»Pero, porque satisfecha
quede la Justicia augusta,
ya la cabeza del reo
allí escarmientos pronuncia.» 420
Y era así; ya colocada
estaba la imagen suya
en la esquina do la muerte
dio a un hombre su espada aguda.
«Del Candilejo» la calle 425
desde entonces se intitula,
y el busto del rey Don Pedro
aún allí está, y nos asusta.

El Alcázar de Sevilla

Tiene cuatro romances: I, de 120 versos, rima í-a; II, 148, á-a; III, 124, á-o y IV, 220, é-o, total de 612 versos.

Apareció sin fechar, junto con otros cuatro romances en la edición de El moro expósito, volumen II, páginas 451-475 de 1834. Afirma Boussagol que fue compuesto en París en 1833, y que Rivas probablemente conocía la versión francesa de una obra de Trueba y Cosío, L'Espagne Romantique (traducción de Ch. A. Defauconpret, París, 1832, 3 vols.) en cuyo volumen II se cuenta la muerte de don Fadrique². No creo imposible que Rivas conociera el original inglés The Romance of History. Spain, aparecido en Londres en 1830, y que incluso adoptase el orden cronológico en que Trueba presenta sus episodios en este libro para hacer lo mismo más tarde con sus Romances históricos. No obstante, trata la muerte de don Fadrique de modo tan diferente al de Trueba que no hay puntos de contacto entre ambos. También el mismo crítico atribuye a The Castilian³, otra novela de Trueba sobre don Pedro el Cruel, el origen de las idas y venidas del monarca por Sevilla, el desfile de víctimas y el característico sonido de las «canillas y choquezuelas» del rey⁴. Aquí, Rivas sigue con fidelidad la Crónica de don Pedro I (Año 9, capítulo III), de Pedro López de Ayala⁵ y tan sólo se aparta de ella al final, para mayor dramatismo, cuando deja agonizante al Maestre por unas horas.

En el exilio parisino, recuerda el poeta con melancolía la Sevilla de jardines y alamedas, y su emocionada evocación del Alcázar sirve de fondo

a la figura del rey don Pedro de cuya novelesca historia son tres capítulos los tres Romances históricos que le dedica.

Romance Primero

Magnífico es el Alcázar
con que se ilustra Sevilla,
deliciosos sus jardines,
su excelsa portada rica.

De maderos entallados 5
en mil labores prolijas,
se levanta el frontispicio
de resaltadas cornisas;

hay en ellas un letrado
donde, con letras antiguas, 10
«don Pedro hizo estos palacios»,
esculpido se divisa.

Mal dicen en sus salones
las modernas fruslerías,
mal en sus soberbios patios 15
gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,
en la grata compañía
de chistosos sevillanos
y de sevillanas lindas, 20

recorrí aquellos verjeles,
en cuya entrada se miran
gigantes de arrayán hechos
con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos 25
forman calles extendidas,
y un oscuro laberinto
que a los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores
escondidos; se improvisan 30
saltando entre los mosaicos
de pintadas piedrecillas,
y a los forasteros mojan,
con algazara y con risa
de los que, ya escarmentados, 35
el chasco pesado evitan.

* * *

En las tardes del estío,
cuando al ocaso declina
el sol entre leves nubes,
que de oro y grana matiza, 40
aquel transparente cielo,

con ráfagas purpurinas,
cortado por un celaje
que el céfiro manso riza;

 aquella atmósfera ardiente 45
en que fuego se respira,
¡qué languidez dan al cuerpo!,
¡qué temple al alma divina!

 De los baños, tan famosos
por quien los gozó, la vista, 50
la del soberbio edificio,
obra gótica y morisca,

 tétrico en partes, en partes
alegre, y en el que indican
los dominios diferentes, 55
ya reparos, ya ruínas;

 con recuerdos y memorias
de las edades antiguas
y de los modernos años,
embargan la fantasía. 60

 El azahar y los jazmines,
que si los ojos hechizan,
embalsaman el ambiente
con los aromas que espiran;

 de las fuentes, el murmurio; 65
la lejana gritería
que de la ciudad, del río,
de la alameda contigua

 de Triana y de la puente
confusa llega y perdida, 70
con el son de las campanas
que en la alta Giralda vibran,

 forman un todo encantado,
que nunca jamás se olvida,
y que, al recordarlo, siempre 75
mi alma y corazón palpitan.

* * *

 Muchas deliciosas noches,
cuando aún ardiente latía
mi ya helado pecho, alegres,
de concurrencia escogida 80

 vi aquellos salones llenos,
y a la juventud, cuadrillas
o contradanzas bailando
al son de orquestas festivas.

 En las doradas techumbres, 85
los pasos, la charla y risas
de las parejas gallardas,
por amor tal vez unidas,

 con el son de los violines
confundidos se extendían, 90

acordes ecos hallando,
por las esmaltadas cimbrias.

* * *

Mas ¡ay! aquellos pensiles
no he pisado un solo día,
sin ver (¡sueños de mi mente!) 95
la sombra de la Padilla,
 lanzando un hondo gemido,
cruzar leve ante mi vista,
como un vapor, como un humo
que entre los árboles gira; 100
 ni entré en aquellos salones,
sin figurárseme erguida,
del fundador la fantasma
en helada sangre tinta;
 ni en el vestíbulo oscuro, 105
el que tiene en la cornisa
de los reyes los retratos,
el que en columnas estriba,
 al que adornan azulejos
abajo y esmalte arriba, 110
el que muestra en cada muro
un rico balcón, y encima
 el hondo artesón dorado
que lo corona y atrista,
sin ver en tierra un cadáver. 115
Aún en las losas se mira
 una tenaz mancha oscura...
¡ni las edades la limpian!...
¡Sangre! ¡sangre!... ¡Oh cielos, cuántos
sin saber que lo es, la pisan! 120

Romance Segundo

Quinientos años más joven
era el magnífico alcázar;
aún lustrosas sus paredes,
su alto almenaje sin faltas,
 y lucientes los esmaltes 125
de las techumbres doradas,
mansión del rey de Castilla
orgullosa se ostentaba,
 cuando del mayo florido
una apacible mañana, 130
en aquel salón que tiene
los balcones a la plaza,
 dos ilustres personajes

en grande silencio estaban:
un caballero era el uno; 135
el otro, una hermosa dama.
* * *

Rica berberisca alfombra,
del rey moro de Granada
don o tributo, cubría
las losas de aquella cuadra. 140

Un cortinaje de seda
con listas y flores varias,
matizado en el Oriente
que galeras venecianas
(tal vez de su Dux regalo) 145
trajeron a nuestra España,
del abierto balconaje
el radiante sol templaba.

En el testero de enfrente,
de maderas cinceladas 150
un rico oratorio había
con embutidos de nácar,
y en él la imagen devota
de la Virgen soberana,
escultura harto mezquina, 155
mas no de atractivos falta,
de la cual era el adorno
una corona de plata,
reverberando en su cerco
amatistas y esmeraldas. 160

Un manuscrito precioso
con las oraciones santas,
ornatos de miniatura,
y de oro y marfil las tapas,
colocado se veía 165
sobre un atril, que formaban
de un ángel mal esculpido,
aunque con primor, las alas;
y de brocado de oro
en el suelo una almohada, 170
mostrando, por medio hundida,
de dos rodillas la marca.

En los muros blanqueados
con cal de Morón, de caza
pendían varios trofeos, 175
banderas y limpias armas;
y en una mesa o bufete,
puesta en medio de la estancia,
con un tapete cubierta,
cuyos picos arrastraban, 180
un templado laúd había,
un rico juego de tablas,

búcaros llenos de flores
y un cofre de filigrana.

* * *

De un balcón sentóse cerca, 185
muy pensativa la dama,

en un gran sillón dorado,
cuyo respaldo formaba
un dosel o guardapolvo
en una curva gallarda, 190

de castillos, de leones
y de corona adornada;
un vistoso brial de seda
verde y con labores varias
de sirgo y perlas, y en torno 195
de oro recamos y franjas,

era su traje; una toca
muy más que la nieve blanca
y un claro cendal cubrían
sus trenzas negras y largas. 200

Celestial era su rostro
y divina su garganta;
pero del color de cera
que miedo y penas retrata;
dos soles eran sus ojos 205

bajo las luengas pestañas,
donde dos perlas preciosas
prontas a correr, brillaban.

Era una fresca azucena,
a quien cruda muerte amaga, 210
porque un corroedor gusano
ya su hondo cáliz desgarró.

Ora un blanco pañizuelo,
con puntas bordado y randas,
revolvía con las manos 215
convulsas y deslustradas;

ora absorta y distraída,
agitaba en torno el aura
con un precioso abanico
de ricas plumas de Arabia. 220

* * *

Delgado era el caballero,
de estatura no muy alta,
vivaces ojos, la boca
inquieta, roja la barba,
pálido y enjuto el rostro, 225
nariz corva y afilada,
noble su porte y siniestras
y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto,
de oro bordado y con chapas, 230

y una gorra en la cabeza
puesta de lado con gracia,
de largo a largo medía
con pasos lentos la estancia,
y pasiones diferentes 235
su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía,
arrojando fieras llamas
por los encendidos ojos,
hechos del infierno brasas; 240

luego extendían los labios
sonrisa feroz y amarga,
o en las doradas techumbres
fijaba atroces miradas;
bien apresurando el curso 245
de pie a cabeza temblaba;
bien repuesto proseguía
su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero,
ya tranquilo, ya con rabia, 250
revolverse a todos lados
dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra
no se oían sus pisadas;
pero sordas le crujían, 255
siempre que se meneaba,
canillas y choquezuelas.

Diz que el cielo (¡cosa rara!)
de igual rumor ha dotado
allá en tierras muy lejanas, 260
para que la evite el hombre,
a una serpiente que llaman
de cascabel, y que al punto
que se acerca pica y mata.

Doña María Padilla 265
era la llorosa dama,
y el callado caballero,
el rey don Pedro de España.

Romance Tercero

Cual de solitaria torre
en torno están revolando 270
fieras aves de rapiña,
cuando el sol baja al ocaso,
así en torno de don Pedro
vuelan pensamientos varios,

cuyas sombras ofuscaban 275
de su semblante los rasgos.

Ya ocupa su airada mente
el poder de sus hermanos,
a los que mató la madre
y a quienes llama bastardos; 280

ya de los grandes inquietos
la insolencia y desacato,
o la mengua del tesoro
sin medios de repararlo:

ya la linda doña Aldonza, 285
a quien tiene a buen recaudo,
o las sangrientas fantasmas
de inocentes que ha matado;
ya una proyectada empresa
rompiendo la fe de un pacto 290
contra el oro granadino;
o una traición o un engaño.

Mas como las mismas aves
se van escondiendo al cabo
entre las almenas rotas 295
del castillo solitario,

y sólo constante queda,
en torno de él volteando,
la más voraz, la más fuerte,
la que no admite descanso, 300

así aquel tropel confuso
de pensamientos extraños
en que se encontró don Pedro
envuelto pequeño rato,

en su pecho y su cabeza 305
fueron nidos encontrando,
y quedó despierta y viva,
dándole gran sobresalto,

la imagen de don Fadrique,
el mejor de sus hermanos, 310
norma de los caballeros
y maestro de Santiago.

* * *

Del rey de Aragón acaba
don Fadrique el esforzado
de conquistar a Jumilla 315
con noble denuedo y brazo;

deja en lugar de las barras
los castillos tremolando,
y viene a entregar las llaves
a su rey, señor y hermano. 320

Sabe el rey que no es rebelde,
que es su amigo y partidario,
y más que a Tello y a Enrique

lo está embravecido odiando.

Don Fadrique fue el que tuvo 325
de venir a Francia encargo
por la reina doña Blanca;
mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Narbona estuvo...,
y un rumor corrió entre tanto 330
de aquellos que son ponzoña;
ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina
y en una torre pagando
las tardanzas del viaje, 335
las hablillas de palacio;
y el cuello de don Fadrique
está en los hombros intacto,
porque tiene gran valía,
poder mucho y nombre claro. 340

Mas, ¡ay de él!... Es de las damas
el ídolo por su trato,
por su gallarda presencia
y por su esfuerzo bizarro;
y si no da sombra al trono, 345
porque es fiel, da ¡mal pecado!,
al corazón duros celos;
y esto es peor, si aquello es malo.

Doña María Padilla,
cuyo entendimiento claro 350
del regio amante penetra
los más ocultos arcanos,
y en quien la bondad del alma
sobrepaja a los encantos
de su peregrino rostro 355
y de su cuerpo gallardo,
vive víctima infelice
de continuo sobresalto,
porque al rey ama y le mira
a mal fin tender el paso. 360

Conoce que sobre sangre,
persecuciones y llantos
no está nunca firme un trono,
nunca seguro un palacio,
y tiene dos tiernas niñas, 365
que con otro padre acaso,
aunque ilegítimo fruto,
pudieran todo esperarlo.

Ve en el insigne Fadrique
un apoyo, un partidario; 370
sabe que llega a Sevilla
y a voces le está indicando
de su fiero amante el rostro,

que viene en momento aciago,
y por aquietar sospechas, 375
o darles punto más alto,
al fin, rompiendo el silencio,
aunque con trémulos labios
osó hablar, y estas palabras
entre los dos se mezclaron: 380
«¿Conque hoy llegará triunfante
don Fadrique, vuestro hermano?»
«Y por cierto que ya tarda
en llegar aquí el bastardo.»
«Bien os sirve!»... Sí, en Jumilla 385
como un héroe se ha portado;
de su lealtad os da pruebas;
es muy valiente.» «Lo es harto.»
«Ya estaréis, señor, seguro
de su pecho noble y franco.» 390
«Aún más lo estaré mañana.»
Enmudecieron entrambos.

Romance Cuarto

Grande rumor se alza y cunde
de armas, caballos y pueblo
de Sevilla por las calles, 395
al Maestre recibiendo.
Suenan los vivos unidos
con los retumbantes ecos,
que en la altísima Giralda
esparce el bronce hasta el cielo. 400
Vase acercando la turba,
pero se la escucha menos;
ya a la plaza de palacio
llega, y párase en silencio,
que la vista del alcázar 405
gozaba del privilegio
de apagar todo entusiasmo,
de convertir todo en miedo.
Quedó, pues, mudo el gentío,
falto de acción y de aliento, 410
para pisar la gran plaza
con un mágico respeto;
y el maestre de Santiago,
con algunos caballeros
de su Orden, entra, seguido 415
de corto acompañamiento.
Dirígese hacia la puerta,

como aquel que va derecho
a encontrar de un buen hermano
el alma y brazos abiertos, 420
o como noble caudillo,
que por sus gloriosos hechos
de un rey a recibir llega
los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano 425
que espuma respira y fuego,
y a quien contiene la brida
si ensoberbece el arreo,
muéstrase el noble Fadrique
con el blanco manto suelto, 430
en que el collar y cruz roja
van su dignidad diciendo;
y una toca de velludo
carmesí lleva, do el viento
agita un blanco penacho 435
con borlas de oro sujeto.

* * *

Pálido como la muerte
el iracundo don Pedro,
en cuanto entrar en la plaza
vio al hermano desde lejos, 440
como si de mármol fuera
quedó del salón en medio,
y en sus furibundos ojos
ardió un relámpago horrendo;
pero pronto en sí tornando, 445
salióse del aposento,
cual si del huésped quisiera
buscar afable el encuentro.

Así que volver la espalda
le vio la Padilla, lleno 450
el corazón de amargura
y de llanto el rostro bello,
álzase y sale turbada
del balcón al antepecho,
al gallardo maestro indica 455
con actitudes y gesto,

Que llega en mal hora, y mueve
por el aire el pañizuelo,
diciéndole en mudas señas
que se ponga en salvo luego. 460

Nada comprende Fadrique,
y por saludos teniendo
los avisos, corresponde
cual galán y cual discreto.

Y a la ancha portada llega, 465
do guardias y ballesteros

le dejan el paso libre,
mas no entrada a su cortejo.

Si no conoció las señas
de la Padilla, don Pedro 470
las conoció, pues paróse
aun indeciso y suspenso
de la cámara en la puerta
un breve instante, y volviendo
los ojos, vio que la dama 475
agitaba el blanco lienzo.

¡Oh Dios! ¿Fue esta acción tan noble
de tan puro y santo intento,
la que llamó a los verdugos,
y la que firmó el decreto? 480
* * *

Apenas puso el maestre,
de dos solos escuderos
seguido, el pie confiado
en el vestíbulo regio,
donde varios hombres de armas, 485
vestidos de doble hierro,
paseándose guardaban
de la escalera el ingreso,
cuando a uno de los balcones,
como aparición de infierno, 490
el rey se asoma, gritando:
«Matad al Maestre, maceros.»

Siguió, como en la tormenta,
el súbito rayo al trueno,
y seis reformidas mazas 495
sobre Fadrique cayeron.

Llevó la mano al estoque,
pero en el tabardo envuelto
halló el puño, y fue imposible
desenredarlo tan presto. 500

Cayó en tierra, un mar de sangre
del roto cráneo vertiendo,
y lanzando un alarido
que llegó ,sin duda, al cielo.

Voló al instante la nueva 505
de tan horrible suceso;
apelaron a la fuga
los freiles y caballeros;

huyó a esconderse en sus casas,
temblando de horror, el pueblo, 510
y del alcázar quedaron
los alrededores desiertos.

* * *

Diz que el ver sangre embravece
al tigre con tanto extremo,

que prosigue los destrozos, 515
aunque ya esté satisfecho

su vientre, porque se goza
en teñir de rojo el suelo.

Sin duda al rey de Castilla
le sucedía lo mismo. 520

En cuanto vio a don Fadrique
desplomarse en tierra, yerto,
corrió por palacio todo:

buscando a sus escuderos,
que, trémulos y amarillos, 525

de aposento en aposento
huyen, sin hallar amparo,
corren, sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse
o esconderse el uno de ellos; 530

Sancho Villegas, el otro,
no fue tan feliz o diestro.

Viendo que el rey le persigue,
entróse, de espanto muerto,
donde estaba la Padilla 535

desmayada y en su lecho,

asistida por sus damas
que están temblando de miedo,
y con sus niñas al lado,

ángeles en alma y cuerpo. 540

Mirando allí el infelice
aun perseguirle el espectro,

que en asilos no repara,
coge en sus brazos de presto

a doña Beatriz, que apenas 545
cuenta seis años completos,

hija por quien el rey tiene
el más cariñoso extremo.

Pero ¡ay! de nada le sirve...

En vano allá en el desierto 550

con la cruz santa se abraza
el peregrino, si recio

brama el sur, si arde el espacio,
si olas de arena, creciendo

mar espantoso, confunden 555
la baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos
y de rodillas, el pecho

traspasóle furibunda
la daga del rey don Pedro. 560

* * *

Cual si no hubiese en palacio
nada ocurrido de nuevo,
se asentó el rey a la mesa,

como acostumbra, comiendo.

Jugó enseguida a las tablas, 565
salió después a paseo,
fue a ver armar las galeras
que han de ir a Vizcaya luego;
y en cuanto cubrió la noche
con su manto el hemisferio 570
entró en la Torre del Oro,
donde tiene en un encierro
a la linda doña Aldonza,
a la cual del monasterio
de Santa Clara ha sacado, 575
y a la que idolatra ciego.

Fue un rato a hablar en seguida
con Leví, su tesorero,
en quien tiene su privanza,
aunque es un infame hebreo; 580
y muy tarde retiróse
sin más acompañamiento
que un moro, su favorito,
hombre bajo por supuesto.

Entró en el tranquilo Alcázar, 585
llego al vestíbulo excelso,
y en él paróse un instante,
la vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente
del artesonado techo 590
en derredor derramaba
ya sombras, y ya reflejos.

Entre las tersas columnas
dos hombres de armas, dos negros
bultos paseaban solos, 595
vigilantes y en silencio;
y en tierra aún tendido estaba,
de un lago de sangre en medio,
el maestre don Fadrique
en su roto manto envuelto. 600

Se acercó el rey, contemplóle
con atención un momento,
y notando que no estaba
del todo su hermano muerto,
pues aún respiraba acaso 605
palpitante el hondo pecho,
le dio con el pie un empuje
que hizo estremecer el cuerpo;
desnudó la aguda daga,
al moro la dio, diciendo: 610
«Acábalo», y sosegado
subió y entregóse al sueño.

El fratricidio

Cuatro romances: I, 72 versos en -ó; II, 140, ú-o; III, 136, é-a y IV, ó-o. Total, 468 versos.

Este romance, cuyo primer título era El castillo de Montiel, fue leído en el Liceo de Sevilla el 15 de junio de 1838 y publicado luego en la Revista de Madrid, II (agosto de 1838), 86-97. La fuente del romance I es la mencionada Crónica de don Pedro de López de Ayala (capítulo IV, año 20); la del II, varios elementos dispersos en The Castilian; y el III, que describe las pesadillas nocturnas del rey, lleva como nota al verso 321 una cita de Shakespeare: «A horse! A horse! My kingdom for a horse!» (King Richard III, acto V, escena IV). Esa nota figura en la primera edición de los romances, lo cual hizo pensar a Rivas Cherif en una influencia directa del dramaturgo inglés sobre Rivas⁶. Boussagol advierte, sin embargo, que Trueba encabeza el capítulo XII de The Castilian, II, con idéntica cita y que en el XI, «The Dream», del tomo III, describe asimismo el angustiado sueño del rey. Aunque la fuente del último romance continúa siendo Ayala, Saavedra adjudica a Du Guesclin el papel de traidor, en lo que sigue al padre Mariana, único que lo vio de este modo.

En el romance II destacan la caótica escena nocturna en el castillo de Montiel, y la descripción de su presente ruina. Notable es también la pesadilla de don Pedro, en el III⁷. Aunque termina siendo víctima de su propia violencia, en ésta y en otras ocasiones, don Pedro se nos presenta cruel pero desgraciado, atrabiliario pero amante de la justicia y consciente siempre de su dignidad de monarca.

Romance Primero

El español y el francés

«Mosén Beltrán, si sois noble
doleos de mi Señor,
y deba corona y vida
a un caballero cual vos.

»Ponedlo en cobro esta noche, 5
así el Cielo os dé favor;
salvad a un rey desdichado
que una batalla perdió.

»Yo con la mano en mi espada
y la mente puesta en Dios, 10
en su real nombre os ofrezco,
y ved que os la ofrezco yo,

»en perpetuo señorío
la cumplida donación
de Soria y de Monteagudo, 15
de Almansa, Atienza y Serón.

»Y a más doscientas mil doblas
de oro, de ley superior,
con el cuño de Castilla,
con el sello de León, 20

»para que paguéis la hueste
de allende que está con vos,
y con que fundéis estado
donde más os venga en pro.

»Socorred al rey don Pedro, 25
que es legítimo, otro no;
coronad vuestras proezas
con tan generosa acción.»

* * *

Así cuando en Occidente,
tras siniestro nubarrón, 30
un anochecer de marzo
su lumbre ocultaba el sol,
al pie del triste castillo
de Montiel, donde el pendón
vencido del rey don Pedro, 35
aun daba a España pavor;

Men Rodríguez de Sanabria
con Beltrán Claquín hablo;
y éste le dio por respuesta
con francesa lengua y voz: 40

* * *

«Castellano caballero,
pues hidalgo os hizo Dios,
considerad que vasallo
del rey de Francia soy yo;
»y que de él es enemigo 45
don Pedro, vuestro señor,
pues en liga con ingleses
le mueve guerra feroz.

»Considerad que sirviendo
al infante Enrique está, 50
que le juré pleitesía,
que gajes me da y ración.

»Mas ya que por caballero
vení a buscarme vos,
consultaré con los míos 55
si os puedo servir o no.

»Y como ellos me aconsejen
que dé a don Pedro favor,
y que sin menguar mi honra
puedo guarecerle yo, 60

»en siendo la medianoche
pondré un luciente farol
delante de la mi tienda
y encima de mi pendón.
»Si lo veis, luego veníos 65
vuestro rey don Pedro y vos
en sendos caballos, solos,
sin armas y sin temor.»
Dijo el francés, y a su campo
sin despedirse tornó, 70
y en silencio, hacia el castillo,
retiróse el español.

Romance Segundo

El Castillo

Inútil montón de piedras,
de años y hazañas sepulcro,
que viandantes y pastores 75
miran de noche con susto,
cuando en tus almenas rotas
grita el cárabo nocturno
y recuerda las consejas
que de ti repite el vulgo; 80
escombros que han perdonado,
para escarmiento del mundo,
la guadaña de los siglos,
el rayo del cielo justo:
esqueleto de un gigante, 85
peso de un collado inculto,
cadáver de un delincuente
de quien fue el tiempo verdugo;
Nido de aves de rapiña,
y de reptiles inmundos 90
vivar, y en que eres lo mismo,
de lo que eras ha cien lustros;
pregonero que publicas
elocuente, aunque tan mudo,
que siempre han sido los hombres 95
miseria, opresión, orgullo;
de Montiel viejo castillo,
montón de piedras y musgo,
donde en vez de centinelas
gritan los siniestros búhos, 100

¡cuán distinto te contemplo
de lo que estabas robusto,
la noche aquella que fuiste
del rey don Pedro refugio!

* * *

Era una noche de marzo, 105
de un marzo invernal y crudo,
en que con negras tinieblas
se viste el orbe de luto.

El castillo, cuya torre
del homenaje el oscuro 110
cielo taladraba altiva,
formaba de un monte el bulto.

Sobre su almenada frente,
por el espacio confuso,
pesadas nubes rodaban 115
del huracán al impulso.

Del huracán, que silbando
azotaba el recio muro
con espesa lluvia a veces,
y con granizo menudo; 120
y a veces rasgando el toldo

de nubarrones adustos,
dos o tres rojas estrellas,
ojos del cielo sañudos,
descubría amenazantes 125
sobre el edificio rudo
y sobre el vecino campo
del cielo entrambos insulto.

Circundaban el castillo,
como cercan a un difunto 130
las amarillas candelas,
fogatas de triste anuncio,
pues eran del enemigo
vencedor, y que sañudo
el asalto preparaba 135
codicioso y furibundo.

* * *

De la triste fortaleza
no aspecto de menos susto
el interior presentaba,
último amparo y recurso 140

De un ejército vencido,
desalentado, confuso;
de hambre y sed atormentado,
y de despecho convulso.

En medio del patio ardía 145
una gran lumbrada, a cuyo
resplandor de infierno, en torno
varios satánicos grupos

apiñados se veían,
en lo interno de los muros 150
altas sombras proyectando
de fantásticos dibujos.

Gente era del rey don Pedro,
y se mostraban los unos
de hierro y sayos vestidos; 155
los otros medio desnudos.

Allí de horrendas heridas,
dando tristes ayes, muchos
la sangre se restañaban
con lienzos rotos y sucios. 160

Otros cantaban a un lado
mil cánticos disolutos,
y fanfarronas blasfemias
lanzaba su labio inmundo.

Allá de una res asada 165
los restos fríos y crudos
se disputaban feroces,
esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros
y desastrosos anuncios, 170
que escuchaban los cobardes
pasmados y taciturnos.

Ni los nobles caballeros
hallan respeto ninguno,
ni el orden y disciplina 175
restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda,
nadie vigila en los muros,
todo es peligro y desorden,
todo confusión y susto: 180

los relinchos de caballos,
los ayes de moribundos,
las carcajadas, las voces,
las blasfemias, los insultos,
el crujido de las armas, 185

los varios trajes, los duros
rostros formaban un todo
tan horrendo y tan confuso,
alumbrado por la llamas
o escondido por el humo, 190
que asemejaba una escena
del infierno y no del mundo.

* * *

El rey don Pedro, entre tanto
separado de los suyos,
en una segura cuadra 195
se entregó al sueño profundo.

Mientras en un alta torre,

despreciando los impulsos
del huracán y la lluvia,
de lealtad noble trasunto, 200
Men Rodríguez de Sanabria
no separaba ni un punto,
del lado donde sus tiendas
la francesa gente puso,
los ojos y el pensamiento, 205
ansiendo anhelante y mudo
ver la señal concertada,
astro de benigno influjo,
norte que de sus esfuerzos
pueda dirigir el rumbo, 210
por donde su rey consiga
de salud puerto seguro.

Romance Tercero

El dormido

Anuncia ya medianoche
la campana de la Vela,
cuando un farol aparece 215
de Claquín ante la tienda.
Y no mísero piloto,
que sobre escollos navega,
perdido el rumbo y el norte
en noche espantosa y negra, 220
ve al doblar un alta roca
del faro amigo la estrella,
indicándole el abrigo
de seguro puerto cerca,
Con más placer que Sanabria 225
la luz que el alma le llena
de consuelo, y que anhelante
esperó entre las almenas.
Latiéndole el noble pecho
desciende súbito de ellas, 230
y ciego bulto entre sombras
el corredor atraviesa.
* * *
Sin detenerse un instante
hasta la cámara llega,
do el rey don Pedro descanso 235
buscó por la vez postrera.

Sólo Sanabria la llave
tiene de la estancia regia,
que a noble de tanta estima
solamente el rey la entrega. 240

Cuidando de no hacer ruido
abre la ferrada puerta,
y al penetrar sus umbrales
súbito espanto le hiela.

No de aquel respeto propio 245
de vasallo que se acerca
a postrarse reverente
de su rey en la presencia;

no aquel que agobiaba a todos
los hombres de aquella era, 250
al hallarse de improviso
con el rey don Pedro cerca,

sino de más alto origen,
cual si en la cámara hubiera
una cosa inexplicable 255
sobrenatural, tremenda.

* * *

Del hogar la estancia toda
falsa luz recibe apenas
por las azuladas llamas
de una lumbre casi muerta. 260

Y los altos pilarones,
y las sombras que proyectan
en pavimento y paredes,
y el humo leve que vuela
por la bóveda y los lazos 265

y los mascarones de ella,
y las armas y estandartes
que pendientes la rodean,
todo parece movable,
todo de formas siniestras, 270
a los trémulos respiros
de la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria,
al entrar en tal escena
se siente desfallecido, 275
y sus duros miembros tiemblan,
advirtiendo que don Pedro
no en su lecho, sino en tierra,
yace tendido y convulso,
pues se mueve y se revuelca, 280
con el estoque empuñado,
medio de la vaina fuera,
con las ropas desgarradas,
y que solloza y se queja.

Quiere ir a darle socorro..., 285

mas, ¡ay!, en vano lo intenta,
en un mármol convertido
quédase clavado en tierra,
oyendo al rey balbuciente,
so la infernal influencia 290
de ahogadora pesadilla,
prorrumpir de esta manera:
* * *

«Doña Leonor... ¡vil madrastra!
quita, quita... que me aprietas
el corazón con tus manos 295
de hierro encendido..., espera.

»Don Fadrique no me ahogues...
No me mires, que me quemas.
¡Tello!... ¡Coronel!... ¡Osorio!...
¿Qué queréis traidores?, ¡ea! 300

»Mil vidas os arrancara
¿No tembláis?... Dejadme... afuera,
¿También tú, Blanca?... Y aún tienes
mi corona en tu cabeza...

»¿Osas maldecirme? ¡Inicua! 305
Hasta Bermejo se acerca...
¡Moro infame!... Temblad todos.
Mas, ¿qué turba me rodea?...

»¡Zorzo, a ellos!: ¡Sus, Juan Diente,
¿Aún todos viven?... Pues mueran. 310
Ved que soy el rey don Pedro,
dueño de vuestras cabezas.

»¡Ay, que estoy nadando en sangre!
¿qué espadas, decid, son ésas?...
¿qué dogales?, ¿qué venenos?, 315
¿qué huesos?, ¿qué calaveras?...

»Roncas trompetas escucho...
Un ejército me cerca,
¿y yo a pie?... Denme un caballo
y una lanza... Vengan, vengan. 320

»Un caballo y una lanza.
¿Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida;
por un corcel, mi diadema.

»¿No hay quien a su rey socorra?» 325
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence,
y exclama: «Conmigo cuenta.»

* * *

A sacar el rey acude
de la pesadilla horrenda: 330
«¡Mi rey! ¡Mi señor!» le grita,
y lo mueve, y lo despierta
Abre los ojos don Pedro

y se confunde y se aterra,
hallándose en tal estado 335
y con un hombre tan cerca.

Mas luego que reconoce
al noble Sanabria, alienta,
y, «Soñé que andaba a caza»,
dice con turbada lengua. 340

Sudoroso, vacilante,
se alza del suelo, se sienta
en un sillón, y pregunta:
«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»
«Señor -responde Sanabria-, 345
el francés hizo la seña.»
«Pues vamos, -dice don Pedro-,
haga el Cielo lo que quiera.»

Romance Cuarto

Los dos hermanos

De Mosén Beltrán Claquín
ante la tienda de pronto, 350
páranse dos caballeros
ocultos en los embozos.

El rey don Pedro era el uno,
Rodríguez Sanabria el otro,
que en la fe de un enemigo 355
piensan encontrar socorro.

Con gran prisa descabalgan,
y ya se encuentran en torno
rodeados de franceses
armados y silenciosos, 360
en cuyos cascos gascones,
y en cuyos azules ojos
refleja el farol, que alumbra
cual siniestro meteoro.

Entran dentro de la tienda 365
ya vacilantes, pues todo
empiezan a verlo entonces
de aspecto siniestro y torvo.

Una lámpara de azófar
alumbra trémula y poco, 370
mas deja ver un bufete,
un sillón de roble tosco,
un lecho y una armadura,

y lo que fue más asombro,
cuatro hombres de armas inmóviles, 375
de acero vivos escollos.

* * *

Don Pedro se desemboza
y: «Vamos ya», dice ronco,
y al instante uno de aquéllos,
con una mano de plomo, 380

que una manopla vestía
de dura malla, brioso
ase el regio brazo y dice:
«Esperad, que será poco.»

Al mismo tiempo a Sanabria 385
por detrás sujetan otros,
arráncanle de improviso
la espada, y cúbrénle su rostro.

«Traición!, traición!», gritan ambos
luchando con noble arrojo; 390
cuando entre antorchas y lanzas
en la escena entran de pronto

Beltrán Claquín, desarmado,
y don Enrique, furioso,
cubierto de pie a cabeza 395
de un arnés de plata y oro,
y ardiendo limpia en su mano
la desnuda daga, como
arde el rayo de los cielos,
que va a trastornar el polo, 400

de don Pedro el brazo suelta
el forzado armado, y todo
queda en profundo silencio,
silencio de horror y asombro.

* * *

Ni Enrique a Pedro conoce, 405
ni Pedro a Enrique: apartólos
el Cielo hace muchos años,
años de agravios y enconos,
un mar de rugiente sangre,
de huesos un promontorio, 410
de crímenes un abismo,
poniendo entre el uno y otro.

Don Enrique fue el primero
que con satánico tono:
«¿Quién de estos dos es -prorrumpe- 415
el objeto de mis odios?»

«Vil bastardo -le responde
don Pedro, iracundo y torvo-,
yo soy tu rey; tiembla, aleve;
hunde tu frente en el polvo.» 420

Se embisten los dos hermanos;

y don Enrique, furioso,
como tigre embravecido,
hiere a don Pedro en el rostro.

Don Pedro, cual león rugiente, 425
«¡Traidor!», grita; por los ojos
lanza infernal fuego, abraza
a su armado hermano, como
a la colmena ligera
feroz y forzado el oso, 430
y traban lucha espantosa
que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,
se hieren de un lado y otro,
la tierra inundan en sangre, 435
lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan, se maldicen,
dagas, dientes, uñas, todo
es de aquellos dos hermanos
a saciar la furia poco. 440

* * *

Pedro a Enrique al cabo pone
debajo, y se apresta, ansioso,
de su crueldad o justicia
a dar nuevo testimonio,
cuando Claquín, ¡oh desgracia!, 445
(en nuestros debates propios
siempre ha de haber extranjeros
que decidan a su antojo);

Cuando Claquín, trastornando
la suerte llega de pronto, 450
sujeta a don Pedro, y pone
sobre él a Enrique, alevoso,
diciendo el aventurero
de tal maldad en abono:
«Sirvo en esto a mi señor: 455
ni rey quito ni rey pongo.»

No duró más el combate;
de su rey en lo más hondo
del corazón, la corona
busca Enrique, hunde hasta el pomo 460
el acero fratricida,
y con él el puño todo
para asegurarse de ella,
para agarrarla furioso.

Y la sacó... ¡goteando 465
sangre!... De funesto gozo
retumbó en el campo un «viva»,
y el infierno repitiólo.

Don Álvaro de Luna

Cuatro romances: I, 180 versos en é-o; II, 140, í-o; III, 184, ú-a y IV, 160, é-a8. Total, 592 versos.

Entre las crónicas de la vida y muerte de don Álvaro de Luna que utilizó Rivas están la Crónica del Cardenal González de Mendoza. Apología de D. Alvaro de Luna. Parte V, de Pedro Salazar de Mendoza; la Crónica de D. Álvaro de Luna, de autor anónimo; la Crónica de D. Juan II, año 1453, cap. II de Fernán Pérez de Guzmán y, en particular, el Centón epistolario, superchería que corrió mucho tiempo a nombre del bachiller Fernán Gómez de Ciudadreal. Quizás la idea de tratar este asunto le viniera de Quintana, cuya Vida de don Álvaro de Luna, también basada en el mismo Centón, apareció en 1833, ya que Rivas dio fin a este romance en París y en el mismo año⁹.

Destacan aquí la escena costumbrista inicial, la descripción de la comitiva, en la que contrastan los colores que viste el Maestre con el blanco y negro de sus acompañantes; severidad y luto que se repite más adelante con motivo del cortejo camino del cadalso.

El de Luna es «un cristiano, un caballero, / un hombre de fe y de alcurnia» que pasa por el romance como una imagen de resignado infortunio. Cada vez más cercano su fin, crece en dignidad y estatura moral, mostrándose superior a cuantos le rodean y al mismo rey -«¡Grande mal es la flaqueza / en hombre que cetro empuña!»-, quien es víctima de su falta de ánimo y de su impotencia.

Hasta el espléndido final, sigue el poeta muy de cerca el supuesto relato de Ciudadreal, aunque haya substituido el puñal de la Crónica y de los romances por un hacha, más efectista y más noble, que pone fin a la vida del Condestable.

Romance Primero

La venta

En la ruta de Portillo
y en las márgenes del Duero,
hubo (aún escombros lo dicen)
una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana 5
estaba sentado un lego
de San Francisco, tres mulas
de los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina

se hallaban dos reverendos, 10
de una sartén apurando
magras con tomate y huevos.

De maestresala servía,
sin caperuza, el ventero,
que solícito llenaba 15
las tazas del vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
predicador del convento
del Abrojo; el otro un fraile
anciano, de ciencia y peso. 20

* * *

Aunque con buen apetito,
mustios ambos y en silencio
se mostraban, cuando el huésped
les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres, 25
que el condestable está preso?...
Anoche dio esta noticia,
que nos pasmó, un caballero.»

Contestóle el religioso:
«Pues no os engañó, que es cierto.» 30

Y continuó el padre Espina:
«Sí, desengaños son éstos
»que avisan a los mortales
de que son perecederos
los bienes que nos da el mundo, 35
y su grandeza, embeleco.»

El villano, sin turbarse,
le cortó el sermón diciendo:
«Y también de que castiga
sin palo ni piedra el cielo. 40

»Aún está fresca la sangre
de Alonso López Vivero.
Yo estaba al pie de la torre
cuando el condestable mismo
»lo arrojó de ella; y he visto 45
de oro las cargas a cientos
entrar allá en su palacio.

Dicen también, y lo creo,
»que hechizado al rey tenía,
y aún añaden ...» «No debemos 50
-dijo, grave, el religioso-
dar a hablilla tal acceso.»

* * *

La ventera, que hasta entonces
se estuvo callada al fuego,
con la mano en la mejilla 55
mostrando gran sentimiento,
y que era, aunque no muy verde,

fresca y limpia con extremo,
abultada de pechera
y con grandes ojos negros, 60
saltó súbita: «Envidiosos
que no sirven, ni por pienso,
para descalzarle han sido
los que en trance tal le han puesto.»

Díjole el marido: «Calla.» 65
Y ella respondió: «No quiero...
¡Qué señor tan llano..., parte
el corazón!... Mes y medio

»Hace que le vimos todos
tan galán, en el festejo 70
que se celebró en la plaza
de Valladolid... ¡Qué diestro!

»¡Qué valiente!... ¡Qué gallardo!
Fue el único del torneo.»

«Calla», con cólera grande 75
volvió a decir el ventero;
y ella, en vez de obedecerle,
a continuar: «¡Qué discreto!
El oírle daba gusto...

Alfonso López Vivero 80
»era un vil que lo vendía.»

«Calla», repitió de nuevo
más airado el hombre; y ella:
«No me da la gana; cierto

»Es cuanto digo... El tesoro 85
lo ganó en la guerra, o premio
es que el rey le ha dado en paga
de servicios que le ha hecho.

»La reina y los ricoshombres
revoltosos y soberbios...»- 90
«Maldita tu lengua sea
-clamó, furioso, el ventero-.

»Tú, porque allá te criaste
en su palacio, y... yo ¡necio!»
y ella prosiguió llorando: 95
«La tonta fui yo, mostrenco.»

Iban en el matrimonio
a poner paz y concierto
los padres, cuando «¡Ya llegan!»,
gritó desde fuera el lego; 100

y dejando a los esposos,
que sin duda prosiguiendo
la disputa, la acabaran
a puñadas, según temo,
fuéronse a la puerta al punto, 105
sobre sus mulas subieron,
y aquella venta dejaron

hecha un abreviado infierno.

Romance Segundo

El camino

Se alza una nube de polvo
de lejos por el camino, 110
y al tropel que la levanta
borra y tiene confundido.

En ella relampaguean
reflejos de acero limpio,
y forman un trueno sordo 115
herraduras y relinchos.

Dando lugar a que llegue,
los religiosos franciscos
a lento paso se ponen,
y atrás miran de continuo. 120
* * *

Se acerca gran cabalgada,
y vese claro y distinto
que Diego Estúñiga, el joven,
es de ella jefe y caudillo.

En un alazán fogoso 125
viene, de hierro vestido,
la gruesa lanza en la cuja,
la luenga espada en el cinto;
un penacho jalde y negro,
cual matorral sobre un risco, 130
ondea sobre su almete,
y da al sol variados visos.

El ancho dorado escudo,
de una cadena ceñido,
ostenta la banda negra, 135
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,
de la cimera al estribo
armados de punta en blanco,
y en las lanzas pendoncillos. 140

Marchan todos en silencio,
y en todos el sobrescrito
de gran duelo y gran tristeza
se ve de ballesta a tiro.

Se dijera ser la escolta, 145
no de un caballero vivo,

sí de un caballero muerto
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venía,
cabizbajo y abatido, 150
caballero en una mula
con jaeces harto ricos,
un insigne personaje,
de aspecto notable y digno,
de estatura no muy alta, 155
pero gallarda y de brío.

Un sayo de paño verde
con franjas de oro guarnido
es su traje, y lleva al hombro,
más blanco que los armiños, 160
un gran manto, en cuyos pliegues
la cruz roja, distintivo
de maestro de Santiago,
luce en recamo prolijo,
y una toca de velludo 165
negro con bordados picos,
mas sin airón ni garzota,
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,
bien que apagado y sombrío, 170
y su aire tan de persona
de poder y de dominio,
que por más que se notaba
ser un preso, descubrirlo
sin sentir era imposible 175
cierto respeto sumiso.

Don Álvaro era de Luna,
del rey don Juan favorito,
que a Castilla largos años
rigió sin freno a su arbitrio. 180
* * *

Cuando emparejó la tropa
con los dos padres franciscos,
paráronse éstos, y humildes,
saludo cortés y fino
hicieron al condestable, 185
de quien eran muy amigos.
don Álvaro contestóles
tan galán como expresivo.

Ellos en la armada escolta
se ingirieron de improviso, 190
tomando del gran maestro
a uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron
todos en silencio hundidos;
pero al cabo el padre Espina 195

se resolvió, y así dijo:

«En verdad, señor, que valen
poco del mundo mezquino
las honras y los haberes
para el varón de juicio. 200

»El hombre cristiano y cuerdo
debe hacia norte más fijo
encaminar su esperanza,
servir sólo a Dios benigno.

»Lo que nos da, lo mantiene, 205
y al que busca en Él asilo,
para siempre se lo acuerda
en eterno paraíso.»

Con grande atención escucha
tan saludables avisos 210
don Álvaro, que engañado
juzgó, al salir de Portillo,
que iba a recobrar honores,
favor, riqueza y dominio;
y entreviendo en el instante 215
su verdadero destino,

se estremeció a pesar suyo,
cubrióse de sudor frío,
y, «¿Voy a morir acaso?»
preguntó como indeciso. 220

Contestóle el religioso:
«Todos; mientras somos vivos,
vamos a morir. El hombre
que va preso... en más peligro...»

- «Basta -exclamó el condestable, 225
y dando a su aspecto altivo
gran dignidad y gran calma,
y al semblante noble brillo-,

»Basta -siguió- no es la muerte,
cuando se sabe de fijo 230
que llega, tan espantosa
como el vulgo vil ha dicho.

»Venga pues: si el rey lo quiere,
yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance 235
no me dejéis, os suplico.»

Oyendo tales razones
lloró Estúñiga escondido
en su celada, y lloraron
hasta los armados mismos. 240

Ambos buenos religiosos
cumplieron bien con su oficio,
consolando al condestable
con discreción y con tino,
y él, oyéndolos atento, 245

siguió la marcha tranquilo,
sin dar de dolor ni susto
en su noble rostro viso.

Romance Tercero

Las calles. La capilla. El palacio

Para quién al día siguiente
mira la muerte segura, 250
el declinar de la tarde
solemnidad tiene mucha.
En el sol, que va a ponerse,
y espeso vapor ofusca
(semejante a un rey que el trono 255
a su pesar desocupa,
y dignidad conservando
del mundo huye, y se sepulta
donde los hombres no adviertan
su dolor y desventuras), 260
con honda atención los ojos
clavó don Álvaro de Luna.
Así que lo vio transpuesto
lanzó un suspiro de angustia,
como el que lanza el amante 265
cuando el horizonte oculta
el bajel en que su amada
los desiertos mares surca
para no volver. Ansioso
lleva sus miradas mudas 270
a los montes apartados
cuyas cumbres aún relumbran;
a los ya enlutados bosques,
a las calladas llanuras,
a los altos campanarios 275
que entre nieblas se dibujan;
retardar el despedirse
de la perspectiva augusta
que presenta el Universo,
parece que sólo busca. 280
Y al notar que poco a poco
la luz menguante y confusa
del crepúsculo confunde
la escena que le circunda,
piensa ya ver de la muerte 285

la terrible sombra, en cuya
oscuridad para siempre
corre a hundirse, y se atribula.

Sus pensamientos penetran
los doctos frailes, y endulzan 290
con eternas esperanzas
su meditación profunda.

* * *

Entre dos luces llegaron
a Valladolid, y turba
desordenada en las calles 295
con sordo rumor circula.

De Alonso López Vivero
por la calle y casa cruzan,
donde viven sus criados,
donde llora su viuda. 300

Aquéllos, como canalla
que si al poderoso adula,
en cuanto le ve caído
feroz le escarnece y burla,
de la cabalgada el paso 305
atajan con negra furia,
y con denuestos y voces
al ilustre preso insultan.

Éste, furioso (presente
el tiempo pasado, juzga 310
que aún conserva el poderío,
que aún domina a la fortuna),

lleva soberbio la mano
a buscar en su cintura
la guarnición de la espada... 315
Mas, ¡ay! en vano la busca.

Va preso..., espada no lleva...
¡Ah!... Lo advierte, y furibunda
mirada va a dar al cielo;
mas se anonada y conturba. 320

Queda con los ojos fijos,
parece su faz difunta;
tiembla, y en sudor helado
sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro... 325
¡Un espectro!... Sí, la mula
algo ve también; esquiva,
se recela, empina y bufa.

¿De Alonso López Vivero
ha salido de la tumba 330
la sombra? De que el maestro
ante sí la vio, no hay duda.

En confesión se lo dijo
aquella noche con muchas

lágrimas al padre Espina...; 335
de Dios la venganza es justa.
Con el cuento de la lanza
a palos abre la turba
Estúñiga denodado,
y la atropella y asusta, 340
y en salvo al ilustre preso
condujo a la casa suya,
en que estaba preparada
una capilla segura,
donde pasó el condestable 345
con la espiritual ayuda
noche serena, pidiendo
a Dios perdón de sus culpas.
Cenó, durmió cortos ratos,
repitió también algunas 350
trovas del famoso Mena
que pintan como locuras
las mundanas ambiciones;
oró con fervor, en suma:
fue un cristiano, un caballero, 355
un hombre de fe y de alcurnia.

* * *

Entre tanto, el que parece
ser el reo, a quien la dura
sentencia estaba leída,
y a quien la cuchilla aguda 360
del verdugo amenazaba,
era el rey... ¡Mísero!, lucha,
náufrago desventurado,
en airado mar de angustias.

Ama a don Álvaro, mira 365
su sentencia como injusta;
de la reina y de los grandes
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,
y hasta su existencia juzga, 370
y que al morir el maestre
abrazadas irán juntas

el alma de aquel amigo
y el alma afligida suya.
¡Grande mal es la flaqueza 375
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,
rasgando sus vestiduras,
paseándose sin tino
por la cámara, que alumbra 380
una lámpara medrosa
que en el cortinaje abulta
vagas sombras..., ¡infelice!

¡Qué noche pasó!... Que ocupa
ve un rincón de aquella sala, 385
de pie, con la boca muda,
su físico Fernán Gómez.
A él se va, las manos juntas,
y, suplicante, le dice:
«Si es que mi salud procuras, 390
anda a ver al condestable,
así Dios te dé su ayuda.»

El bachiller respondióle:
«Le debo mercedes muchas;
perdone vueseñoría, 395
no oso verle en tal angustia.»

Conmovido el rey, en llanto
rompió y en voces confusas,
que el alma a Gómez partieron,
según dicen cartas suyas. 400

* * *

Entró al estruendo la reina
en la cámara, cual una
aparición, como maga
que viene a doblar astuta
los encantos y conjuros 405
con que alto preso asegura,
y con que la empresa afirma,
de que pende su fortuna.

Calló el rey, quedó de mármol
al verla; ella le pregunta: 410
«¿Qué es esto?», y oyendo: «Nada»,
retiróse muy adusta.

Largo rato el rey estuvo
cual ligado por la oculta
fuerza del prestigio. Luego 415
torna a más reñida pugna
de afectos; la amistad vence,
llama con voz resoluta
a Solís, su maestresala,
dícele: «Al momento busca 420
»a Diego Estúñiga, y dile...»

En su garganta se anuda
la voz, porque entra la reina
otra vez..., calla y trasuda.

La reina a Solís llevóse, 425
y el rey abrió con presura
el balcón, cual si quisiese
gozar del aura nocturna;
y el trono, cetro y corona
maldiciendo en voces mudas, 430
ojos de lágrimas llenos
clavó en la menguante luna.

Romance Cuarto

La plaza

Mediada está la mañana;
ya el fatal momento llega,
y don Álvaro de Luna 435
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía,
y en Dios la esperanza puesta,
sereno baja a la calle,
donde la escolta le espera. 440

Cabalga sobre su mula,
que adorna gualdrapa negra,
y tan airoso cabalga,
cual para batalla o fiesta;

un sayo de paño negro 445
sin insignia ni venera
es su traje, y con el garbo
que un manto triunfal, lo lleva;
y sin toca ni birrete,
ni otro adorno, descubierta, 450
bien aliñado el cabello,
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos
se asen de las estriberas,
y hombres de armas en buen orden 455
le custodian y le cercan.

Así camina el maestro
con tan gallarda presencia
y con tan sereno rostro,
que impone a cuantos le encuentran. 460

Sus enemigos no osan
clavar la vista soberbia
en él, como consternados
ya de su venganza horrenda;
sus partidarios parecen 465
decirle con mudas lenguas
que aún morirán por salvarle
y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible
por todas las calles reina, 470
que, o gran terror o despecho,
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente
de cuando en cuando se quiebra
con la voz del pregonero 475
que a los más valientes hiela,

Diciendo: «Esta es la justicia
que facer el rey ordena
a este usurpador tirano
de su corona y su hacienda.» 480

Siempre que oye el condestable
este vil pregón, aprieta
la mano del padre Espina
que en voz sumisa le esfuerza.

* * *

Arriba a la triste plaza, 485
que ha pocos días le viera
tan galán en el torneo,
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso
el cuadrado espacio llena; 490
vese una masa compacta
de rostros y de cabezas.

Parece que el pavimento
se ha elevado de la tierra,
o que casas y palacios 495
su basa han hundido en ella.

Un callejón, que tapiales
de hombres apiñados cierran,
sirviéndole de linderos
lanzas en vez de arboleda, 500

ofrece paso hasta donde
lecho de muerte descuella,
en mitad del gran gentío,
que como la mar olea;

el reducido tablado, 505
enlutado con bayetas,
una gran tumba parece
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado
un altar a la derecha, 510
de terciopelo vestido,
y entre amarillas candelas,

cuya luz el sol deslustra
y arder el viento no deja,
un crucifijo de plata 515
en cruz de ébano campea.

Yace un ataúd humilde
colocado a la izquierda;
cerca de él se ve una escarpia
en un pilar de madera, 520

y en medio, de firme, un tajo,

delante una almohada negra,
y un hacha, en cuya cuchilla
los rayos del sol reflejan.

* * *

Al pie del cadalso el reo 525
de la alta mula se apea;
fervoroso el padre Espina
con él sube y no le deja.

De pie ya sobre el tablado
tres personas se presentan 530
a las medrosas miradas
de la muchedumbre inmensa:

el ministro de la muerte,
el que lo es de vida eterna,
y el que dando al uno el cuerpo 535
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo
de atreverse a tal alteza,
necio terror da a su frente
que cubre jalde montera. 540

El religioso, metido
en su capucha, se queda
de mármol, cruza los brazos,
y con fervor mudo, reza.

* * *

El condestable, sereno, 545
el pie al crucifijo besa,
y luego tiende los ojos
por la turba que le observa;

y viendo junto al tablado,
en actitud lastimera, 550

a Morales, su escudero,
hecho de lealtad emblema,

le llama, de oro un anillo,
que el sello de sellar era
de su puridad las cartas, 555
del pulgar quita, y le entrega,

diciéndole: «Amigo, toma,
ya no conservo otra prenda.»

Después atisbó a Barrasa,
paje del príncipe, cerca, 560

y así le habló en voz sonora:
«Dile a tu dueño que vea
de dar a los que le sirvan
otra mejor recompensa.»

Viendo el pilar y la escarpia, 565
¿«Para qué?» pregunta. Tiembla
el sayón, y le responde,
hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el condestable

con una sonrisa acerba: 570
«Después de yo degollado,
nada son cuerpo y cabeza.»
Entonces el padre Espina
que piense sólo, le ruega,
en Dios, y él: «Padre, es mi norte 575
y mi esperanza», contesta.
Se ajusta el traje, descubre
la garganta, ve que llega
el verdugo para atarle
las manos con una cuerda; 580
saca del seno una cinta
labrada con oro y seda,
y, «Átalas -le dice-, amigo,
si es necesario, con ésta.»
De hinojos en la almohada 585
se pone, el cuello presenta,
el religioso le grita:
«Dios te abre los brazos, vuela.»
El hacha cae como un rayo,
salta la insigne cabeza, 590
se alza universal gemido
y tres campanadas suenan.

Recuerdos de un grande hombre

Seis romances: I, 136 versos en í-a; II, 296, é-a; III, 388, á-a; IV, 248, é-o; V, 188, ó-e y VI, 153, ú-o. Total 1409 versos. Lo mismo que Recuerdos de un veterano, va fechado en Gibraltar y en 1837, durante el segundo exilio de Rivas, y es el más extenso de todos los Romances históricos. Cuenta la historia de Colón desde su llegada a la Rábida hasta el descubrimiento de la tierra americana. Fuente principal es la Vida y viajes de Cristóbal Colón de Washington Irving, a la que se pueden añadir los recuerdos que el propio Rivas guardaba de Córdoba y de los alrededores de la Rábida. El episodio final (IV) nos recuerda otra composición suya, «Cristóbal Colón» («Un mar desconocido ronco brama...»), fechada en Londres en 182410.

Por más que este romance sea fiel a la historia, tal como la cuenta Irving, y rebose entusiasmo patriótico, no me parece de los más felices. La detallada y extensa narración en verso de los infortunios de Colón termina por hacerse fastidiosa y llega a perder interés tras algunos cientos de versos. Brillantes son las descripciones de Córdoba en tiempo de guerra (III), del gabinete de la reina Católica (V) y del largo temporal que padecen los descubridores (VI).

A mi sobrino
El Excmo. Sr. D. Cristóbal Colón y La-Cerda
Marqués de la Jamaica.

Romance Primero

El niño hambriento

A media legua de Palos,
sobre una mansa colina,
que dominando los mares
está de pinos vestida,
de la Rábida el convento, 5
fundación de orden francisca,
descuella desierto, solo,
desmantelado, en ruínas,
no por la mano del tiempo,
aunque es obra muy antigua, 10
sino por la infame mano
de revueltas y codicias,
que a la nación envilecen
y al pueblo desmoralizan,
destruyendo sus blasones, 15
robándole sus doctrinas.
De este olvidado convento,
ante la portada misma,
en la llana plataforma,
sitio de admirable vista, 20
una mañana de marzo,
mientras que solemne misa
en la iglesia se cantaba,
y escaso concurso oía,
tres y medio siglos hace, 25
para gloria de Castilla,
apareció un extranjero
de presencia extraña y digna.
En aquel punto acababa
de llegar allí; vestía 30
justillo de roja tela,
aunque usada y vieja, fina.
Un manto de lana pardo
con mangotes y capilla,
un birrete de velludo, 35

y de orejeras caídas,
unas portuguesas botas,
más enlodadas que limpias,
y bajo el brazo, pendiente,
un zurrón, saco o mochila, 40
donde un pequeño astrolabio,
una brújula marina,
un libro de devociones
y unos pergaminos iban.

Despejada era su frente, 45
penetrante era su vista,
su nariz, algo aguileña;
su boca, muy expresiva;
proporcionados, sus miembros,
y su edad, si no florida, 50
tampoco tan avanzada
que llegase a estar marchita.

* * *

Con el cariño de padre,
de la mano conducía
un cansado y tierno niño, 55
de belleza peregrina.

Pues en su cándido rostro
de rosa y jazmín lucían
dos nobles ojos azules,
llenos de inocencia y vida; 60
y desde su ebúrnea frente
por su cuello descendían
los cabellos anillados
que el sol miró con envidia.

Ser dijérase el modelo 65
que de Urbino el gran artista,
en los ángeles copiaba,
que tanto encanto respiran.

Y de su gallardo padre
a la sombra parecía 70
un lirio fresco y lozano
que nace al pie de una encina.

* * *

Este extraño personaje,
con esta criatura linda,
taciturno paseaba 75
con facha contemplativa.

Ora por el mar de Atlante,
que rizaba fresca brisa,
como buscando una senda
giraba ansiosa la vista. 80

Ora allá en el horizonte
de Occidente la ponía,
cual si algún objeto viera,

inmóvil, clavada, fija.

Y ya al cielo una mirada 85
de entusiasmo y de fe viva
daba, animando su rostro
una inspirada sonrisa;

y ya de pronto inclinando
la frente a tierra, teñían 90
melancólicos colores
sus deslustradas mejillas.

De sus hondos pensamientos
y de su inquietud continua,
sacóle la voz del niño 95
que pan y agua le pedía;

pues en cuanto oyó su acento
y vio su aflicción, se inclina;
tierno le toma en los brazos,
lo consuela, lo acaricia, 100

y diligente se acerca
a la abierta portería,
a demandar el socorro
que aquel ángel necesita.

Recíbele afable un lego; 105
que entre en el claustro le indica,
y que en un escaño espere
mientras él va a la cocina.

* * *

Fray Juan Pérez de Marchena,
guardián entonces por dicha, 110
junto a los viajeros pasa
volviendo de decir misa,

y curioso contemplando
su apariencia peregrina,
informóse del socorro 115
que cortésmente pedían.

Y por un secreto impulso
que en favor de ellos le anima,
inspiración de los cielos
que su nombre inmortaliza, 120

o porque era religioso
de caridad y de eximia
virtud, y muy compasivo
con cuantos allí venían,

a aquellos huéspedes ruega 125
que en su pobre celda admitan
parte de su escaso almuerzo
y descanso a sus fatigas.

Acceptado fue el convite,
y por la escalera arriba, 130
el religioso delante
y el hijo y padre en pos iban,

formando un sencillo cuadro,
cuyo asunto ser dirían,
el talento y la inocencia 135
con la religión por guía.

Romance Segundo

El almuerzo

En el estrecho recinto
de una franciscana celda,
cómoda, aunque humilde y pobre
y de extremada limpieza, 140
de la Rábida el prelado
con sus dos huéspedes entra,
y después que sendas sillas
les ofrece y les presenta,
abre franco y obsequioso 145
una mezquina alacena,
de donde bizcochos saca,
una redoma o botella
del vino más excelente
que da el Condado de Niebla, 150
aceitunas, pan y queso,
y tres limpias servilletas,
acomodándolo todo
en una redonda mesa,
no lejos de la ventana 155
que daba vista a la huerta.

En seguida llama al lego,
y que al punto traiga, ordena,
huevos con magras adunia
y chanfaina si está hecha. 160

Encargándole que todo
caliente y sabroso venga,
que no charle en la cocina,
ni se eternice y se duerma.

* * *

Dadas sus disposiciones, 165
al extranjero se acerca
(que por tal le ha conocido
en el porte, traje y lengua).

Con una taza le brinda,
y al niño que tome ruega 170
un bizcocho, que le alarga,

y lo acaricia y lo besa.

Bebe el huésped, luego bebe
fray Juan Pérez de Marchena;
y el niño come el bizcocho, 175
toma un sorbo de agua fresca,
y con el zurrón que el padre
se ha quitado, y puesto en tierra,
sacando cuanto contiene
vivaracho travesea. 180

El guardián varias preguntas
hace al extranjero acerca
de su patria, de su estado,
y del arte que profesa;
aunque aquellos instrumentos 185
con que la criatura juega,
que le son muy familiares,
ya casi se lo revelan.

Que es genovés y viudo
atento el huésped contesta; 190
que es navegar su ejercicio,
y de piloto su ciencia.

Y así como una vasija
que está rebosante y llena
de un líquido, algo derrama 195
a muy poco que la muevan,
dio indicios claros, patentes,
en sus fáciles respuestas,
de aquel grande pensamiento,
portentoso, que le alienta, 200
que exclusivo su alma absorbe,
que es la sangre de sus venas,
que es el aire que respira,
que es ya toda su existencia,
y que causó los extremos 205
que delante de la iglesia,
el mar contemplando, hizo,
como referidos quedan.

Que el Occidente escondía,
dijo, riquísimas tierras, 210
que era el ancho mar de Atlante
de la gran Tartaria senda,
y que dar la vuelta al mundo
para él cosa fácil era;
con otras raras especies, 215
tan inauditas, tan nuevas,
que al escucharle, pasmado
fray Juan Pérez de Marchena
(aunque a osados mareantes
hablaba con gran frecuencia, 220
por haber muchos en Palos,

y aunque sabe las proezas
y raros descubrimientos
de las naves portuguesas),
no acierta si está escuchando 225
a un orate o a un profeta,
si es un ángel o un demonio
el hombre que está en su celda
Mudo se alza, llama al lego
y que busque a toda priesa 230
le manda a Garci-Fernández,
que estaba ha poco en la iglesia
No tardó Garci-Fernández
en presentarse en la escena
con el lego, que el almuerzo 235
colocó sobre la mesa.
Era médico de Palos,
hombre docto y de experiencia,
de sagacidad y astucia,
de malicia y de reserva. 240
Viejo y magro, pero fuerte,
mellado, la cara seca,
calvo, la barba entrecana
y la tez tosca y morena.
De estezado una ropilla, 245
calzas de burda estameña,
la capa de pardo monte
y el sombrero de alas luengas,
era su traje. La mano
y el hábito al fraile besa, 250
y al incógnito saluda
con curiosidad inquieta.
El médico, el extranjero
y el padre guardián se sientan,
dando al almuerzo principio, 255
y mutuamente se observan.
Pero el silencio interrumpe,
después de haber hecho seña
al sagaz Garci-Fernández,
fray Juan Pérez, y comienza 260
a hablar de navegaciones
y desconocidas tierras,
preguntándole a su huésped
su parecer sobre ellas.
Fue bastante haber tocado 265
con sagacidad la tecla,
la facilidad verbosa
del genovés se despliega.
Y con aquellas razones
de convencimiento llenas, 270
con que se sienta y sostiene

lo que se sabe de veras,
sus inspiraciones pinta,
sus observaciones cuenta,
su sistema desenvuelve, 275
sus proyectos manifiesta.

Recurre a sus pergaminos,
los desarrolla, y enseña
cartas que él mismo ha trazado
de navegar; mas tan nuevas, 280
y según él las explica,
en cosmográfica ciencia
demostrándose eminente,
tan seguras y tan ciertas,
que el pasmo del religioso 285
y su indecisión aumentan,
mientras al médico encantan,
le convencen y embelesan.

De aquel ente extraordinario
crece la sabia elocuencia, 290
notando que es comprendido,
y de entusiasmo se llena.

Se agranda, brillan sus ojos
cual rutilantes estrellas,
brotan sus labios un río 295
de científicas ideas;

no es ya un mortal, es un ángel,
de Dios un nuncio en la Tierra,
un refulgente destello
de la sabia Omnipotencia. 300

Comunica su entusiasmo,
que el entusiasmo se pega,
a los que atentos le escuchan,
a los que mudos le observan.

El médico, el religioso, 305
y hasta el lego que a la mesa
sirve, y ha escuchado inmóvil
y con tanta boca abierta,

mas sin entender palabra,
en entusiasmo se queman; 310
y de haber visto aquel día
dan gracias a Dios sus lenguas.

Y piden que luego, luego,
se lleve a cabo la empresa,
y quieren ir, y una parte 315
tener en las glorias de ella.

Y ya se ven en los mares,
y ya en ignoradas tierras,
y ya el asombro del mundo
con nombre, y con fama eterna. 320

Formando la celda un cuadro

digno de que en él hubieran
o Zurbarán o Velázquez
apurado sus paletas.

* * *

Mas, ¡ay!, pronto de aquel cielo 325
de ilusiones halagüeñas,
bajan a lo positivo
de la miserable tierra,
cuando en sí mismos volviendo
reconocen su impotencia, 330
y los elementos grandes
que ha menester tal empresa.

Se hallan como el desdichado
que en pobre lecho despierta,
cuando soñaba que un trono 335
era poco a su grandeza.

Pues de un oscuro piloto
volviendo a entrar en la esfera,
el genovés, abatido,
les refiere su pobreza: 340

que no han querido ayudarle
ni su patria, ni Venecia,
que la corte de Lisboa
se burla de sus propuestas,
que los sabios no le entienden, 345
que los ricos le desprecian,
que los nobles no le escuchan,
que el vulgo le vilipendia.

Mas como después, añade,
que aún la esperanza le alienta 350
de encontrar grata acogida
en el rey de la Inglaterra,

donde ya tiene un hermano
con proposiciones hechas,
y que él mismo a acalorarlas 355
ir allá muy pronto piensa,

el amor patrio, más puro
en las españolas venas
del médico y del prelado,
se inflama y súbito truena, 360

pues, unánimes, prorrumphen:
«De España la gloria sea;
no busquéis lejanos reinos
cuando el mejor se os presenta;
»y el que sediento de gloria 365
más imposibles anhela.

Corred, buscad el apoyo
de la castellana reina,
»de Doña Isabel invicta,
que es la más grande princesa 370

que han admirado los siglos
y que ha ceñido diadema.»

De los dos el entusiasmo
también a su vez se pega
al genovés, y aquel nombre 375
pronunciado con tal fuerza

por el físico y el fraile,
el alma y pecho le llenan
de esperanza tan vehemente,
que sus planes desconcierta. 380

En sus rutilantes ojos,
como en su boca entreabierta,
y en su palpitante pecho,
y en su animada apariencia,
el sagaz Garci-Fernández 385
lo conoce, y «No se pierda
momento -prosigue-: al punto
id a Córdoba, que es cerca.

»Allí encontraréis la Corte:
pues el Cielo os la presenta 390
tan inmediata, propicia
la hallaréis, nada os detenga.»

Y fray Juan Pérez añade:
«Marchad, sí; Dios os lo ordena;
carta os daré para el padre 395
Hernando de Talavera,

»religioso de valía,
que es confesor de la reina,
y por que ningún cuidado
vuestra jornada entorpezca, 400

»este vuestro tierno niño
aquí en el convento queda,
de mi seráfico padre
so la protección inmensa.»

No dijeron más. Escribe, 405
dando la cosa por hecha,
la carta Garci-Fernández;
fray Juan Pérez de Marchena
la firma; su propia mula
ensillar al punto ordena, 410
y las pródidas alforjas
preparar en la despensa.

Todo está listo. Y entonces,
cual si alguna oculta fuerza
le compeliere, el piloto, 415
que aún no había dado respuesta,

en pie se puso, y resuelto
exclama de esta manera:
«A Córdoba, Dios lo quiere,
su gracia me favorezca.» 420

Al tierno y precioso niño
acaricia, abraza y besa,
no sin lágrimas sus ojos,
no su corazón sin pena.

A rezar un corto rato 425
vase devoto a la iglesia,
do el escapulario viste
de la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos
se despide ya en la puerta, 430
cabalga, aguija, y a trote
de la Rábida se aleja.

Romance Tercero

La dama

De Abderramán la mezquita
y de Almanzor las murallas,
y el puente de Julio César, 435
y las vividoras palmas,

que más de dos luengos siglos
muerto ornato se miraban
del sepulcro de un imperio,
o de una tumba de hazañas, 440
como evocadas reviven,
las musgosas frentes alzan,
y para Córdoba juzgan
que una nueva aurora raya.

Y que renacen los días 445
de gloria, poder y fama,
en que Atenas de Occidente,
en que Roma musulmana,
o ilustró al mundo con ciencias,
o rindió al mundo con armas, 450
como de sabios emporio,
como de guerreros patria.

* * *

Los dos católicos reyes
que son Atlantes de España,
los que un imperio fundaron 455
que ningún imperio iguala,
a Córdoba han elegido
para corte, centro y plaza
de los bélicos aprestos

que han de triunfar en Granada. 460

Los grandes y ricoshombres
acuden con sus mesnadas,
y con todo el aparato
de sus espléndidas casas.

Allá envían sus pendones 465

las ciudades más lejanas,
con sus bravos caballeros
y con sus huestes gallardas;
allí los grandes maestros
sus estandartes levantan, 470
y allí prelados concurren,
y allí legados del Papa.

Los personajes de Corte,
los magistrados de fama,
los más ilustres señores 475
y las más apuestas damas.

Y llegan aventureros
y soldados de ventaja,
y jinetes, y peones,
ballesteros y hombres de armas. 480

Y cual nube de pardales
que viene a la seca parva,
o cual reguero de hormigas
que al costal volcado ataca,
traficantes, labradores 485
y ganaderos se afanan
en apurar la moneda
con sus ventas y contratas.

* * *

Por ciudad de encantamiento
a Córdoba reputara, 490
quien notase su bullicio,
quien oyese su algazara.

Y al ver llenos sus palacios
de rica nobleza tanta,
y sus calles y sus muros 495
y sus huertos y sus plazas
hervir en enjambre inmenso
de tan diversas comparsas,
de tan distintos vivientes,
de ocupaciones tan varias. 500

* * *

A las funciones de iglesia
suceden las cabalgadas,
a los consejos de Corte
los alardes y las danzas;
Los saraos a los banquetes, 505
a los torneos las farsas,
a las consultas y audiencias,

festejos, toros y cañas.

Todo es movimiento y vida,
todo actividad extraña, 510
todo bélico aparato,
todo fiestas cortesanas.

Todo es riqueza y aliento,
todo brocados y holandas,
todo confusión alegre, 515
todo caprichos y galas.

Córdoba es concilio, corte,
almacén, campo de armas,
tribunal, mercado, lonja,
escuela, taller y sala. 520

Ya una procesión solemne
lenta por las calles marcha;
ya los reyes atraviesan
con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones, 525
allí grano y vituallas,
acá se doman corceles,
allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,
aquí se bordan gualdrapas, 530
acá se recaman vestes,
allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,
los pendoncillos y lanzas,
las enseñas y divisas 535
forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,
arde en bruñidas corazas,
y en plumas, telas, recamos,
vivos colores esmalta. 540

Ora resuenan clarines,
ora rimbomban campanas,
ya redoblan los tambores,
ya retumban las lombardas.

No hay una persona ociosa, 545
no hay sin movimiento un alma,
ni imaginación tranquila
ni pecho sin esperanza.

Unos sueñan en despojos,
otros nombre y lauros ansian, 550
quién va a ganar indulgencias,
quién gloria pide y aguarda.

Y todas estas ideas
se humillan, aunque tan varias,
a un gigante pensamiento: 555
«La conquista de Granada.»

* * *

Entre el inmenso gentío
y entre barahúnda tanta,
como en medio de un desierto,
solo y silencioso vaga, 560
 soñador, pobre, abatido,
sin que sus proyectos hayan
un solo apoyo encontrado,
merecido una mirada,
 el genovés navegante, 565
que a la corte castellana
desde la Rábida vino
tras falaces esperanzas.

Y el cual bien puede decirse
que ha llegado en hora mala 570
a aquel abreviado mundo,
a aquella Babel de España.

* * *

Fray Hernando Talavera
es persona de importancia;
ve una mitra en perspectiva, 575
todo lo demás es nada.

Con desdén ha recibido
de un fraile oscuro la carta,
y juzga al recomendado
un arbitrista sin blanca. 580

De Estado los grandes hombres,
que con los reyes trabajan,
no tienen tiempo, no escuchan,
sólo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan 585
de una catadura extraña,
y del humilde atavío
de la persona más sabia.

Los guerreros nada tienen
de común con el que habla 590
de círculos y de estrellas,
y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,
cual de un loco, del que anda
tan desharrapado y grave, 595
ofrece montes de plata.

Y conseguir una audiencia,
y de los reyes la gracia
con tan contrarios auspicios,
en cosa imposible raya. 600

Hace un mes que el extranjero
rueda por las antesalas,
siendo burla de los pajes,
juguete de la canalla;
y aburrido y despechado, 605

de volver por su hijo trata,
y de volar a otros reinos
sin pensar más en España.

Pero acá en el mundo somos
de la Omnipotencia sabia 610
sólo instrumento; sus miras
nadie puede penetrarlas;
y por medios tan ocultos,
por ocurrencias tan raras
se cumplen, que en vano el hombre 615
esto, dice, haré mañana.

* * *

En la catedral sombría
que Guadalquivir retrata,
aún no del perverso gusto,
cual después, contaminada, 620
devoto entra el mareante,
cuando el son de la campana
a las vísperas solemnes
a los fieles convocaba.

Por las más oscuras naves, 625
y por las más solitarias,
siempre huyendo del gentío,
cruza con incierta planta.

Y en aquel bosque de mármol,
y a su luz tibia y opaca, 630
una evocación parece,
un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla
de esmaltes y filigranas,
que del «Zancarrón» el vulgo, 635
y todo Córdoba llama,

a una columna de jaspe
al cabo apoya la espalda,
y en hondas meditaciones
sueña, delira, se extasia. 640

Cuando acaso una señora,
sin advertir en él, pasa
tan cerca que con el manto
casi le toca la cara.

Este pequeño incidente 645
para volverle en sí basta,
y sintiéndose arrastrado
por una violencia extraña,
por un superior impulso
de aquellos que no se aguardan, 650
sigue, cual can a su dueño,
maquinalmente, a la dama.

Ésta, ante un altar dorado
donde la imagen brillaba

de la Virgen, se arrodilla, 655
abre el manto y se destapa,
Y a la luz de seis candelas
que el retablo iluminaban.
deja ver un lindo rostro
lleno de candor y gracia; 660
y de expresión tan devota,
y de belleza tan rara,
y de modestia tan grande,
y de nobleza tan alta,
como se admira en los rostros 665
que dio Murillo a sus santas,
y que de un ángel del cielo
pudo tan sólo copiarlas.

El extranjero, encantado,
sus afanes y sus ansias 670
olvida un punto, y los ojos
en aquel tesoro clava.

* * *

Levántase la señora
al acabar sus plegarias,
retírase, y el piloto 675
sigue absorto sus pisadas,
sin saber qué le sucede,
sin acertar qué le pasa;
como sujeto y ligado
por hechizo, encanto o magia. 680

Al patio de los Naranjos
salen ambos, y él se aparta
al ver que dos escuderos
a la señora acompañan.

Mas aún de lejos la sigue, 685
cuando quiso su desgracia,
mejor diré su fortuna,
que en la calle se encontrara
con un tropel de muchachos,
que de pronto en él reparan. 690

Y como de que era loco
varias especies volaban,
«Al loco», gritan, y empiezan
con silbidos y pedradas,
con insultos y con voces, 695
que suelen pasar por gracia.

Al estruendo, la señora
con curiosidad se para,
y al ver en tal paso a un hombre
pobre, mas de noble traza, 700
que le den auxilio al punto
a sus escuderos manda,
y ella se acerca, y le ofrece

el amparo de su casa.

* * *

Con Doña Beatriz Enríquez, 705

que es la cordobesa dama,
tan discreta como hermosa,
tan buena como gallarda,

entra el genovés piloto
en una soberbia cuadra, 710
de guadamecí vestida
con las molduras doradas,

y un estrado de almohadones
de terciopelo con franjas,
y con grandes borlas de oro 715
sobre alfombras de Granada;

mas tan turbado y confuso,
que no acierta a hablar palabra,
y tan sólo en que respira
se ve que no es una estatua. 720

Tampoco está la señora
muy en sí; tampoco halla
aquellas frases precisas
de quien recibe en su casa.

No ha reparado en la iglesia 725
en aquel hombre, y le pasma
su noble fisonomía
que con su traje contrasta.

Y acertando prontamente
que es el marino, a quien llaman 730
unos loco y otros sabio,
atenta le observa y calla.

Al cabo el hielo rompióse,
y la primera la dama
le ruega que tome asiento, 735
y ordena le sirvan agua.

Entra obediente al mandato
una berberisca esclava,
con búcaros primorosos
en su salvilla de plata. 740

* * *

Sosegado el extranjero,
con tal dignidad y tanta
cortesanía le rinde
por aquel servicio gracias,
que el parabién la señora 745
de ocurrencia tan extraña
se da a sí misma, y se esmera
en obsequios y en palabras.

Esta primera visita
otras produjo más largas, 750
y de muy pocas al cabo

se entendieron sus dos almas.

* * *

Ya no piensa el navegante
en dejar tan pronto a España,
renueva sus pretensiones, 755
torna a rodar antesalas.

De Hernando de Talavera
la altivez ya no le espanta.
Insiste en ver a los reyes
y renueva sus demandas. 760

Doña Beatriz, afanosa,
siendo ya depositaria
de sus planes y proyectos,
que la envanecen y exaltan,
le aconseja y le reanima, 765
le consuela y le entusiasma,
y conexiones le busca
con femenil eficacia.

El mismo en Córdoba logra
con su permanencia larga, 770
que algunos doctos le escuchen,
tratar a personas altas.

Y ya sus propuestas toman
cierto color de importancia,
y ya con calor y aprecio 775
del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla,
del rey tesorero, enlaza
con él amistad estrecha
y en protegerlo se afana. 780

Y don Pedro de Mendoza,
el gran cardenal de España,
uno de los más ilustres
varones de nuestra patria,
afable se le demuestra, 785
y con su poder alcanza
que el mismo rey le conceda
la audiencia tan deseada.

Frío, suspicaz, severo
le oye el rey. Pero le llaman 790
la atención de aquel piloto
la dignidad y la calma,

el convencimiento firme,
las explicaciones claras.
Y aunque de la inmensa idea 795
toda la extensión no alcanza,

la envidia a los portugueses,
de dominación el ansia,
y el carácter de aquel siglo
caballeresco y de hazañas, 800

le obligan a que al instante
dé acogida afable y grata
al hombre y a su proyecto,
porque otro rey no lo haga.

Mas los gastos de la guerra 805
hacer nuevos le embarazan,
ni otra empresa empezar puede
hasta rendir a Granada.

Y cual político astuto,
por ganar tiempo y dar largas, 810
su protección y su auxilio
al piloto ofrece, y manda
que los sabios eminentes
de la docta Salamanca
con detención examinen 815
la propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante
tal decisión del monarca,
mas que con ella se avenga
doña Beatriz quiere, y basta. 820

Romance Cuarto

Tiempo perdido

Dejando atrás a Granada,
en cuyas torres el viento
ya la cruz triunfante adora
entre cristianos trofeos,
y dejando atrás la corte 825
de los hispánicos reinos,
donde tristes desengaños
cogió y amargos desprecios,
va el genovés navegante,
va el portentoso extranjero 830
en una mula de paso
hacia Córdoba derecho;
sin volver atrás los ojos,
pobre, abatido y enfermo,
sale de la hermosa vega 835
que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales
del infortunio y del tiempo,
que los años y desgracias
dan con un bronce en el suelo. 840

Seis años cuenta perdidos
desde que llegó al convento
de la Rábida y el nombre
quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas, 845
y todos sus pensamientos,
disipadas mira en humo,
en polvo mira deshechos.

* * *

De la insigne Salamanca
los doctores y maestros, 850
más bien que examinadores
jueces inflexibles fueron,
y le trataron altivos,
aunque era más sabio que ellos,
no cual docto que consulta, 855
sino cual convicto reo,

Sus geométricas verdades
por respuesta hallaron textos,
sus cálculos, silogismos,
sus demostraciones, ergos. 860

Y aunque varios religiosos
de San Esteban (colegio
donde fue la conferencia)
que eran sabios verdaderos,
si comprender no lograron 865
al inspirado extranjero,
le escucharon con asombro
y su importancia advirtieron,
los más, cual siempre acontece,
arrollaron a los menos, 870
y sobre un hombre tan grande
y sobre un tan gran proyecto
informaron a la Corte
con el más alto desprecio,
de visionario y de loco, 875
prodigándole dicitrios.

El no entendido, más firme
en sus altos pensamientos;
de su plan, él contradicho,
más convenido y más cierto; 880

de sí mismo más seguro,
mientras halla más tropiezos,
y nuevas fuerzas cobrando
de su propio abatimiento,

del genovés navegante 885
parece el alma de acero,
escollo inmóvil que arrostra
siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España

acoja ya sus esfuerzos, 890
ni que las ventajas logre
de tales descubrimientos.

Y a Córdoba despechado
veloz regresó, resuelto
de irse a buscar a otra Corte 895
para realizarlos medio.

Mas Doña Beatriz Enríquez
y el fruto inocente y tierno
de sus plácidos amores,
detenerle aún consiguieron. 900

Eslabones más tenaces
que los de forjado hierro,
y con que a aquel hombre insigne
ató a mi patria el Eterno.

* * *

El genovés, obligado 905
por las prendas de su afecto
a no abandonar a España,
buscó en ella rumbo nuevo;
y partió con gran reserva
de Santa María al puerto, 910
que era del ínclito duque
de Medinaceli feudo,
a buscar su patrocinio
y a ofrecerle ignotos reinos.

El duque, con grandes honras 915
lo acogió y con sumo aprecio,
y ya preparaba naves
propias suyas, y dinero
con que el hombre extraordinario
llevase a cabo su intento, 920

cuando de la Corte tuvo
aviso de que con ceño
y con envidia y sospechas
miraba el rey sus aprestos.

Suspendiólos advertido, 925
y exhortó con noble celo
al piloto que a la corte
y al rey regresase luego.

* * *

A la inexorable suerte
que sus más vivos anhelos 930
contrariaba, y le tenía
atado al hispano suelo,
tuvo el genovés constante
que humillarse con despecho;
y tornó a la hispana corte 935
y en ella a luchar de nuevo.

El mismo rey don Fernando,

que no quedó satisfecho
del salamanquino informe,
le maneja astuto y diestro; 940

le halaga con esperanzas
(que detenerle es su objeto),
hasta que la infiel Granada
rinda a sus plantas el cuello.

Siguió aburrido a la corte 945
el soñador extranjero,
de aquella famosa guerra
presenciando los progresos.

En el asalto de Baza,
de Málaga en el asedio, 950
en otras altas acciones,
y en muchos duros reencuentros,
discurrió como perito,
se mostró cual caballero,
combatió como cristiano, 955
y se portó como bueno.

* * *

De la opulenta Granada
rendirse el poder soberbio
presenció, en fin, de Castilla
y de Aragón al esfuerzo. 960

Y de las regias ofertas
llegado el plazo creyendo,
con más tesón y energía
llamó la atención de nuevo.

Mas en vano: otras consultas 965
y otros plazos le han propuesto,
que los gastos de la guerra
tienen el tesoro yermo.

Conque de toda esperanza
perdidos los fundamentos, 970
dejar a España de veras,
de veras tiene resuelto.

Ni aún de Alonso Quintanilla
se ha despedido, temiendo
que elocuente y amistoso 975
aún pretenda detenerlo.

Y hacia Córdoba camina,
seguro de que los ruegos
de Doña Beatriz Enríquez
no han de hacer mella en su pecho. 980

Nada ya, nada en el mundo
le detiene; no hay remedio.
¡Oh, cuánto poder y gloria
pierde España con perderlo!

En su acalorada mente 985
tanto agravio recorriendo,

y ansioso ya de encontrarse
en la Corte de otro reino,
 aguja la tarda mula,
no le permite resuello, 990
ya de Pinos de la Puente
llega al miserable pueblo,
 y sin detenerse pasa
el despeñado riachuelo,
que entre riscos y entre juncias 995
va de Genil al encuentro.

* * *

 Sigue adelante el camino,
cuando detrás, el estruendo
de un caballo que galopa
oye resonar violento, 1000
 y alcánzale a pocos pasos,
en un cordobés overo,
de sudor cubierta el anca,
blanco de espumas el pecho,
 arrogante y decidido 1005
un atildado mancebo,
vestido un rico tabardo
de carmesí terciopelo,
 con castillos y leones
de plata y oro cubierto, 1010
y un penacho rojo y jalde
volando sobre el sombrero.

 Era un paje de la reina,
que al punto reconociendo
a la persona a quien busca 1015
en el piloto extranjero,

 le dice en voz alta: «Amigo,
atrás volved luego, luego,
pues de que sin vos no torne
orden terminante tengo.» 1020

 El genovés, irritado,
para la mula de presto;
pone la mano en la espada,
y dice con gran denuedo:
 «Antes que la rienda vuelva, 1025
me dejaréis aquí muerto;
basta, ¡vive Dios!, de burlas;
a España nada le debo.»

 Desconcertóse al mirarlo
tan decidido y dispuesto 1030
el paje, que le responde:
«Ni me burlo ni os ofendo;
 »pues la reina, mi señora,
me ha mandado deteneros,
y que a su presencia os lleve: 1035

ved si obedecerla debo.»

Bastó el nombre de la reina
para un trastorno completo
del navegante ofendido
hacer en cabeza y pecho, 1040
que era nombre a quien tan alto
prestigio dio el mismo Cielo,
que allanara un alto monte,
que domara el mar soberbio.

A tal nombre sus agravios, 1045
todos sus resentimientos,
todos los años perdidos,
y todos sus planes nuevos,
el genovés olvidando,
abre palpitante el pecho 1050
a tan vehemente esperanza,
a porvenir tan risueño,
que le parece aquel paje
ángel bajado del Cielo,
y en éxtasis delicioso 1055
queda inmóvil y suspenso.

Jamás conseguido había
explicar su alto proyecto,
de la gran reina delante,
y ahora ve ocasión de hacerlo. 1060

Por lo que rompiendo al punto
aquel rato de silencio,
lleno de vida el semblante,
responde al mudo mancebo:

«Pues Doña Isabel lo manda 1065
voy con vos y la obedezco.»
Y revolviendo la mula
sigue detrás del overo.

Romance Quinto

La reina

Del apartado Occidente
a las ignotas regiones 1070
que sólo nuestro viajero
por revelación conoce,
ya el sol descendido había,
dejando estos horizontes
envueltos en vagas sombras 1075

de una sosegada noche,
cuando a Santa Fe llegaron,
sin haber dejado el trote,
caminando en gran silencio
el extranjero y el joven. 1080

A las puertas de palacio
descabalgan, y veloces
la regia escalera suben,
sin que las guardias lo estorben.

Pues el paje de la reina, 1085
a quien todos reconocen,
le sirve a su compañero
de seguro pasaporte.

Llegados a la antesala,
donde damas y señores 1090
acaso esperan audiencia
con distintas pretensiones,

al piloto dice el paje
que allí le espere, y entróse
a dar parte a su señora 1095
de estar cumplida la orden.

Vuelve al instante, y llamando
al genovés, indicóle
la respetada mampara,
que en cuanto éste entró cerróse. 1100

* * *

En un camarín pequeño
vestido con pabellones
de berberiscos damascos,
y una alfombra de colores;

junto a un cuadrado bufete, 1105
que rico tapete esconde
de carmesí terciopelo
con franjas de oro y borlones;

enfrente de un oratorio
de concha, nácar y bronces, 1110
donde la imagen brillaba
del Redentor de los hombres,

Y a la luz de dos bujías
de aquel breve cielo soles,
que en candeleros de oro 1115
daban vivos resplandores,

sentada en la regia silla,
con la presencia más noble
que jamás tuvo matrona,
que jamás respetó el orbe, 1120

doña Isabel, la gran reina
de Castilla y León, mostróse
a los admirados ojos
del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado, 1125
con castillos y leones,
de perlas, esmaltes y oro
en recamadas labores
era su traje. En su pecho
brillaban, como en la noche 1130
los luceros rutilantes,
las cruces que en los pendones
de las Órdenes guerreras
son de la victoria norte,
y de flamencos encajes, 1135
que regia diadema coge,
una delicada toca
ornaba su rostro, donde
formando un todo divino
de altas celestiales dotes, 1140
el más claro entendimiento,
la virtud más pura y noble,
el esfuerzo más gallardo
resplandecían conformes.

Doña Beatriz de Galindo, 1145
que aún hoy conserva el renombre
de la «Latina», por serlo
muy aventajada entonces,
camarera de la reina,
señora de altos blasones, 1150
y esposa del gran Ramírez,
del moro en Málaga azote,
y Alonso de Quintanilla,
letrado de claro nombre,
tras la regia silla estaban 1155
en pie y con humilde porte.
Todo lo notó el piloto,
tanto esplendor deslumbróle,
y en el suelo, de rodillas,
a tal majestad postróse. 1160

Con una sola mirada
la reina vio en aquel hombre
de la inspiración celeste
los divinos resplandores;
y él de una mirada sola 1165
la grandeza reconoce
y la inteligencia suma
de la reina que le acoge.

* * *

Tras de un sublime silencio,
aunque brevísimo, donde 1170
la admiración y el encanto
de entrambos a dos mostróse,
con grande bondad la reina

que alce del suelo mandóle,
que a la mesa se aproxime 1175
y que de su plan la informe.

Obedécela el piloto,
y con respeto tan noble
se acerca, y a hablar principia,
que a la atención regia absorbe. 1180

Y con tal convencimiento,
con tal claridad, tal orden,
con tan sencilla elocuencia,
con tan potentes razones

sus asombrosos proyectos 1185
en breve discurso expone,
que la gran reina, pasmada,
se le figura que oye

A un inspirado, a un profeta,
a un ángel; y que son voces 1190
del Cielo aquéllas que escucha,
y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento
el vasto plan, que doctores,
reyes, repúblicos, pueblos 1195
juzgan quimeras informes.

Ve la expedición segura,
y ya en ignotas regiones
triunfante la fe de Cristo
con el castellano nombre. 1200

Ve un torrente de riquezas
que hacia sus vasallos corre,
y una gloria y poderío
que envidiarán las naciones.

Y superior a sí misma, 1205
del Cielo ayudada entonces,
ve aún más que el mismo piloto,
aún más alta que él alzóse.

* * *

En entusiasmo y fe viva,
germen de grandes acciones, 1210
abrasada su alma heroica,
hinchido su pecho noble,

quítase la alta diadema,
y de su pecho recoge
las riquísimas insignias 1215
de incalculables valores;

las joyas y pedrería,
los brazaletes y broches
que sus brazos y su cuello
engalanaban, y pone 1220

aquella breve riqueza
(breve sí, pero de enorme

precio) encima del bufete
y «toma -dice a aquel hombre-,
 »toma, emplea este tesoro 1225
sin que nadie te lo estorbe,
en cumplir el pensamiento
que Dios te ha inspirado. Corre,
 »vuela; en naves castellanas
mares nunca vistos rompe, 1230
arrostra las tempestades,
tu estrella a los vientos dome.
 »Lleva a ese ignorado mundo
los castellanos pendones,
con la santa fe de Cristo, 1235
con la gloria de mi nombre.
 »El cielo tu rumbo guíe,
y cuando glorioso tornes,
o almirante de las Indias,
duque y grande de mi Corte, 1240
 »tu hazaña bendiga el Cielo,
tu arrojo al infierno asombre,
tu gloria deslumbre al mundo,
abarque tu fama el orbe.»
 En tanto que así decía 1245
reina tan ilustre, sobre
su cabeza colocaba,
con altas aclamaciones,
 un ángel, corona eterna
de luceros y de soles, 1250
que mientras más siglos pasan
adquiere más resplandores.
 Con ella la admira el mundo
y adoran los españoles,
cuando, absortos, la recuerdan 1255
en tan importante noche.

Romance Sexto

Conclusión

Bajo un cielo borrascoso
que jamás mortal alguno
visto había, en un inmenso
mar encrespado y sañudo, 1260
 do jamás altiva nave
osó abrir incierto surco,

en una región extraña,
parte ignorada del mundo,
una frágil carabela, 1265
casi imperceptible punto,
con grandes peligros lucha
y sin amparo ninguno.

Las olas como montañas
atajar quieren su curso, 1270
ya la arrojan contra el cielo,
ya la hunden en el profundo,
ya en sus costados se estrellan,
volando en espuma y humo,
ya la anegan en torrentes 1275
de amargo espeso diluvio.

El huracán de otra parte,
y no menos iracundo
brama entre sus rotas velas,
cruje en sus mástiles rudos, 1280
silba en su jarcia deshecha,
la arrastra con recio impulso,
y la vuelca, y la levanta,
y combátela sañudo.

No se ve la faz del cielo, 1285
por el espacio confuso
los relámpagos deslumbran,
cruzan los rayos trisulcos,
retumban y estallan truenos
cual si reventara el mundo, 1290
y envuelto en cárdenas nubes
el sol parece difunto.

Mas la frágil carabela
sigue pertinaz su curso,
y en tan espantoso caos 1295
lleva hacia Occidente el rumbo.

Sin duda que se confía
en el talismán seguro
del pabellón castellano
que en su osada popa puso, 1300
pabellón que en aquel siglo
al Omnipotente plugo,
hacer de rara fortuna
y de excelsas glorias nuncio.

* * *

Un mortal extraordinario, 1305
tenaz, inflexible, duro
más que el bronce, el gran piloto
genovés, tranquilo y mudo,
en la brújula ambos ojos,
en el timón ambos puños, 1310
gobierna la dócil nave

sin mostrar su frente susto.

Mas, ¡ay! no tiene su temple
de la ciega chusma el vulgo;
y aunque esforzados, se postran 1315
los marineros robustos,

rendidos y amedrentados
de tantos horrores juntos,
de navegación tan larga,
de porvenir tan confuso; 1320

recuerdan la dulce España,
de su familia el arrullo,
y recuerdos y temores
abortan ciego tumulto.

«Si vive desesperado 1325
este advenedizo iluso,
y busca la muerte, muera,
pero él solo», dicen unos.

«Muera, pues -repiten otros-;
es un hechicero, un brujo, 1330
que aquí a perecer nos trajo
por sus designios ocultos.»

«Muera», gritan todos. «Muera,
y atrás volvamos el rumbo;
¡a España! ¡a España!...» Y, osados, 1335
trocando en furor el susto,

a la popa se abalanzan,
esgrimiendo el hierro agudo
contra el heroico piloto,
que desprecia sus insultos, 1340

y que con serena frente,
aunque con semblante adusto:
«¿Qué queréis? -les grita osado-.
Sin temor os lo pregunto.

»¿Qué queréis» «¡España, España!», 1345
suena en gritos furibundos,
y el piloto les responde:

«Con indignación lo escucho.

»Gente sin fe ni esperanza,
cuando a coger vais el fruto 1350
de tanto valor y arrojo,
de tanto peligro y susto,

¿queréis tornarle la espalda?
Que en vos volváis os conjuro,
y el nuevo sol, os lo afirmo, 1355
será de ventura anuncio.»

La turba, como agitada
por un satánico influjo:
«¡Muera!», repite, y desoye
su acento noble y augusto. 1360

* * *

El gran hombre, ya resuelto,
deja el timón, y ceñudo
avanzándose, les grita:
«Llegad, pues, matadme al punto;
 »pero sabed, insensatos, 1365
que de vosotros, ninguno
puede, desde estas regiones,
hallar de la patria el rumbo;
 »y que a mí tan sólo es dado,
porque así a los cielos plugo, 1370
el dominar estos mares
y el hallar puerto seguro.
 »Matadme, pues, ¿qué os detiene?»
La chusma, en espanto mudo,
no responde, y se deshace 1375
en terrorizados grupos.
Torna al timón el piloto,
torna la nave a su curso,
y todos a la obediencia,
aunque a despecho y disgusto. 1380
* * *

Con la noche, la borrasca
cedió de su fuerza mucho;
amansáronse las olas,
más blando el viento se puso;
y al rayar en el Oriente, 1385
tras de los mares cerúleos,
la nueva luz, ve el piloto
a su frente un leve punto
que, alzándose lentamente
de las olas, forma el bulto 1390
de azul monte, en cuyas crestas
brilla el sol cual oro puro.
Se cerciora de que es tierra,
y hacia el trono del Ser Sumo
ojos, corazón y brazos 1395
alza y le rinde el tributo
de gratitud, y en seguida,
«Mirad», les dice a los suyos,
enseñándoles el monte
con noble y triunfante orgullo. 1400
La chusma, que ve la tierra,
que ve el fin de tantos sustos,
y en aquel piloto un ángel,
convierte la rabia en culto,
y arrojándose a sus plantas, 1405
del entusiasmo al impulso
grita, y acordes repiten
cielo, tierra y mar profundo:
¡Viva Colón, descubridor de un mundo!

Gibraltar, 1837.

Un embajador español

Dos romances: I, 100 versos en á-a; II, 80, -é. Total, 180 versos.

Es el primero, cronológicamente, de los romances que dedicó a las guerras de Italia y relata un hecho histórico: en 1494 Carlos VIII de Francia, en flagrante violación del tratado con España de no atacar al Papado, invadió los Estados Pontificios a pesar de los ruegos de Alejandro VI.

No hay apenas descripciones. Rivas cuenta muy bien y con soltura la entrevista de don Antonio de Fonseca, embajador de los Reyes Católicos, con el monarca francés. El «fatuoso orgullo» de éste no puede vencer la determinación del embajador, quien se mantiene hasta el fin «con respeto y firmeza», dos conceptos que definen la actitud del personaje.

El cura de los Palacios¹¹, cuyo relato sirve de fuente para este romance, escribe que Fonseca, ante las burlas del rey, hizo pedazos el tratado y se inclinó luego ante el monarca. Rivas Cherif cita un romance de Gabriel Lobo Laso de la Vega («Entre el rey Carlos de Francia...»), núm. 1027 del Romancero de Durán, en el que Fonseca, además de romper el tratado, saca la espada, «Con esta pluma / mi rey firmará el contrato», le atacan los nobles franceses y el soberano ha de poner paz.

Romance Primero

En Merino y Terracina,
que dominios son del Papa,
entra aquel Carlos Octavo,
rey orgulloso de Francia.

Los fuertes castillos toma, 5
los campos fértiles tala,
incendia los caseríos,
los templos santos profana.

Y en el furor se complace
con que sus hombres de armas, 10
como furibundas fieras
roban, destruyen y matan.

Así cumple los tratados
que celebró con España,
de defender a la Iglesia 15
y de acatar la tiara.

Así el juramento cumple,

que de San Pedro en las aras
prestó sobre el Evangelio
en terminantes palabras. 20

Así el acto corresponde
que, con humildad tan falsa,
hizo en público, besando
del Pontífice las plantas.

Así el nombre verifica 25
que tomó, para burlarla,
de fiel hijo de la Iglesia
y defensor de su causa.

* * *

Los vasallos infelices
del Padre Santo, que hallan 30
exterminio o servidumbre
en quien amparo esperaban;

y que en la paz adormidos
y en la ciega confianza
que los tratados infunden 35
y da una regia palabra;

ni pueden hacer defensa
ni en ella salud hallaran,
que numerosas y fuertes
son las fuerzas de la Francia; 40

y a merced de sus guerreros
dejan haciendas y fama,
sin quedarles más recurso
que lágrimas y plegarias.

Lágrimas que el duro pecho 45
de Carlos feroz no ablandan,
plegarias a que responden
insultantes carcajadas.

* * *

Del Pontífice un legado,
(porque un legado acompaña, 50
para más escarnio y burla,
al rey que a la Iglesia ataca),

inerme, abatido, humilde,
a Carlos ruega y demanda
que a su ambición ponga freno, 55
que coto ponga a su audacia.

Si no por respecto al pacto
celebrado con España,
si no por guardar solemnes
juramentos y palabras, 60

por cumplir como cristiano
y para salvar su alma,
y por temor, a lo menos,
de la divina venganza.

Pues Dios es juez de los reyes, 65

y su mano sacrosanta
rompe coronas y cetros,
solios e imperios allana.

* * *

Con risa infernal escucha
y burladora arrogancia, 70
las justas reconvenciones
el obcecado monarca,
cuando de Borbón el duque,
gran condestable de Francia,
del venerable legado 75
reproduce las demandas;
y con muy cristiano celo
y la autoridad y pausa,
propia de su cuna ilustre,
propia de sus nobles canas; 80
mas con todo el miramiento
a la debida distancia
que entre rey y entre vasallo
Dios mismo establece y marca,
le repite las razones 85
que de pronunciar acaba
el digno representante
de la ofendida tñara,
insistiendo en que recuerde
que los tratados quebranta 90
que firmó solemnemente
en Perpiñán con España.

* * *

De tan noble personaje
tampoco consiguen nada
con el orgulloso Carlos 95
razones, ruegos, plegarias;
pues, con desabrido gesto
y con burladora rabia,
Que no recuerda responde
de cuanto le dicen nada. 100

Romance Segundo

Don Antonio de Fonseca,
caballero de alta ley,
de los Católicos Reyes
el noble embajador es,
que al rey de Francia acompaña 105
y le sigue por doquier,
y avisado por el duque

viene en el momento aquel.

Preséntase con modestia,
pero con el rostro que 110
cara de pocos amigos
llama el vulgo, y llama bien.

Al verle, con fatuo orgullo,
el cristianísimo rey,
que da al vicario de Cristo 115
a gustar vinagre y hiel,

con mirada de desprecio
y con gesto de altivez:
«¡Oh, caballero! -le dice-,
llegáis en buen hora, pues 120

»el venerable legado
me habla, y el duque también,
de un tratado con España,
que lo que encierra no sé.»

«Señor -responde Fonseca-, 125
¿cómo ignorarlo podéis,
cuando en Perpiñán vos mismo
pusisteis la firma en él,

»y debajo el regio sello
puso vuestro canciller?... 130
Mas, puesto que lo olvidasteis,
escuchadme, os lo leeré.»

Y sacando de su seno
un abultado papel,
con respeto y con firmeza 135
Fonseca empezó a leer.

* * *

Cuando un artículo había
favorable al interés
de la corona de Francia,
exclamaba al punto el rey 140

«Es muy válido, recuerdo
que en Perpiñán lo firmé.
Ese artículo, Fonseca,
os ofrezco mantener.»

Pero cuando otro escuchaba, 145
interesante también
o al decoro de la Iglesia,
o de Castilla al poder:

«Dadme el tratado -decía-.
Dádmelo, Fonseca, pues 150
si eso firmé, lo desfirmino,
que enmendar un yerro es bien.»

Y las cláusulas borrando
con menosprecio y desdén,
el pliego le devolvía, 155
diciendo: «Seguid, leed.»

* * *

Al fin, llena la medida
del sufrimiento cortés,
don Alonso de Fonseca
no se puede contener, 160

Y «Rey de Francia -prorrumpe-,
si mojaros pretendéis
de mí, que soy caballero,
de mi patria y de mi rey,

»vive Dios que a tolerarlo 165
no estoy yo dispuesto, y pues
borráis lo que no os conviene,
borro y anulo también

»lo que es a vos favorable,
rompiendo el tratado, ved.» 170

Y desgarrando, valiente,
el respetable papel,

tiró los rotos pedazos
del rey de Francia a los pies,
y calándose el sombrero, 175
sin hacer venia, se fue,

y con la mano en la espada,
atravesando un tropel
de alabardas y ballestas,
salió del campo francés. 180

La buenaventura

Cuatro romances: I, 112 versos en é-o; II, 160, í-o; III, 312, í-a y IV,
20, ó-e. Total, 604 versos.

Fechado el 13 de julio de 1838, apareció al año siguiente en la Revista de
Madrid. Su fuente es la Crónica de Gómara¹² aunque Boussagol añada, con
reservas, que quizás utilizase también Life of Hernán Cortés de Trueba y
Cosío¹³.

Trueba sigue fielmente a Gómara, y en cualquiera de los dos que se
inspirase, Rivas centra su atención en el joven Cortés, personaje soñador
y exaltado que marcha a las Indias impelido por un destino ineludible, tan
glorioso como desgraciado, que le predijo la hechicera de Sevilla. Como en
otros momentos felices, el autor se aparta de la historia y prefiere la
conseja que no pone límites a lo maravilloso.

Romance Primero

La cita

Era en punto medianoche,
y reinaba hondo silencio
de Medellín en la villa,
sumergida en dulce sueño.

Desde un trono de celajes 5
nacarados y ligeros,
cándida, apacible luna
brillaba en el firmamento;
sobre el pardo caserío
derramando sus reflejos, 10
como sobre los sepulcros
de un tranquilo cementerio.

Y en una desierta calle,
donde sus claros destellos
una mitad alumbraban, 15
la otra en sombras confundiendo,
estaba en la parte oscura,
receloso y encubierto,
un noble joven, gallardo,
no muy alto, aunque bien hecho. 20

Ropón y loba vestía,
el uno y el otro negros,
traje propio de que usaban
escolares de aquel tiempo.

De su cintura pendía 25
una espada de Toledo,
y un laúd, con ambas manos,
apretaba contra el pecho.

Los ojos no separaba,
vivos, rasgados, de fuego, 30
lumbreras de un lindo rostro,
vivaz, gracioso, moreno,

de las cercanas paredes
de un edificio frontero,
en cuyos sillares blancos 35
daba la luna de lleno,

descubriendo tres balcones
con barandales de hierro,
debajo dos rejas grandes,
no muy lejanas del suelo; 40

y cerrada una ancha puerta,
sobre la que tiene asiento
un noble escudo de mármol,
guarnecido de arabescos.

* * *

La anchura de aquella calle, 45

en realidad corto trecho,
era espacioso teatro,
mejor diré, campo inmenso
de fantásticas escenas,
de mil extraños sucesos, 50
indecisos y confusos
como figuras de un sueño,
que claramente veía
la imaginación de fuego
y la mente arrebatada 55
de aquel gallardo mancebo.

De Salamanca las ciencias,
los doctores y los ergos,
que atrás deja, ve delante
y su pobre hogar a un tiempo. 60

Y ve los campos de Italia,
aunque nunca estuvo en ellos;
mas a do quiere ausentarse,
de ambición de gloria lleno;
y ya se juzga soldado, 65
y ya se halla en los encuentros,
y mira reyes cautivos,
y ve ejércitos deshechos,
y naciones conquistadas,
y a sus pies tronos y cetros, 70
montes de oro y de laureles,
anchos mares, mundos nuevos;
y todo lo ve, que todo
cuanto abraza el pensamiento
lo ven, y lo ven palpable 75
las almas de privilegio.

* * *

Mas de todo cuanto mira
como en borrosos bosquejos,
como las mudables formas
de nubes que rompe el viento, 80

es el primer personaje,
es el más distinto objeto,
es reina y reguladora
y sol de sus pensamientos,
la modesta doña Elvira, 85
de Medellín embeleso,
y a quien guardan las paredes
do los ojos tiene puestos.

Para ella sueña sus glorias,
para ella anhela trofeos, 90
para ella quiere tesoros
que está enamorado ciego.

Y sin los lauros y bienes
que no quiso darle el cielo,

no puede con ella unirse, 95
que es pobre, aunque caballero.

También teme a un poderoso
rival, ignorante y necio;
pero que ganó en la guerra
tesoros e ilustres premios. 100

El que al padre de su amada,
codicioso, como viejo,
con sus riquezas y honores
tiene cautivado el seso.

Mas en vano teme el joven: 105
es de doña Elvira dueño,
pues esperándole, inquieta,
aún está fuera del lecho.

Y en cuanto la seña escuche,
saldrá, su cita cumpliendo, 110
a ofrecerle ser su esposa
y a jurarle amor eterno.

Romance Segundo

Las cuchilladas

Diz que en cuanto el gallo canta
desparecen de improviso
los aquelarres de brujas, 115
los fantasmas y vestiglos;
así desaparecieron
las escenas o delirios
a que la mente del joven
daba vida en aquel sitio, 120
de un gallo al sonoro canto,
que al momento repetido
por otros, que parecían
los ecos de aquel recinto,
al soñador recordaron 125
que allí tan sólo ha venido,
de un «adiós» tierno de amante
a padecer el martirio,
a exigir una palabra,
y a ofrecer un plazo fijo, 130
que con segura esperanza
le dé aliento en los peligros.

* * *

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,

y a sus acentos sentidos
canta una letra amorosa, 135
con tono dulce y sumiso.

Al punto, cual si el acento
que dio vida y regocijo
a las auras de la noche
fuera conjuro o hechizo, 140
de una reja las maderas
ábreñse en el edificio
que el mancebo contemplaba,
y queda un cuadro sombrío,
do aparece un bulto blanco, 145
cuyos contornos divinos
resaltaban en lo oscuro,
por la luna esclarecidos.

El amante la guitarra
suelta y, fuera de sí mismo, 150
corre a la dorada reja,
abraza los hierros fríos,
y en una mano de nieve,
que uno de ellos tiene asido
estampa labios de fuego, 155
por la pasión encendidos.

* * *

Balbuente, temeroso,
como enamorado fino,
que ser amor elocuente
de ser falso es claro indicio, 160
iba a pedir que dos años
le conserven fe y cariño,
que en ellos ganar espera
pingüe estado y nombre digno.

Cuando (siempre los amantes 165
han de tener enemigos
que en los mejores momentos
truequen la dicha en martirio),
cuando a lo lejos resuena
un alarmante ruido, 170
que a los dos enamorados
sobresalta de improviso:

«Retírate -dice el joven-;
quede tu decoro limpio,
que yo tornaré a tus plantas 175
sin importunos testigos.»

«Nada temas; seré tuya»,
entre sollozos le dijo
su amada, y cerró la reja,
dejando abierto un resquicio. 180

Quiere el mancebo alejarse,
mas no puede sin ser visto,

y no es hombre que la espalda
sabe volver al peligro.

Tres bultos mira en la calle 185
que a él dirigen su camino,
a dos quedarse ve luego
en no muy distante sitio,
y al tercero aproximarse
a paso largo y altivo, 190
resplandeciendo la luna
en su pomposo atavío.

Al comendador conoce,
que volvió de Italia rico,
y que a su Elvira pretende 195
con impertinente ahínco.

Mucho celebra el encuentro,
y solo le pesa el sitio;
pero, ya arrestado a todo
le espera firme y tranquilo. 200

* * *

El comendador le dice,
a diez pasos, dando un grito:
«Retiraos de aquí, estudiante,
o mi espada os hará añicos.»

«Otra tengo yo en la mano, 205
que a ese insulto dé castigo»,
dice el mancebo, y se arroja
como rayo desprendido

de las nubes. Los aceros
relampaguean, y vivo 210
arde el combate, lidiando
sin hablar, cual bien nacidos.

De un leve rasguño tiene
el joven su rostro herido;
del contrario el pecho, roto, 215
lanza ya de sangre un río;

y perdiendo va terreno,
vacilante, cuando un silbo
da, y vienen espada en mano
los otros dos a su auxilio. 220

El joven, como valiente,
desprecia a los asesinos,
y dejando ya en la tierra
al comendador tendido,
carga a los dos y los hiere, 225
y los pone en tal conflicto,
que, rápidos como el viento,
buscan en la fuga asilo.

El vencedor reconoce
de su victoria el peligro, 230
y a su casa se retira

pobre solar, aunque antiguo,
y que también noble escudo
ostenta en el frontispicio
de la puerta, de que lleva 235
la llave falsa consigo.

* * *

A don Martín, su buen padre,
anciano de hidalgo brío,
encuentra sobresaltado,
receloso y discursivo, 240
que del mancebo en la mano
viendo el hierro en sangre tinto:
«¿Qué has hecho, Hernando?», le dice,
y contéstale su hijo:

«Al comendador he muerto, 245
dando a un insulto castigo,
que el honor que tú me diste
ha de estar como el sol, limpio.»

«¡Válgame el cielo! -prorrumpe
el noble anciano-. Preciso, 250
aunque, Hernando, yo no dudo
que con razón has reñido,
»es el ponernos en salvo,
que es inminente el peligro,
siendo poderoso el muerto 255
y nosotros desvalidos.»

«Partiré al momento a Italia,
cual estaba decidido»,
dice Hernando; mas el padre,
prudente, responde: -«Hijo, 260

»de las glorias de la Italia
ya te has cerrado el camino;
el comendador en ella
del rey ha estado al servicio;

»del ínclito don Gonzalo 265
era deudo y favorito,
y allá ha dejado parientes
con honra y con poderío.»

«Pues a las Indias -el joven
dice- a marchar me decido.» 270
Y algo extraordinario y grande
brilló en su rostro al decirlo.

Romance Tercero

El embarco

En la iglesia de San Pedro,
una de las más antiguas
entre las muchas insignes 275
de la opulenta Sevilla,
a las seis de la mañana
se está diciendo una misa,
porque Dios dé buen viaje
a un joven que va a las Indias. 280

Es el gallardo extremeño
a quien hace quince días
que de Medellín, su patria,
arrojó su valentía,
y que, en una gruesa nave, 285
debe aquella tarde misma
despedirse de la Europa
a buscar remotos climas.

Y con don Martín, su padre,
junto al altar, de rodillas, 290
a San Pedro se encomienda
y al cielo le pide dicha;
en el traje de soldado
mostrando tal gallardía,
que del devoto concurso 295
tiene la atención cautiva.

Terminado el sacrificio
recibe la Eucaristía,
resplandeciendo en su rostro
el entusiasmo y fe viva. 300
* * *

Vuelve a la humilde posada
que era en la Borcinería,
hostelaje de un morisco,
estancia pobre y mezquina.

Y así le dijo su padre, 305
cuyas áridas mejillas,
lágrimas de desconsuelo
quemaban y humedecían:

«Hernando, Hernando, hijo mío,
a tierras lejanas vas, 310
donde nunca olvidarás
de mi noble sangre el brío.

»Cual cristiano y caballero,
teme a Dios, guarda su ley,
sirve con lealtad al rey, 315
sé devoto y sé guerrero.

»Nunca des a la codicia
en tu hidalgo pecho entrada,
flaqueza vil que degrada

el cuerpo y el alma vicia. 320

»Sé a tus cabos obediente,
afable a tus compañeros,
y, sin bravatas ni fieros,
en el peligro valiente.

»En los trabajos sufrido, 325
moderado en la ventura,
con generosa cordura,
no estés vano ni abatido.

»Del malo te apartarás,
únete siempre a los buenos, 330
que si no ganas, al menos,
con ellos no perderás.

»Si llegas a obtener mando,
manda con moderación;
pero solo, y con tesón 335
hazte obedecer, Hernando.

»Que al que manda descortés,
o por ajena influencia,
o no exige la obediencia,
para el mando inútil es. 340

»Tolera, disimulado,
aunque te haga padecer,
agravio que no ha de ser
plenamente castigado.

»Reparte con discreción 345
la recompensa y castigo,
y al derrotado enemigo
trata con moderación.

»Resuelve con madurez;
mas resuelto, nada ataje 350
la ejecución, aventaje
al rayo en su rapidez.

»La santa fe que profesas
extender, y de tu rey
los dominios, sea la ley, 355
Hernando, de tus empresas,

»Y no tengas duda alguna
de que si lo haces así,
siempre irán en pos de ti
la victoria y la fortuna. 360

»De tu noble inclinación
mucho espero, mucho fío;
basta: abrázame, hijo mío;
recibe mi bendición.»

La escena tierna y sublime, 365
dolorosa despedida,
que pasó entre el hijo y padre
no es posible describirla.

De momentos tan solemnes

los afectos de familia, 370
los pensamientos y penas
se sienten, mas no se pintan.
* * *

Al fin, como breve sueño,
pasó rápido aquel día;
los tristes y los alegres 375
al mismo paso caminan.

El sol entre nubes de oro,
de un cadáver comitiva,
a la tumba del ocaso
con majestad descendía. 380

Cuando la pieza de leva
dio el trueno de la partida,
del Guadalquivir soberbio
retumbando en las orillas,
ya del arrenal la puerta 385
el padre y el hijo pisan,
y hacia la Torre del Oro
mudos de dolor caminan.
* * *

Magnífica era la escena,
soberbia la perspectiva 390
espectáculo grandioso
el que deslumbró su vista:
cubierto el río de naves
de mil naciones amigas,
con flámulas, gallardetes, 395
banderolas y divisas,
donde espléndidos colores
con el sol poniente brillan,
donde se mecen las auras,
donde retozan las brisas. 400

Ambas márgenes cubiertas
de cuanto la Europa cría,
de cuanto el arte produce,
de cuanto ansía la codicia.

De armas, víveres, aprestos, 405
fardos, cajones y pipas,
de extraordinarias riquezas,
de varias mercaderías.

Y en las naves y las barcas,
en los muelles y marismas 410
y en arrenal, alameda,
muro, almacenes, garitas,
un enjambre de vivientes
de todos reinos y climas,
de todos sexos y clases, 415
de todas fisonomías.

Del grande español imperio

hombre de todas provincias,
y de todas las naciones
que la Europa sabia habitan: 420

 moros, moriscos y griegos,
egipcios, israelitas,
negros, blancos, viejos, mozos,
hablando lenguas distintas.

 Mercaderes, marineros, 425
soldados, guardas, espías,
alguaciles, galeotes,
canónigos y sopistas,

 caballeros, capitanes,
frailes legos y de misa, 430
charlatanes, valentones,
rateros, mozas perdidas,

 mendigos, músicos, bravos,
quincalleros y cambistas,
galanes, ilustres damas, 435
gitanas, rufianes, tías.

 Todo bullicio tan grande,
tan extraña algarabía
tal confusión de colores,
tal movimiento y tal vida, 440

 ofreciendo bajo un cielo
como el cielo de Sevilla,
que era un pasmo de la mente,
un cuadro de hechicería.

* * *

 Tras de la Torre del Oro, 445
mientras don Martín activa
el embarco, maldiciendo
gabelas y socaliñas,

 Hernando sueña despierto,
y pensando en Doña Elvira, 450
embebido en lo pasado,
presente y futuro olvida.

 Llamó su atención de pronto
una voz agria y ronquilla,
que le dice: «Caballero, 455
por Dios, una limosnita.»

 Vuelve en sí, sobresaltado,
y delante de sí mira
una miserable vieja
de extraña fisonomía. 460

 Un rostro innoble y siniestro,
seco, como de ceniza,
con dos penetrantes ojos
de fuego que muere chispas,
 descubre entre sucias tocas 465
que rojo manto cobija,

sobre un traje de anascote,
hecho a desgarrones tiras.

Y en el todo de aquel ente
algo raro se veía, 470
reunión de astucia, ignorancia,
imbecilidad, malicia.

Para darle algún socorro
en la escarcela registra,
y mientras le da un cornado 475
dice la bruja ladina:

«¡Qué lindo y gallardo joven!
Si se embarca para Indias,
la buenaventura puedo
decirle, que sé decirla.» 480

Hay en la vida momentos
que la mitad de la vida
por columbrar lo futuro
se diera con alegría.

Y Hernando, aunque con desprecio, 485
contempla aquella estantigua,
la mano diestra le ofrece
puesta la palma hacia arriba.

* * *

La vejezuela la toma,
un momento la examina, 490
y ora las cejas arquea,
ora amaga una sonrisa;

y, al fin, se estremece, tiembla,
echa fuego por la vista,
y «¡Qué estoy mirando, cielos!», 495
cual energúmeno grita.

Expresión rara y terrible
su muerto semblante anima;
crece, y convulsa le crujen
los huesos y las canillas. 500

Y «¡Oh mancebo generoso!
-exclamó-. ¡Qué de inauditas
glorias y hazañas te esperan!
¡Qué de triunfos en las Indias!

»Tiembla el infierno; ¡tu espada 505
cuántos tributos le quita!
Ve ufano... De contemplarte
el cielo se regocija...

»Emperadores y reyes
te doblarán la rodilla; 510
cual prodigios, cual portentos
verá el mundo tus conquistas.

»Tu huella hundirá naciones
las más guerreras y ricas,
como del pastor la huella 515

hunde vivares de hormigas.

»Con montes de oro y laureles
los astros allá te brindan.
Eterno será tu nombre,
inmortales tus fatigas. 520

»Vuela; el sol del Nuevo Mundo
serás...» No pudo sufrirla
el joven tiempo más largo,
juzgando la retahíla,
cosa a todo aventurero 525

por aquella bruja dicha
para sacar recompensa
más abundante y opima;
y la interrumpe, y le dice:
«Sólo quiero que me digas 530
si seré tan venturoso
que regrese a estas orillas.»

Quedó suspensa la vieja,
muda, en él los ojos fija,
pero apagados; su rostro 535
se seca, se desanima;

y con expresión siniestra
de una sardónica risa:
«Volverás, sí -le responde-;
que volver es tu desdicha; 540

»Volverás..., sí, de seguro...
El sol se va y vuelve... Mira...»
Y con una enjuta mano
y un dedo, que parecía
el de la terrible muerte, 545
en rara actitud le indica
a Castilleja, por donde
el rojo sol se escondía.

* * *

El joven a Castilleja
torna de pronto la vista, 550
como obediente al mandato
de la mano imperativa;

Y ve que una parda nube
que imitaba las cortinas
de un rico dosel tomaba, 555
por el ambiente movida,

de un gran féretro la forma
circundado de amarillas
candelas, y en cuyo seno
del sol el cadáver iba. 560

Vago terror siente Hernando;
los cabellos se le erizan,
y por algunos momentos,
hecho mármol, ni aún respira.

La mano del tierno padre, 565
su voz grata y sus caricias,
diciendo: «Llegó la hora,
vamos, y Dios te bendiga»,
le tornan en sí; anheloso
a la bruja o pitonisa 570
busca, mas la busca en vano:
desaparecido había.

Acaso entre aquella turba,
do era imposible seguirla,
otras limosnas demanda, 575
otros casos pronostica.

Se abrazan al pie del muelle
el padre y el hijo; pisa
éste la ligera lancha,
que al punto huye de la orilla. 580

Llega a la nave; la nave
trinquetes y gaviás iza,
y corta pomposa el río
entre universales vivas.

Romance Cuarto

Conclusión

Este Hernando, este mancebo 585
era Hernán Cortés; su nombre,
gloria la mayor de España,
asombro y pasmo del orbe,
lo dice todo. Un imperio
de cien guerreras naciones 590
descubrió, y rindió su lanza
con seiscientos españoles.

Vuelto a la patria, por premio,
ingratas persecuciones
su corazón destrozaron, 595
rompieron su pecho noble.

Y aquí, en Castilleja, lleno
de desengaños atroces,
rindió a su Criador el alma
que tan grande concedióle, 600
sin que después haya visto
el absorto mundo un hombre,
que de Hernán Cortés al lado
la Historia, imparcial, coloque.

Sevilla, 1838.

La muerte de un caballero

Escrito entre fines de 1839 y principios de 1840, juntamente con «Amor, honor y valor» y «La victoria de Pavía», es el primero de los tres en orden cronológico.

Un solo romance de 116 versos, con rima en é-o, cuenta la muerte del caballero Bayardo (1473-1524), a quien, según la *Histoire de Bayart* (capítulos LXIV y LXV)¹⁴ en una retirada de los franceses hirió una bala salida «de oscuro arcabuz». Murió al cabo de dos o tres horas, rodeado de amigos y enemigos, entre ellos el marqués de Pescara. Los españoles le prepararon un lecho de campo y allí se confesó y murió. En su versión, Rivas describe una enconada escaramuza en la que cae Bayardo y «el mismo Pescara llega / de llanto el rostro cubierto» a recogerle en sus brazos. El moribundo pide perdón a Dios, ensalza a su rey, a su patria y a los soldados españoles, «hijos de la nación más grande».

El retrato de Bayardo a caballo es de los más briosos que ha hecho Rivas, a quien fascina este prototipo de caballeros. En cuanto al estilo, aún quedan ecos de fraseología dieciochesca: el alma que vuela a tomar «entre los héroes asiento», y el cadáver, «de lauro inmortal cubierto», son buenos ejemplos de ello.

Romance

El noble francés Bayardo,
el insigne caballero
que nunca mancilló «tacha»,
que jamás conoció «miedo»,
por la falda de los Alpes 5
en fuga las huestes viendo
que al Almirante de Francia
dio el rey Francisco Primero;
del deshonor de las lises
furioso su heroico pecho, 10
gallardo la lanza empuña,
riscado revuelve el freno,
y en los pocos españoles,
causa de aquel desconcierto,
se arroja como valiente 15

para morir como bueno;
a pintar su gallardía,
a contar sus altos hechos,
a encarecer sus hazañas
no basta el humano acento. 20

* * *

En un normando morcillo
que respira espuma y fuego,
cuya ligereza es rayo,
cuyos relinchos son trueno;
con un arnés que deslumbra 25
del mismo sol los destellos,
y en parte una veste oculta
de carmesí terciopelo;
y sobre bruñido casco,
dando vislumbres al viento, 30
un penacho blanco y rojo
con rica joya sujeto,
cual águila se revuelve,
lidia cual león soberbio,
cual raudo torrente rompe, 35
resiste cual risco eterno.

Solo españoles soldados
sin ceder pudieran verlo,
y con él y con los suyos
trabar combate sangriento. 40

Mas qué mucho, si los rige
aquel hijo predilecto
de la victoria en Italia,
marqués de Pescara excelso.

* * *

Del noble francés Bayardo, 45
a pesar de los esfuerzos,
la francesa artillería
fue de la España trofeo.

Pues de aquella escaramuza
en lo más trabado y recio, 50
cuando las contrarias huestes
eran de valor portentos,
una silbadora bala
de oscuro arcabuz partiendo,
traspasó de parte a parte 55
al gallardo caballero.

Al caer de los arzones
con pesado golpe al suelo,
cuajó la sangre a sus tropas
de sus armas el estruendo; 60

y alzaron tal alarido
de dolor y de despecho,
que por los lejanos valles

resonó en fúnebres ecos.

* * *

Al oír los españoles 65
tan lamentable suceso,
la sangrienta lid suspenden
de asombro y lástima llenos;
pues la muerte de un contrario
de valor insigne ejemplo, 70
pena y confusión infunde
en sus generosos pechos.

Soldados de ambas naciones
cercan al noble guerrero,
cuya sangre empaña el brillo 75
del arnés bruñido y terso.

Y el mismo Pescara llega,
de llanto el rostro cubierto,
y le recoge en sus brazos
con doloroso respeto. 80

Sus criados le desarman,
inténtanse mil remedios;
mas, ¡oh dolor!, todo en vano,
llegó su instante postrero.

* * *

Muere Bayardo el famoso, 85
y en el último momento
después que a Dios pidió gracia,
cual cristiano caballero,

a españoles y a franceses
tornando el rostro sereno: 90
«Por mi rey y por mi patria
-exclamó- gozoso muero;

»y ufano de que haya sido
a las manos y al esfuerzo
de soldados españoles, 95
de honra y de valor modelo,
»y de la nación más grande
que en más alta estima tengo,
de cuantas pueblan la tierra,
de cuantas cubren los cielos.» 100

No dijo más, que la muerte
convirtió su voz en hielo,
volando a tomar el alma
entre los héroes asiento.

* * *

Dejaron los españoles 105
por honra a tal caballero,
de seguir al almirante,
que en Francia salvóse presto.

Y el cadáver de Bayardo,
de lauro inmortal cubierto, 110

entregado fue a los suyos
con justo desprendimiento,
para que hallara reposo
tan valiente y noble cuerpo
en su agradecida patria, 115
al lado de sus abuelos.

Amor, honor y valor

Tres romances: I, 240 versos en é-o; II, 172, í-o y III, 124, é-a. Total, 536.

Basado en la Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V (libro XII, partes XXV, XXVI, XXVII) de fray Prudencio de Sandoval, texto que Rivas sigue muy a la letra, incluso en la descripción particular de los caballeros del ejército imperial. Entre ellos, destaca el Condestable de Borbón presente en este romance, en «La victoria de Pavía» y en «Un castellano leal». Era segundón del duque de Montpensier y primo de Francisco I, con quien se enemistó. Sirvió a Carlos V, quien le apreciaba mucho aunque tanto los españoles como los franceses le detestaron por luchar contra su rey natural.

Mientras «La victoria de Pavía» es una descripción global, centrada luego en la figura del rey francés, aquí los preparativos para la batalla son prólogo y telón de fondo para la historia sentimental de un personaje secundario. Aunque le interese más la anécdota que el «episodio nacional», prosigue Rivas también la alabanza del ejército español, comenzada en el romance de Bayardo y que culminará con «La victoria de Pavía».

En III, tienen lugar los sponsales en el mismo campo de batalla y en presencia del ejército cuando ya silban saetas y balas. Se aparta así del relato de Sandoval, más verosímil aunque menos efectista, donde la boda es al amanecer y concluye cuando «ya comenzaban los atambores a la orden».

Romance Primero

El ejército

De trompas y de atambores
retumba marcial estruendo,
que en las torres de Pavía
repite gozoso el eco;
porque a libertarlas viene 5
de largo y penoso cerco

el ejército del César
contra el del francés soberbio:
 aquél reducido y corto,
éste numeroso y fiero, 10
el uno descalzo y pobre,
el otro de galas lleno.

 Pero el marqués de Pescara,
hijo ilustre y predilecto
del valor y la victoria, 15
tiene de aquél el gobierno,
 porque los jefes ancianos
y los príncipes excelsos
que lo mandan se someten
a su fortuna y su esfuerzo; 20
 y en él gloriosos campean
los invictísimos tercios
españoles, cuya gloria
es pasmo del Universo.

 Manda las francesas huestes 25
el rey Francisco Primero,
que ve las del Quinto Carlos
con orgulloso desprecio.

 Y juzgando un imposible
que osen venir a su encuentro 30
con tan cortos escuadrones,
con tan escasos pertrechos,
 no a la batalla, al alcance
prepárase repitiendo:
«para la cobarde fuga 35
levantan el campamento.»

* * *

 En tanto de él, en buen orden
y en sosegado concierto
(después de dar a las llamas
y de hacer pasto del fuego 40
 las tiendas y los reparos,
las barracas y repuestos)
salen a coger laureles
los imperiales guerreros.

 De Nápoles el ilustre 45
Visorrey al frente de ellos,
en un caballo ruano
que es del Vesubio remedo,
 ricas armas refulgentes,
en que dan vivos destellos 50
las labores de oro y plata
del sol naciente al reflejo,
 lleva; y sobre el rico almete,
en la cimera sujeto,
penacho amarillo y rojo, 55

que mece apacible viento.

Cien alabardas de escolta
cércanle; delante, enhiesto,
va su pendón, y le siguen
personajes de respeto. 60

* * *

En el escuadrón segundo,
de un arnés blanco cubierto,
y de un sayo de brocado,
en un frisón corpulento
pasa de Borbón el duque; 65
¡lástima que tan egregio
príncipe contra su patria
y su rey combata ciego!

Entre los varios señores
y famosos caballeros 70
que le acompañan, descuella,
por lo galán y lo apuesto,
el joven marqués del Vasto,
armado de azules veros,
con blancas y azules plumas, 75
gallardas alas del yelmo.

En un pisador castaño
que con la espuma del freno
escarcha en copos de plata
los azules paramentos, 80
su destreza de jinete
con corvetas y escarceos,
y su agilidad de mozo
va presumido luciendo.

* * *

Tras este escuadrón segundo 85
marcha el escuadrón tercero,
y Alarcón a su cabeza,
cana barba, rostro serio,
armas fuertes, mas sin brillo,
corcel alto, duro, recio, 90
una fornida lanza
que empuña un puño de hierro;
sin visera ni penacho,
capacete de gran peso,
y sobreveste y gualdrapa, 95
ambas de velludo negro,
sin recamadas insignias,
sin divisas ni embelecocos,
eran, como lo era siempre,
su simple y marcial arreo. 100

Siguen, tras los hombres de armas,
los escuadrones ligeros,
y de Cívita-Santángel

el marqués al frente de ellos.

Joven, valiente y gallardo, 105
ignorando va, risueño,
que a manos de un rey la muerte
le aguarda a pocos momentos.

Rico y galán sayo viste
de purpúreo terciopelo, 110
¡harto pronto con su sangre
más purpúreo ha de ponerlo!

De un cuartago de Calabria,
causa de su fin funesto,
rige las flexibles bridas, 115
que cortadas, serán luego.

* * *

Las triunfadoras banderas
donde desarrolla el viento
los castillos y leones,
ya de dos mundos respeto, 120

y que adorna la fortuna
de palma y laurel eternos,
donde quiera que tremolan
en entrambos hemisferios

la invencible Infantería 125
de los españoles tercios,
en bien formadas escuadras
sigue por lado diverso.

Descalza, pero contenta;
pobre, mas de noble esfuerzo 130
tan rica, que a sus hazañas
es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,
y de la muerte el desprecio,
en sus ordenadas filas 135
de frugalidad modelo:

y que de vencer seguras
llenan de coplas el viento,
con apodos y con vayas
de andaluces a gallegos. 140

A sus bravos capitanes
humildes obedeciendo,
forman un bosque de picas
cuyas puntas son luceros;
y donde los arcabuces, 145
preñados de rayo y trueno,
van pronto a llenar el aire
de humo, plomo, muerte y miedo.

Allí el capitán Quesada,
allí el capitán Cisneros, 150
y Santillana el alférez,
y Bermúdez el sargento,

y Roldán el sevillano,
extremado arcabucero,
y mil y mil allí estaban, 155
gloria del hispano suelo,
cuyos inmortales nombres
la fama guarda del tiempo,
y al pronunciarlos palpita
de todo español el pecho. 160

Con un limpio coselete,
del sol envidia y espejo,
con celada borgoñona
sin cimera ni plumero,
y con sus calzas de grana, 165
y con su jubón eterno
de raso carmesí, llega
después de dejar dispuesto
como caudillo el ataque,
y como caudillo experto, 170
el gran marqués de Pescara
en su tordillo ligero.

En su diestra centellea
un estoque de Toledo,
y un broquel redondo abraza 175
con una muerte en el medio.

Viene y se coloca al frente
de los españoles tercios,
de sus planes y esperanzas
con gran razón fundamento. 180

Y con el semblante afable,
y con el rostro risueño,
responde a sonoros vivas
en sazonado gracejo.

* * *

Detrás de los españoles, 185
tardos marchan los tudescos,
que apiñados parecían
muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones
las águilas del imperio 190
ostentan, y lentamente
las siguen, con gran silencio.

Micer Jorge de Austria, anciano
de gran valor y respeto,
va a su frente en un morcillo 195
que hunde donde pisa el suelo.

Lleva arnés empavonado,
y devoto hasta el extremo,
con franciscana capucha
el casco y gorjal cubiertos. 200

Las últimas que desfilan

y salen del campamento,
son las banderas de Italia
en pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce 205
y una lombarda de hierro,
son toda la artillería
para tan terrible empeño.

Don César Napolitano,
caudillo bizarro y diestro, 210
y el capitán Papacodo
vienen a su frente puestos.

* * *

Ya los franceses cañones,
cuyo número era inmenso,
contra estas huestes lanzaban 215
muerte envuelta en humo y fuego;

y ya viva escaramuza
se iba rápida encendiendo,
entre avanzados jinetes
y alentados ballesteros, 220
y aún del incendiado campo
llegan a ocupar sus puestos
a todo correr soldados,
y a escape los caballeros.

Sólo entre tantos no acude 225
cuando siempre es el primero,
el gallardo don Alonso
de Córdoba, y le echan menos,
porque de un noble el retardo,
en tan críticos momentos 230
es mucho más reparable,
porque debe dar ejemplo.

Y por esperarlo, todos
miran hacia el campamento,
donde, con grande sorpresa, 235
ven, y quédanse suspensos,
que su tienda solamente
no es ya de las llamas cebo,
y que, aún intacta, descuella
entre el general incendio. 240

Romance Segundo

La tienda

Entre humo, llamas, cenizas
que, volando en remolinos,
del abandonado campo
al sol ofuscan el brillo,
de don Alonso la tienda 245
tiene desde lejos fijos
de la multitud los ojos,
la atención de sus amigos.

Aderezado un overo
cerca de ella, altos relinchos 250
da, y huella y escarba el polvo,
no cabiendo ya en sí mismo,
porque, la mano en el diestro,
tiene sujeto su brío
un paje, que también tiene 255
un lanzón con pendoncillo.

* * *

Están dentro de la tienda,
a un lado, sentada en rico
almohadón de terciopelo
sobre tapete morisco, 260
una gallarda señora
con semblante dolorido;
teniendo en sus bellos brazos
dos hermosísimos niños,
y en pie, a su frente, un joven 265
de brillante arnés vestido,
la cabeza sin almete
y el rostro contemplativo.

Dos luceros son los ojos
de aquella dama o prodigio, 270
que a las mejillas de nácar
le dan perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas
con negligente prendido
dan más blancura a su frente, 275
dan a sus ojos más brillo,

Dan más carmín a sus labios
de amor poderoso hechizo,
dibujando un albo cuello
y un seno de ángeles nido: 280
pues viendo en él agrupados
a los dos infantes lindos,
el llamarle de esta suerte
no es exagerado estilo.

El mancebo, armado, muestra 285
en aspecto y atavío
de su linaje lo ilustre
y de su cuna lo rico.

Es el noble don Alonso

de Córdoba, que cautivo 290
de un amor firme, combate
por salir de un laberinto.

Del gran marqués de Alcaudete
hermano, y aun presuntivo
heredero, aquella hermosa 295
ha tiempo tiene consigo,
con disgusto y con despecho,
no sólo del marqués mismo,
sino de otros dos hermanos,
capitanes de gran brío, 300
que en las huestes españolas
con el de Pescara invicto,
para avalorar su nombre
ocupan honroso sitio.

* * *

La dama en ilustre sangre: 305
al joven esclarecido
no iguala, es cierto; mas junta
a los altos atractivos
de la gracia y la belleza,
del donaire y señorío 310
y de los ojos de fuego,
y del hablar argentino,
tal bondad y tal ternura,
tan cultivado y pulido
entendimiento, y modales 315
tan dulces, gratos y finos,
que de don Alonso tienen
disculpa los extravíos,
por prenda en quien tantos dotes
colocar el Cielo quiso; 320
pues amor y entendimiento
y valor, siempre se ha dicho
que igualarlo pueden todo;
y no es error el decirlo.
Ella es honrada, aunque humilde, 325
y para hombre bien nacido
el honor de las mujeres
no es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre
ya la obligación consigo, 330
con Dios y con los sensatos
se ve en grande compromiso.

* * *

Don Alonso, caballero
de tan altos requisitos,
cuando va a exponer la vida 335
a un inminente peligro,
(siempre solemne momento

en que entra el hombre en sí mismo,
porque voces que no mienten
le dan interiores gritos), 340
 revuelve allá en su cabeza
mil encontrados arbitrios,
para entre el mundo y el Cielo
encontrar algún camino.

 Su pecho es campo en que luchan 345
irritados enemigos,
preocupaciones, afectos,
miramientos y cariños.

 Y con los brazos cruzados,
el rostro helado y marchito, 350
desencajados los ojos,
convulsos los labios fríos,
 hecha pedazos el alma,
el corazón derretido,
quisiera que un rayo ardiente 355
le clavara en aquel sitio.

* * *

 La dama, que no sospecha
el confuso laberinto
en que se pierde su amante,
demudado y discursivo, 360

 Creyendo que el amor sólo
detiene su heroico brío,
en momento en que el retardo
pone el honor en peligro,
 sollozando: «¿Qué os detiene 365
-dice-, amado dueño mío,
cuando las trompas os llaman
y os espera el enemigo?

 »Volad, que yo no os detenga;
volad, señor, os suplico, 370
vuestro nombre y vuestra fama
son antes que yo y mis hijos.»

 De tal labio, don Alonso,
al escuchar tal aviso,
que fue del honor espuela 375
y del amor incentivo,
 en sí torna, se resuelve,
y dando un largo suspiro,
como lo da el que cansado
sale de un profundo abismo: 380

 «Decís bien, señora -exclama-;
mas venid a ser testigo
de que pago cuanto debo
a Dios, a vos y a mí mismo.»

 Cálase el yelmo; del brazo 385
en frenético delirio

ase a la dama, que aprieta
contra su seno a los niños.

Sale con ella y con ellos,
monta en el overo altivo, 390
acomoda en la gurupa
a su dama y a sus hijos,
y hacia el campo de batalla
a escape toma el camino,
en velocidad y en fuego 395
rayo o disparado tiro.

Todos cuantos lo esperaban
reconócenlo al proviso,
de que traiga, avergonzados,
tal embarazo consigo. 400

La lenguaraz soldadesca
prorrumpe en picantes dichos,
pues no hay respeto que imponga
freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos 405
de don Alonso, ofendidos,
de enojo y cólera ciegos,
en tierra los ojos fijos,
temiéndose nueva afrenta
en tal hora y en tal sitio, 410
con las viseras esconden
los rostros escandecidos.

Romance Tercero

El caballero

Sin templar las flojas bridas
ni dar descanso a la espuela,
el ilustre don Alonso 415
a do están los tercios llega;
dando al desprecio las burlas,
sordo haciéndose a la befa
de licenciosos soldados
y de desatadas lenguas, 420
ante el marqués de Pescara
que siente tal ocurrencia,
y que está suspenso y grave,
pone fin a la carrera.

Desocupa los arzones, 425
a niños y madre apea,

y con firme acento dice,
alzándose la visera:

«Marqués de Pescara egregio,
pues circula en vuestras venas 430
sangre tan noble y cristiana
como el mundo reverencia,

»no extrañaréis el que un noble,
que de cristiano se precia,
sus obligaciones cumpla 435
y satisfaga sus deudas;

»ni que un valiente soldado
que a combatir marcha, quiera
para entrar con más empeño,
dejar mayores riquezas. 440

»Ni que tranquila su alma
al lance llevar pretenda,
porque si es del valor centro
mayor valor hay en ella.

»Yo estoy obligado y debo, 445
mil bienes se me presentan
que asegurar, y mi alma
la tranquilidad anhela.

»Bajo vuestro patrocinio
cumpla, pues, pague, enriquezca, 450
mi alma tranquilice, y obre
según Dios y mi conciencia.

»al capellán que os asiste
mandadle, señor, que venga,
y que me case ahora mismo 455
aquí con doña Teresa.

»Y bendecido mi enlace,
estos dos ángeles sean
hijos legítimos míos,
purgados de toda afrenta. 460

»Y si el cielo dispusiese
que yo caiga en la pelea,
habrá quien me sustituya
en lealtad y en fortaleza.»

Calló, y el Pescara insigne 465
y los jefes que le cercan,
conmovidos y admirados,
tan cristiano empeño aprueban.

* * *

Viene el capellán al punto
en una mula; se apea, 470
de don Alonso elogiando
acción tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas
cunde con la extraña nueva,
porque una acción generosa 475

tiene mágica influencia.

Y un ejército testigo
siendo de la boda, hecha
fue con los sagrados ritos
que a sacramento la elevan. 480

* * *

Desmáyase la señora,
y en los brazos la sustenta
su esposo, que a entrambos niños
contra la coraza aprieta.

Se enternece el sacerdote, 485
Pescara los brazos echa
al regocijado novio,
y da mil enhorabuenas.

El ejército, de vivas
admirado el aire llena. 490
Vienen los amigos todos,
todos los curiosos llegan.

Y de don Alonso entonces
ya no tienen resistencia
los enojados hermanos, 495
y entre sus brazos lo estrechan;
y despojándose afables
de anillos y de cadenas,
unos dan a su cuñada
otros en los niños cuelgan. 500
de cordialidad, de gozo,
y de dicha tal escena
formando en aquel momento,
que a un mármol enterneciera.

* * *

Pero los instantes urgen: 505
don Alonso, activo, ordena
a su esposa y a sus hijos
retirar de allí a gran priesa;
porque ya silban las balas,
y ya cruzan las saetas, 510
y las trompas y atambores
dan de combatir la seña;
y cabalgando ligero,
la lanza en la cuja puesta,
vuelto al marqués de Pescara, 515
dice así con voz resuelta:

«Por uno antes combatía,
porque uno tan sólo era;
mas hoy combatir por cuatro
quiero que el mundo me vea: 520

»Por mí, por mis tiernos hijos
y por mi esposa discreta,
vos veréis, caudillo excelso,

si sé hacerlo, aunque perezca.»

Revuelve el potro, la lanza 525
en el ristre a punto puesta.

Y en lo más trabado y recio
entróse de la pelea.

Síguenle sus dos hermanos.

Y de los tres las proezas 530
en aquel tremendo día,

que a España de gloria llena,

fueron tales, que lograron
aplausos y recompensas,

y en el clarín de la fama 535
nombre inmortal, gloria eterna.

La victoria de Pavía

Cinco romances: I, 320 versos en ó-e; II, 172, é-o; III, 180, á-e; IV, 152, í-a y V, á-o.

Sin dejar de atenerse a Sandoval, el poeta cuenta los hechos mezclando colores, elementos realistas e hiperbólicas imágenes. Destaca la magnificencia de los franceses, mandados por Francisco I, con gran golpe de caballeros, lucida artillería y poderosos aliados, «dos veces más numerosos» que los Tercios y gente de España, de pobre aspecto. Tal contraste entre los enemigos y en especial las galas del rey francés -cuyas elaboradísimas y soberbias armas y divisas describe con detalle-, hacen más heroica la victoria total de los imperiales al mando del marqués de Pescara, valeroso y sin pretensiones. A pesar de la gran inferioridad numérica, los españoles se imponen por su táctica y arrojo, y la derrota de los franceses, tan orgullosos antes, es completa.

Respetuoso siempre con los reyes, tiene palabras de elogio para el de Francia, bien que describa, también sin ahorrar detalle, su apresamiento y despojo por unos soldados. Tan estrepitosa caída le dicta las acostumbradas consideraciones morales sobre las «inconstancias de fortuna».

Resalta el aspecto caballeresco de esta guerra: Pescara es modelo de respeto y generosidad mientras que Francisco I, «esforzándose orgulloso / en dar a su faz sonrisa» va siempre «gallardo», «afable» y «risueño». Añade al final unos recuerdos de juventud: siendo guardia de Corps y pocos días antes de comenzar la guerra de la Independencia, en abril de 1808, hubo de escoltar la espada que Francisco I perdió en Pavía (¡y que, dicho sea de paso, no era la auténtica!), devuelta por el gobierno español a los franceses. Galofobia y odio a Napoleón quedan compensados por el recuerdo de la victoria de Bailén, mayor que la de Pavía en el sentir de Rivas, quien le dedicará luego otro romance.

Al Señor don Mariano Roca de Togores.

Romance Primero

Pescara y los españoles

De la sitiada Pavía,
desde las gigantes torres
que el bravo Antonio de Leiva
guarda con sus españoles;
entre nubes de humo y polvo 5
do arcabuces y cañones,
de rayos llenan el aire,
de truenos el horizonte,
se ve la horrenda batalla
en que disputan feroces 10
Francisco y Carlos el cetro
de Italia y de todo el orbe.

Dos veces más numerosos
los franceses escuadrones
son, que los que allí combaten 15
de Carlos Quinto en el nombre.

Y aquellos a su cabeza,
con lo que valen al doble,
tienen a su rey Francisco,
monarca de excelsos dotes. 20

Pues en valor y destreza,
y en caballeroso porte,
quien le exceda y sobrepuje
el mundo no reconoce.

Al ejército del César 25
si la ventaja nególe
el Cielo de ver al frente
a su soberano entonces,

le dio la de que lo rija
el aventajado y noble 30
marqués de Pescara invicto,
guerrero de alto renombre.

Y si es en número escaso
y viene de galas pobre,
también con la fama cuenta 35
de los tercios españoles.

* * *

La francesa artillería,
cuyo número era enorme,
deshace apretadas filas,

espesas hileras rompe, 40
y cual tempestad horrenda
llena de pavor el orbe,
borrando el son de las trompas
y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes 45
desprecian el fuego, y corren
a que decida el combate
de la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste
el visorrey a galope, 50
de hombres de armas y ligeros
con los bravos escuadrones.

El rey de Francia los suyos
numerosísimos pone,
mas cual bisoño caudillo, 55
para la batalla en orden.

¡Cuán gallardo y rozagante,
augusto, lozano y joven
oprime un tordo rodado
que a tal dueño corresponde! 60

De morado terciopelo
y brocado de oro, sobre
el arnés fúlgido, lleva
veste de ricas labores.

Efes de oro son y lises, 65
que deslumbran como soles,
y de oro y morada seda
lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,
del viento halago y azote, 70
amarillos y morados
vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella
una flecha de oro, donde
primoroso pendoncillo 75
un claro emblema propone.

Bordada una salamandra
que en vivo fuego se esconde,
es el cuerpo de la empresa
y «modo et non plus» el mote. 80

El almirante de Francia,
personaje de alto nombre;
el gran príncipe de Escocia,
gallardo y hermoso joven;
el príncipe de Navarra; 85
de San Pol el bravo conde;
el mariscal Montmorency,
y otros insignes señores,
le acompañan y le sirven,

con él las filas recorren, 90
y con él al campo abierto
salen a esperar el choque.

* * *

Terrible fue; parecía
que se encontraban los montes,
que se desplomaba el cielo 95
y que caducaba el orbe.

Mas, ¡ay!, las fuerzas de Francia
eran en número dobles,
y el valor no hace imposibles,
aunque el valor los arrostre. 100

Si bien del virrey la lanza
dio al almirante fin noble;
si bien insignes franceses
cayeron de los arzones;

si bien resisten constantes, 105
como murallas de bronce,
los imperiales jinetes,
al cabo, al cabo... eran hombres.

Muere del rey en la lanza
el desventurado joven 110
a quien Cívita-Santángel
por su marqués reconoce.

El mismo Alarcón, a tierra
vino de una maza al golpe,
como cae gigante pino, 115
cual se desploma una torre.

Y a pie combate y resiste
dando tajos y mandobles,
y a su vigor y destreza
debió no morir entonces. 120

El del Vasto en gran peligro
se ve entre diez borgoñones,
y tiene que abrirse paso
con la punta del estoque.

Todo es muerte y exterminio; 125
cuatro jinetes se oponen
a cada jinete nuestro,
sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza
de que a la victoria logren 130
seducir tan alto esfuerzo
y tantas hazañas nobles,

cuando el capitán Quesada
en el combate lanzóse,
seguido de cien certeros 135
arcabuces españoles.

Y con tanto tino asesta
sus rayos atronadores,

que a los contrarios asombra
y en retirada los pone. 140

* * *

En tanto, por otra parte
otros frescos escuadrones
de bien montados franceses,
«Francia» apellidando a voces,
arrollando cuanto encuentran, 145
con la lanza en ristre corren,
y a los tercios de la Italia
vencen, deshacen y rompen.

Los esguízaros que siguen
de la Francia los pendones, 150
a reforzar el combate
presurosos se disponen.

Y hasta el mismo rey Francisco,
con nuevo escuadrón a trote,
va a asegurar la victoria 155
que ya suya reconoce.

El gran marqués de Pescara
que lo advierte, decidióse,
confiado en su fortuna,
a aventurar todo entonces; 160
y con risueño semblante
a los tercios españoles
torna, y animoso dice:

«¡Ah de mis fuertes leones!

»Vuestro debe ser el día; 165
allí donde más feroces
los enemigos se agolpan,
allí hay laureles mayores.

»Venid conmigo a cogerlos,
vuestras frentes solas logren 170
coronarse con sus ramas
entre tan varias naciones.»

Vivas que asordan el aire,
y seis mil bravos acordes
lanzan (sonoroso grito 175
de ansia, de gloria y renombre),

fue la respuesta. Y al punto
con celeridad movióse
de picas y de arcabuces
un espesísimo bosque. 180

Al momento la fortuna,
tan indecisa hasta entonces,
en las imperiales huestes
los mudables ojos pone.

Y del pendón de Castilla 185
los gloriosos resplandores
encantaron sus miradas

y en su favor declaróse.

* * *

Los arcabuces de España
no hay fila que no destrocen, 190
no hay caballo que no ahuyenten,
no hay guerrero que no postren.

Y las picas españolas
no hay escuadra que no arrollen,
embate que no resistan 195
ni denuedo que no asombren.

Huyen de su ardiente brío,
de sus balas y sus botes,
los franceses, hombres de armas,
y los ligeros peones. 200

Y los esguízaros huyen
en confusión y desorden,
y huyen los nobles jinetes,
y huye el rey mismo a galope,
y de un ejército inmenso 205
que ya vencedor juzgóse,
triunfa el marqués de Pescara
con sus seis mil españoles.

* * *

Este valiente caudillo,
cuyo esfuerzo no conoce 210
rival en el ancho mundo,
más alta empresa dispone;

y ordenando que el alcance
prosigan los vencedores,
y que los tudescos vengan 215
a sostenerlos veloces,

junta a varios caballeros
y de armas a algunos hombres,
que escaramuzando andaban
sin jefes y sin pendones; 220

y poniéndose a su frente,
y requiriendo el estoque,
en un escuadrón lejano
que el rey Francisco recoge,
para tornar donde pueda 225
dejar bien puesto su nombre,
al grito de «¡cierra España!»
con nueva furia lanzóse.

* * *

En tanto, Antonio de Leiva,
que la ventaja conoce 230
de las fuerzas imperiales,
cual raudo torrente rompe
por las puertas de Pavía;
y cayendo osado sobre

la retaguardia francesa, 235
en grande aprieto la pone.

Ya es de Carlos la victoria.
Ya los tercios españoles,
como el huracán que arrasa
los enmarañados bosques, 240
abriéndose en un momento
ancha calle a sus furores,
no ven ya en su paso estorbo,
no encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo, 245
con pasmo y con dolor oyen
de que su Pescara es muerto
correr las siniestras voces.

Es cierto que no parece
desde que, con pocos hombres 250
de armas, le vieron lanzarse
con tanto denuedo donde,
aún trabada la pelea,
reina confuso desorden.
Vengarle, pues, juran todos, 255
y allá revuelven feroces.

Cuando entre el polvo y el humo
ven aparecer al trote,
al victorioso caudillo
de sus esperanzas norte 260
* * *

Mas, ¡oh Dios, en cuál estado!
Herido su rostro noble,
pasado el brazo siniestro
de una lanza al duro bote;
el coselete partido 265
y atravesado del golpe
de una bala, que parece
que fin a sus glorias pone.

Y el tordillo, moribundo,
herido en cuello y quijotes, 270
un raudal de negra sangre
derramando a borbotones.

Las españolas escuadras
quedan al mirarlo inmóviles,
y el placer de la victoria 275
en llanto y dolor tornóse.

Al cabo llega Pescara
sin que la muerte le asombre,
y dice con voz tranquila
partiendo los corazones: 280

«¿Por qué os detenéis, amigos?
Valerosos españoles,
pues ya es vuestra la victoria

nada mi falta os importe.»
Desplómase el tordo en tierra; 285
dos capitanes recogen
al general en los brazos,
y Vega, su gentilhombre,
del sangriento coselete
le desencaja los broches, 290
y ve..., ¡oh placer!, que la bala,
causa de tantos temores,
aplastada contra el pecho,
leve contusión esconde;
del coselete, sin duda, 295
en los adornos de bronce
perdió su temible fuerza;
o por dicha disparóse
desde tan lejos, que trajo
escasa violencia el golpe. 300
Reanímense los soldados,
por milagro reconocen
dicha tan grande, y en «vivas»
prorrumpen y alegres voces.
Y repuesto el mismo herido, 305
que trasgado juzgóse,
de la contusión del pecho
por los agudos dolores,
«¡Bendito sea Dios!», exclama.
Ármase de nuevo, y sobre 310
otro corcel restablece
en las escuadras el orden.
Y en las márgenes floridas
del manso Tesin, por donde
se retiran derrotados 315
de Francia los escuadrones,
sembrando exterminio y muerte,
aparecieron veloces
el gran marqués de Pescara
y los tercios españoles. 320

Romance Segundo

El estandarte ante todo

Del Tesin en las orillas
quiere hacer su último esfuerzo,
vencido y avergonzado

el rey Francisco Primero.

Sus numerosas escuadras 325
dispersas ve y sin aliento,
y fuerzas aún poderosas
en confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano
de cálida sangre lleno, 330
pues soldado fue valiente
si no fue caudillo experto;
deslucidas ya sus galas,
deslustrados sus arreos,
y abollados de los golpes 335
el capacete y el peto;
en su corcel, que de espuma,
de sangre y sudor cubierto,
cruza fatigado el campo,
obediente a espuela y freno; 340

solo y sin séquito corre
llamando a sus caballeros,
denosta sus fugitivos,
recoge algunos dispersos,
y revuelve valeroso 345
a escaramuzar ligero,
pensando que aun algo puede
con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna
la espalda y rostro le ha vuelto, 350
y hasta las heces el cáliz
beberá del vencimiento.

De Alarcón los hombres de armas
vestidos de tosco hierro,
los del virrey denodados 355
y los de Borbón soberbio,
y entre el tropel de jinetes
mezclados arcabuceros
españoles, cuyas balas
tienen prodigioso acierto, 360
del rey de Francia, infelice,
invalidan los esfuerzos,
y hacen sordos a sus voces
a los franceses guerreros.

* * *

El despechado monarca 365
del desapiadado cielo
tenaz resistencia opone
al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados
a sus esguízaros viendo, 370
del Tesin a un ancho vado,
donde su fin va a ser cierto,

vuela a ponerse a su frente
para advertirles el riesgo
que van a hallar en las aguas, 375
por no arrostrar el del fuego,

y los conjura y exhorta
a que con él revolviendo,
noble resistencia opongan
al vencedor altanero; 380

Y que cual valientes busquen
con él de salud un puerto,
no del Tesin en las ondas,
mas de la lid en el hierro;
que allí segura es la muerte 385
y aquí bien puede no serlo;
que aquí aún les espera gloria
y allí sólo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue
formarlos y contenerlos, 390
y ya de esperanza nueva
ve casi el rostro risueño,
cuando aterrador fantasma
se ve venir a lo lejos:
los pendones invencibles 395
de los españoles tercios.

Y olvidando que a su frente
tienen hombre tan excelso,
y del engañoso río
olvidando el grave riesgo, 400

los esguízaros soldados,
de pánico asombro llenos,
huyen, al rey abandonan
y al vado parten derechos.

El francés monarca entonces 405
las lágrimas del despecho
quemando su rostro augusto,
quiere morir como bueno,
y vuela hacia el puente, donde
aún resisten con empeño 410
algunos fieles magnates,
algunos nobles guerreros.

* * *

Mas, ¡ay!, la suerte tremenda
llegar le impide a aquel puesto,
donde libertad y gloria 415
iba a conseguir al menos,
pues que silbadora bala,
de ignoto arcabuz partiendo,
de su corcel fatigado
rompe y atraviesa el pecho. 420

Vacila el bruto, retiembla,

de sangre espumosa el suelo
en raudo torrente inunda,
quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas, 425
de sus ojos muere el fuego,
y en grave estruendoso golpe
desplómase con su dueño.

¡Oh dolor, yace en el fango
el trono de Francia excelso, 430
el poderoso monarca
que juzgaba el orbe estrecho!

De inconstancias de fortuna,
grande y doloroso ejemplo,
y de la humana soberbia 435
aterrador escarmiento.

Nada hay firme en este mundo:
valor, gloria, nombre, imperio,
cuando una espada se empuña,
todo queda en duda puesto. 440

* * *

El hidalgo vizcaíno
Juan de Urbietta, que cubierto
de tosco arnés, en un potro
escaramuzaba suelto,
pasa y ve bajo el caballo 445
tan lucido caballero,
que por levantarse pugna
con inútiles esfuerzos.

No sospechando quién era,
le pone el lanzón al pecho, 450
y «Ríndete al punto -grita-
o quedarás aquí muerto.»

Respóndele el derribado:
«Soy el rey de Francia, quedo
a tu emperador rendido, 455
y heme ya tu prisionero.»

Retira Urbietta la lanza
con el debido respeto,
y con tan rara fortuna
pasmado queda y suspenso. 460

Animado el rey, prosigue:
«Que al punto bajas te ruego,
que este maldito caballo
me revienta con su peso.»

Iba el noble vizcaíno 465
a darle socorro presto,
y ya para echarse a tierra
soltó el estribo derecho,
cuando del puente a la boca
ve de franceses en medio 470

su estandarte, y que el alférez
solo lo está defendiendo;
y el honor de su estandarte,
y la fe del juramento,
más que ansia de vanagloria 475
en su alma ilustre pudieron,
«Ya señor -al rey le dice-,
socorro daros no puedo,
que es mi estandarte ante todo,
y está mi estandarte en riesgo. 480
»Confesad que os he rendido,
y pues que prenda no llevo
porque podáis conocerme,
si a vuestra presencia vuelvo,
»miradme, que soy mellado», 485
y alzando del toscó yelmo
la visera, en un instante
le mostró dos dientes menos,
y revolviendo el caballo
al puente voló ligero, 490
con el lanzón en el ristre
de honra y de lealtad modelo.

Romance Tercero

Un rey prisionero

Mientras el bizarro Urbietta
va a libentar su estandarte,
dejando la alta fortuna 495
que le plugo al Cielo darle,
al rey Francisco, impedido
de moverse y levantarse,
porque le sujeta en tierra
de su caballo el cadáver, 500
Diego Ávila, el granadino,
también hombre de armas, vase,
y que se rinda le grita,
decidido y arrogante.
Respóndele el rey: «Rendido 505
a otro español estoy antes,
y que soy el rey de Francia
para tu gobierno sabe.»
Sorprendido el granadino
de aventura tan notable, 510

«¿A ese español -le pregunta-
habéis dado prenda o gaje?»

«Le di sólo mi palabra,
que mi palabra es bastante,
-contesta el rey-; mas si quieres 515
toma mi espada y mi guante;

»y sácame del caballo
y ayúdame a levantarme,
que la visera me ahoga
y esta pierna se me parte.» 520

Ávila toma las prendas
destilando fresca sangre,
echa pie a tierra y ayuda
al rey con trabajo grande,
y levántalo, y el yelmo 525

le desencaja al instante
para que le dé en el rostro,
que lo ha menester, el aire.

* * *

Hita, soldado gallego,
tosco y de toscos modales, 530
con su sangrienta alabarda
y desharrapado traje,

llega, y con poco respeto,
ya resuelto a despojarle,
de la insignia se apodera 535
del más elevado arcángel.

De San Miguel el collar
échase al cuello el salvaje,
con su tosquedad y harapos
haciendo extraño contraste. 540

El rey le dijo: «Valiente,
por él te doy de rescate
seis mil ducados de oro,
y más, si en más lo estimares.»

Y contestóle el gallego: 545
«Guardaréle, que colgarle
de mi emperador al cuello
podré yo temprano o tarde.»

* * *

En esto llegaban otros
soldados sin capitanes 550
con la victoria embriagados,
cebados con el pillaje,

y en su sagrada persona
ponen sus manos rapaces;
la veste del rey desgarran, 555
sus preseas se reparten,

y le arrebatan del yelmo
la bandereta y plumajes,

que la codicia villana
no guarda respeto a nadie. 560

Ávila, Hita y Urbieta
(que ya en salvo su estandarte
dejó), con vanos esfuerzos
por defenderle combaten.

Cuando llegaron a punto 565
varios nobles personajes,
que tan feroz soldadesca
obligan a reportarse,
enseñándoles, valientes
a que respeten y acaten 570
a la majestad augusta,
que, aunque vencida, es muy grande.

* * *

De estar el rey prisionero
cunde la nueva al instante
por el uno y otro campo 575
con efectos desiguales.

Los franceses, caballeros
de más valor y linaje,
tornan a correr la suerte
que a su rey Dios quiso darle. 580

Y los jefes y caudillos
de las tropas imperiales,
vuelan a que cese al punto
la mortandad y la sangre.

El de Pescara glorioso 585
corre ligero a la parte
en que al rey Francisco juzga
expuesto a villano ultraje.

Llega, del caballo salta,
y con respeto admirable, 590
hincadas ambas rodillas
la mano quiere besarle.

No lo consiente el monarca,
que tiene un consuelo grande
en verse ya protegido 595
por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño
de la tierra a levantarse,
«Noble marqués de Pescara,
pues que la fortuna os cabe, 600

»-Le dice- de tal victoria,
os pido no se derrame
de mis vencidos vasallos
la desventurada sangre.

»Y espero que en vos encuentren 605
protector, amparo y padre,
los franceses que se miren

como yo en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados
los ojos al escucharle 610
Pescara: «Señor -le dice-,
vuestra súplica es en balde;
»pues la nación española,
que logra triunfo tan grande,
en la victoria es tan noble 615
como brava en el combate.»

* * *

También el del Vasto llega
y el rey lo recibe afable,
y con dignidad lo elogia
por su apostura y su talle. 620

Y el consuelo se divisa
en su abatido semblante,
de verse entre caballeros
que tratar con reyes saben.

* * *

Mas imprevisto incidente 625
vino de nuevo a alterarle
y a hacer más terrible y duro
su destino deplorable.

De Borbón el duque altivo,
¡desacato repugnante!, 630
a su rey vencido quiere
sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo
con propia francesa sangre,
de un valor mal empleado 635
haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco;
pero de pronto, al mirarle,
dio, por un secreto impulso,
de gran enojo señales. 640

Y quién era preguntado,
como el marqués contestase:
«Señor, de Borbón el duque»,
puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas 645
con dignidad, ocultarse
quiso entre aquellos guerreros
porque el duque no llegase.

Notólo Pescara al punto,
y como discreto, parte 650
a evitar inconvenientes
y allanar dificultades.

Ruega de Borbón al duque
que el sangriento estoque envaine,
que quite la sobreveste 655

y que se limpie la sangre.

Y con él a pie se acerca,
donde el rey inexorable
no digna volver el rostro
que en ira y en furor arde. 660

La mano el duque le toma
de rodillas; arrogante
la retira el rey. El duque
tiene la audacia de hablarle,
y el monarca levantando 665
los ojos como volcanes
al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

Oyendo lo cual Pescara
hace que de allí se aparte 670
el de Borbón, y de él libre
tornó el rey a sosegarse.

Romance Cuarto

Un andaluz

Reunidos los generales
de las naciones distintas
que el ejército del César 675
ya vencedor componían,
acatan al rey cautivo
y le consuelan y animan,
conducirlo disponiendo
a los muros de Pavía. 680

Danle un corcel, generosos,
con honrosa comitiva
de franceses personajes
que, rendidos, le seguían.
Y antes confesando todos 685
con admirable Justicia,
que victoria tan insigne,
triunfo tan grande y tal dicha
se debe tan solamente
a la española milicia, 690
disponen que España sola
tenga la prerrogativa
de guardar un prisionero
de tan importante estima;
y que Alarcón el famoso 695

de alcaide y guarda le sirva.

* * *

En medio, pues, de los tercios
españoles, y a su vista,
desplegadas las banderas
de gloria y laureles ricas, 700
de Alarcón a la derecha
el rey de Francia camina,
esforzándose orgulloso
en dar a su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos, 705
que una ladera contigua
de aquel camino ocupaban,
al pasar la infantería
española, entusiasmados
le hacen salva, y alta grita 710
levantan hasta las nubes
repetiendo: «¡España viva!»

Al rey suspende tal muestra
dada por las tropas mismas
del ejército triunfante, 715
y es novedad que le admira.

Reconociendo cuán alta
la española gloria brilla,
pues competencias no admite
y da admiración, no envidia. 720

Afable el rey conversando
con las personas distintas
que le cercan, caminaba
gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses 725
prisioneros las cuadrillas,
los consuela con su ejemplo
y con su voz los anima.

Y a los cabos españoles,
que en respeto y cortesía 730
ni un solo punto desdican
de lo que a nobles obliga,

los recomienda con tanto
extremo, afán y caricias,
que se arrasaban los ojos 735
de cuantos allí venían.

* * *

En los altos de la marcha
embarazosa y prolija,
varios soldados de cuenta
a ver al rey acudían. 740

Y el rey demostraba atento,
con delicadeza fina,
gusto en que le presentasen

los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso 745
Roldán, hijo de Sevilla,
llamado el «Arcabucero»,
mote puesto con justicia,
pues lo era tan extremado
que nunca erró puntería, 750
clavando siempre las balas
donde clavaba la vista.

Este tal, galán y apuesto,
de cara muy expresiva,
de talle en extremo airoso, 755
de aguda fisonomía,

Con aire matón y jaque,
calzas de majo y ropilla,
con un inmenso chapeo
de alas luengas y tendidas, 760

con su cuera y sus mangotes
y sus frascos en la cinta,
de recamos adornada
y de escarcela provista,
se acerca al rey, y apoyado 765
del arcabuz en la horquilla
y zarandeando el cuerpo
cual hombre que nada admira:

«Señor -con ceceo dice,
y lengua aunque gorda, viva- 770
cuando mi sargento anoche
me dijo que combatía

»Vuestra Alteza en este empeño,
preparé varias cosillas:
los trastos que en tales lances 775
cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,
que al cabo son la comida
de esta serpiente -mostróle
el arcabuz con sonrisa, 780

»prosiguiendo-: fundí, digo,
doce balas, las precisas:
seis de plomo, destinadas
a canalla gabachina;

»y las seis, muy a mi gusto 785
cumplieron; ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
para gente de alta guisa;

»y en cinco ilustres monsiures
se hallarán, no están perdidas, 790
que, ¡vive Dios!, tal acierto
no lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí, finalmente,

de oro muy puro y sin liga,
aquí está, señor, miradla.» 795
Expuso a la regia vista
una gruesa bala de oro
que en la escarcela traía,
continuando, sin turbarse,
con gracejo y con malicia; 800
«Gran señor, fundí esta bala
para daros muerte digna,
si en el combate de veros
se me lograba la dicha.»
»Y ya que vuestra fortuna 805
no os puso en mi puntería,
vuestra debe ser la prenda
que siempre vuestra a ser iba.
»Tomadla, señor, tomadla,
pesa dos onzas cumplidas, 810
y puede que para ayuda
de vuestro rescate sirva.»
Al rey Francisco tal gracia
hizo aquella retahíla
del andaluz, y el despejo 815
con que acertara a decirla,
que, afable, tomó la bala,
diciendo: «Amigo, la estima
mi aprecio en mucho, y confío
que os lo mostraré algún día.» 820
Roldán le hizo reverencia
y vuelve a entrar en su fila,
tan contento de sí mismo
que ni a Carlos Quinto envidia.

Romance Quinto

Conclusión

Dueño absoluto de Italia 825
fue el insigne Emperador,
con esta excelsa victoria
del alto esfuerzo español.
Y cautivo el rey de Francia
vino a Madrid y habitó 830
la torre de los Lujanes,
con Hernando de Alarcón.
En la plaza de la Villa

aún dora esta torre el sol,
coronada de recuerdos 835
que el tiempo no borra, no.
De ella al cabo el rey Francisco
rescatándose, tornó
a ocupar el rico trono
de la francesa nación. 840
Pero su rendida espada,
prenda de insigne valor,
testigo eterno de un triunfo
que el orbe todo admiró,
en nuestra regia armería 845
trescientos años brilló,
de los franceses desdoro,
de nuestras glorias blasón.
Hasta que amistad aleve
que ocultaba engaño atroz, 850
con halagos y promesas
que ensalzó la adulación,
tal prenda de un triunfo nuestro
para Francia recobró,
como si así de la Historia 855
se borrara su baldón.
Harto indignado, aunque joven,
esta espada escolté yo,
cuando a Murat la entregaron
en infame procesión. 860
Pero si llevó la espada
la gloria eterna quedó,
más durable que en acero
de la alta fama en la voz.
Y en vez de tal prenda, España 865
supo añadir, ¡vive Dios!,
al gran nombre de Pavía
el de Bailén, que es mayor.

Un castellano leal

Cuatro romances: I, 40 versos en -á; II, 96, e-o; III, 108, é-a y IV, 40, é-o. Total, 284 versos.

No se conoce la fecha en que fue compuesto este romance, relacionado también con las guerras de Italia, pues uno de los protagonistas, el duque de Borbón, vencedor en Pavía, acude a Toledo para entrevistarse con el emperador.

Sin duda, es este el más popular entre los romances de Rivas y no sin razón: en menos de 300 versos, relata el enfrentamiento del duque de

Borbón y el conde de Benavente, encarnación de la raza, quien resuelve de modo ejemplar el conflicto moral que le plantean la obediencia a su rey por un lado y el sentimiento de la libertad y el honor por otro.

Advierte Rivas Cherif que algunos historiadores como Guicciardini y Gonzalo de Illescas recogieron este suceso, aunque luego el conde de Cedillo, apoyándose en el testimonio de Gonzalo Fernández de Oviedo afirmó que, durante su estancia en Toledo, el duque de Borbón se hospedó en casa del conde de Cifuentes¹⁵.

Destacan aquí el tan popular romance II («En una anchurosa cuadra...») con la descripción de Carlos V, según el lienzo de Tiziano que se guarda en el Museo del Prado; y el III, también con un retrato notable del conde de Benavente¹⁶.

Romance Primero

«Hola, hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blasón,
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pro;
»esas puertas se defiendan, 5
que no ha de entrar, ¡vive Dios!,
por ellas quien no estuviere
más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio
un fementido traidor 10
que contra su rey combate
y que a su patria vendió.

»Pues si él es de reyes primo,
primo de reyes soy yo;
y conde de Benavente 15
si él es duque de Borbón.

»Llevándole de ventaja,
que nunca jamás manchó
la traición mi noble sangre
y haber nacido español.» 20

* * *

Así atronaba la calle
una ya cascada voz,
que de un palacio salía,
cuya puerta se cerró,
y a la que estaba a caballo 25
sobre un negro pisador,
siendo en su escudo las lises
más bien que timbre, baldón;
y de pajes y escuderos
llevando un tropel en pos, 30
cubiertos de ricas galas

el gran duque de Borbón.

El que lidiando en Pavía,
más que valiente feroz,
gozóse en ver prisionero 35
a su natural señor;
y que a Toledo ha venido
ufano de su traición
para recibir mercedes
y ver al emperador. 40

Romance Segundo

En una anchurosa cuadra
del alcázar de Toledo,
cuyas paredes adornan
ricos tapices flamencos,
al lado de una gran mesa 45
que cubre de terciopelo
napolitano tapete
con borlones de oro y flecos;
ante un sillón de respaldo
que entre bordado arabesco 50
los timbres de España ostenta
y el águila del imperio.

en pie estaba Carlos Quinto
que en España era Primero,
con gallardo y noble talle, 55
con noble y tranquilo aspecto.

* * *

De brocados de oro y blanco
viste tabardo tudesco;
de rubias martas orlado
y desabrochado y suelto, 60
dejando ver un justillo
de raso jalde, cubierto
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos;
y la excelsa y noble insignia 65
del Toisón de Oro, pendiendo
de una preciosa cadena
en la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo
con un blanco airón, sujeto 70
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo,
descubre por ambos lados,
tanta majestad cubriendo,

rubio, cual barba y bigote, 75
bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera
la potente diestra ha puesto,
que aprieta dos guantes de ámbar
y un primoroso mosquero. 80

Y con la siniestra halaga,
de un mastín muy corpulento,
blanco y las orejas rubias,
el ancho y carnoso cuello.

* * *

Con el condestable insigne, 85
apaciguador del reino,
de los pasados disturbios
acaso está discurriendo,

o del trato que dispone
con el rey de Francia preso, 90
o de asuntos de Alemania,
agitada por Lutero.

Cuando un tropel de caballos
oye venir. a lo lejos,
y ante el alcázar pararse, 95
quedando todo en silencio.

En la antecámara suena
rumor impensado luego,
ábrese al fin la mampara
y entra el de Borbón soberbio 100

Con el semblante de azufre,
y con los ojos de fuego,
bramando de ira y de rabia
que enfrena mal el respeto;

y con balbuciente lengua 105
y con mal borrado ceño
acusa al de Benavente
un desagravio pidiendo.

* * *

Del español condestable
latió con orgullo el pecho, 110
ufano de la entereza
de su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura
disimular cual discreto,
a su noble rostro asoman 115
la aprobación y el contento.

El emperador un punto
quedó indeciso y suspenso
sin saber qué responderle
al francés, de enojo ciego. 120

Y aunque en su interior se goza
con el proceder violento

del conde de Benavente,
de altas esperanzas lleno
 por tener tales vasallos, 125
de noble lealtad modelos
y con los que el ancho mundo
será a sus glorias estrecho;
 mucho al de Borbón le debe
y es fuerza satisfacerlo; 130
le ofrece para calmarlo
un desagravio completo,
 Y llamando a un gentilhombre,
con el semblante severo
manda que el de Benavente 135
venga a su presencia presto.

Romance Tercero

Sostenido por sus pajes
desciende de su litera
el conde de Benavente,
del alcázar a la puerta. 140
 Era un viejo respetable,
cuerpo enjuto, cara seca,
con dos ojos como chispas,
cargados de largas cejas,
 y con semblante muy noble, 145
mas de gravedad tan seria,
que veneración de lejos
y miedo causa de cerca.

 Eran su traje unas calzas
de púrpura de Valencia 150
y de recamado ante
un colete a la leonesa.

 De fino lienzo gallego
los puños y la gorguera,
unos y otra guarnecidos 155
con randas barcelonesas.

 Un birretón de velludo
con su cintillo de perlas,
y el gabán de paño verde
con alamares de seda. 160

 Tan sólo de Calatrava
la insignia española lleva,
que el Toisón ha despreciado
por ser orden extranjera.

* * *

 Con paso tardo, aunque firme, 165

sube por las escaleras,
y al verle, las alabardas
un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor y de aviso
de que en el alcázar entra 170
un grande, a quien se le debe
todo honor y reverencia.

Al llegar a la antesala,
los pajes que están en ella
con respeto le saludan 175
abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde
sin que otro aviso preceda,
salones atravesando
hasta la cámara regia. 180

* * *

Pensativo está el monarca,
discurriendo cómo pueda
componer aquel disturbio
sin hacer a nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe, 185
aún mucho más de él espera,
y al de Benavente mucho
considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,
no hay quien dar consejo pueda, 190
y Villalar y Pavía
a un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado
y el codo sobre la mesa,
al personaje recibe 195
que, comedido, se acerca.

* * *

Grave el conde lo saluda
con una rodilla en tierra,
mas como Grande del reino
sin descubrir la cabeza. 200

El emperador, benigno,
que alze del suelo le ordena,
y la plática difícil
con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable, 205
al cabo le manifiesta
que es el que a Borbón aloje
voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profundo,
pero con la voz entera, 210
respóndele Benavente
destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo;

vos sois mi rey en la Tierra,
a vos ordenar os cumple 215
de mi vida y de mi hacienda.

»Vuestro soy, vuestra mi casa,
de mí disponed y de ella,
pero no toquéis mi honra
y respetad mi conciencia. 220

»Mi casa Borbón ocupe
puesto que es voluntad vuestra,
contamine sus paredes,
sus blasones envilezca;

»que a mí me sobra en Toledo 225
donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores
cuyo solo aliento infesta,

»y en cuanto él deje mi casa,
antes de tornar yo a ella, 230
purificaré con fuego
sus paredes y sus puertas.»

* * *

Dijo el conde, la real mano
besó, cubrió su cabeza,
y retiróse, bajando 235
a do estaba su litera.

Y a casa de un su pariente
mandó que le condujeran,
abandonando la suya
con cuanto dentro se encierra. 240

Quedó absorto Carlos Quinto
de ver tan noble firmeza,
estimando la de España
mas que la imperial diadema.

Romance Cuarto

Muy pocos días el duque 245
hizo mansión en Toledo,
del noble conde ocupando
los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio
dejó vacío, partiendo 250
con su séquito y sus pajes
orgullosos y satisfechos,

turbó la apacible luna
un vapor blanco y espeso,
que de las altas techumbres 255
se iba elevando y creciendo:

A poco rato tornóse
en humo confuso y denso,
que en nubarrones oscuros
ofuscaba el claro cielo; 260
después en ardientes chispas
y en un resplandor horrendo
que iluminaba los valles,
dando en el Tajo reflejos;
y al fin su furor mostrando 265
en embravecido incendio,
que devoraba altas torres
y derrumbaba altos techos.
* * *

Resonaron las campanas,
conmovióse todo el pueblo, 270
de Benavente el palacio
presa de las llamas viendo.

El emperador, confuso,
corre a procurar remedio,
en atajar tanto daño 275
mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragóse
tantas riquezas el fuego,
a la lealtad castellana
levantando un monumento. 280

Aun hoy unos viejos muros
del humo y las llamas negros,
recuerdan acción tan grande
en la famosa Toledo.

El solemne desengaño

Va fechado en «Madrid, 1838» y consta de cinco romances: I, 236 versos en é-o; II, 184, í-o; III, 360, é-a; IV, 148, í-a y V, 236, é-e. Total 1164 versos.

Aunque Rivas sigue fielmente la Vida del Grande San Francisco de Borja del cardenal Álvaro de Cienfuegos, señala Boussagol que la fuente primera sería «El marqués de Lombay», una fantasía en prosa de Mariano Roca de Togores, que apareció en el Semanario Pintoresco¹⁷. Aunque éste se basó también en Cienfuegos, introdujo ciertos elementos novelescos, alguno de los cuales usó Rivas.

El romance tiene grandes aciertos: el paso del impresionante cortejo por las aldeas y caminos de España (IV), las exequias a la luz de los blandones, reflejada «en los ojos y en los dientes / de un enjambre de cabezas» y, sobre todo, la apertura del féretro. La desilusión de San

Francisco de Borja da ocasión a Rivas, tan dado a moralizar, para hacerlo en grado extraordinario y sus intervenciones sentenciosas pretenden mostrar «Lo malo que es el mundo», título del último romance.

Al Excmo. Sr. Duque de Osuna
etc. etc. etc.

Romance Primero

El galán. La enfermedad

De fortuna en la alta cumbre,
grande, joven, rico, bueno;
de virtud, saber, belleza,
dechado, pasmo y modelo;
 el más galán en la corte, 5
en las justas el más diestro,
el más afable en su casa,
el más docto en el consejo;
 brilla el marqués de Lombay
cual rutilante lucero 10
al lado de Carlos Quinto,
domador del universo.
Mas entre tantos aplausos
y en tan elevado asiento,
donde el orbe le sonríe, 15
y donde le halaga el cielo,
 algo falta a su ventura,
o alguna mano de hierro
del corazón se la arranca,
y se la saca del pecho. 20
 Melancólico el semblante,
y los labios entreabiertos
y las siniestras miradas
y el mudo desasosiego,
 ya en los saraos de la corte, 25
ya en los festines risueños,
ya en la caza bulliciosa,
ya en solitarios paseos,
 ya en el salón, ya en la plaza,
ya en la justa, ya en el templo, 30
en la mesa, en el despacho,
en la vigilia, en el sueño,

un alma rota descubren
por un fijo pensamiento,
y un corazón que devora 35
el cáncer de un gran secreto.

* * *

En vano sondar procuran
los malignos palaciegos
con astucia cortesana
aquel abismo encubierto. 40

Tan solamente columbran
que los ocultos tormentos
del marqués se dulcifican
para ser mayores luego,
o cuando en palacio asiste 45

al servicio honroso, atento,
de la Emperatriz augusta,
de las hermosas modelo;

o cuando busca, devoto,
con el fervor más ingenuo, 50
arrodillado en la iglesia,
en Dios amparo y consuelo;

o cuando por los jardines
que al pie de la gran Toledo
riega el Tajo se pasea 55
solo, y del bullicio lejos,

con Garcilaso su amigo;
ora escuchando sus versos,
ora en largas conferencias
de gran sigilo y misterio. 60

Allá en palacio embebido
quedaba en mudo embeleso,
pálido o rojo el semblante,
convulso, agitado el pecho,
y bebiendo con los ojos, 65
llenos de vida y de fuego,
de la emperatriz hermosa
los más leves movimientos.

En acatarla, en servirla,
y en acertar sus deseos, 70
aunque tímido y turbado,
diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado
se le miraba en el templo,
como quien está en batalla 75
con gigantes del infierno,
y pide al Omnipotente
para tal combate esfuerzo;
y después de orar un rato,
y aun de verter llanto acerbo, 80
dijérase que encontraba,

de misericordia lleno,
al Señor a quien auxilio
demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas 85
era tan locuaz y tierno,
tan expresivo unas veces,
otras tan callado y serio,
como el que o cuenta delirios
y habla de locos proyectos, 90
o escucha reconvenciones
y oye inflexibles consejos.

En estado miserable
su espíritu estaba puesto,
y era infeliz, en las dichas, 95
luchando consigo mismo,
entre pasiones, virtudes,
obligaciones, deseos,
infernales sugerencias
y celestiales preceptos; 100
siendo campo de batalla
su mente y su roto pecho,
do luchaban frente a frente
ángeles malos y buenos.

* * *

La más lozana azucena, 105
gala del jardín, el cuello
dobla marchita si esconde
roedor gusano en su seno,
y la más gallarda encina
que alza su pompa a los cielos, 110
si el corazón se le seca,
rómpele al soplo del viento,
así con un alma enferma
no puede haber sano cuerpo,
ni salud que no se postre 115
con un corazón deshecho.

Al cabo maligna fiebre
convierte la sangre en fuego
por las robustas arterias,
por el juvenil cerebro 120
del de Lombay, que postrado
yace doliente en su lecho
de oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!,
duro potro de tormentos.

* * *

Como jefe de palacio, 125
tiene su vivienda dentro,
con ostentación servido
de pajes y de escuderos.

Mas la pena más amarga

y el más hondo desconsuelo, 130
y la ansiedad más horrenda
y el cuidado más acerbo
 reinan en las ricas salas,
entre amigos y entre deudos,
cunden en palacio todo 135
y consternan a Toledo.

 Pues reyes, príncipes, grandes,
hidalgos y caballeros,
y hasta el vulgo humilde, miran
con asombro y desconsuelo 140
 en el peligro de muerte
a tan gallardo mancebo,
a tan alto personaje,
de virtud a tal portento.

 Y no hay semblante sin llanto, 145
ni sin angustias hay pecho,
ni labio que no pregunte
con inquietud y con miedo.

* * *

 Garcilaso de la Vega
(sin que ni el hambre ni el sueño 150
en su ansiosa vigilancia
tengan el menor imperio),
 ni una hora, ni un solo instante
deja el lado del enfermo,
y de él los ojos no aparta 155
sentado junto a su lecho.

 Ojos de llanto arrasados,
pero de continuo atentos
a que nadie, nadie, escuche
sus fantásticos conceptos, 160
 las voces rotas, que acaso
del delirio en el acceso
suelen dar funesta lumbre
revelando hondos misterios.

 Y cuando allá a medianoche 165
rendidos ya por el sueño,
yacían los servidores
reinando feral silencio,
 y en letargo sumergido
también miraba al enfermo, 170
en el estado terrible
en que es casi muerte el sueño;
 a la luz trémula, opaca,
de lejano candelero,
que abultaba oscuras sombras 175
en las cortinas del lecho,
 dando vislumbres escasas
y fantásticos reflejos,

en rapacejos de oro,
molduras y terciopelos, 180

Garcilaso, vigilante,
un tenue rumor oyendo,
se alzaba con mudos pasos,
y a un lado del aposento
levantaba, no sin susto, 185

un rico tapiz flamenco,
y en la pared descubría
angosto postigo abierto.

Vago bulto silencioso
por él asomaba luego, 190
con manto y capuz sin formas,
aparición, sombra, ensueño,
sobrenatural producto
de algún conjuro. Con lentos
pasos, sin rumor, al lado 195
llegaba del rico lecho.

Y en el doliente clavaba
ojos cual brasas de fuego;
y una mano, que en la sombra
daba vislumbres de hielo, 200

por la calurosa frente
del aletargado enfermo
pasaba, gemidos hondos
ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo 205
postigo oculto y estrecho,
desaparecía, dejando
como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,
y que había cobrado cuerpo 210
alguno de los delirios
de la mente del enfermo.

La senda el tapiz borraba
el muro otra vez cubriendo,
y tornaba Garcilaso 215
a ocupar mudo su puesto.

* * *

El doctor Juan Villalobos,
de aquella Corte galeno,
al personaje consagra
toda su ciencia y su esmero. 220

Y en el pronóstico duda,
y, cauto, no quiere hacerlo
hasta que síntomas note
más favorables que adversos.

De la juventud al cabo 225
triunfó la fuerza, y el Cielo
miró con benignos ojos

la angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,
y tornó a lucir risueño 230
el rayo de la esperanza
en los aterrados pechos.

Docto o sagaz Villalobos
prescribe como remedio
que busque fuera de España 235
nuevos aires, climas nuevos.

Romance Segundo

La ausencia

El gran marqués de Lombay,
del inminente peligro
salvo, en que se vio de muerte
por enfermedad o hechizo, 240
salió de España, siguiendo
los saludables avisos
del docto Juan Villalobos,
o médico o adivino.

Y aunque el dejar a Toledo 245
para su pecho lo mismo
fue que dejarse allí el alma,
resignóse al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,
aquel veneno escondido, 250
aquel encubierto cáncer,
aquel pertinaz martirio
que desgarraba su pecho,
que turbaba sus sentidos,
que devoraba su vida, 255
que era su infierno continuo,
a los campos de la Italia
llevó, ¡mísero! consigo;
pues penas como las suyas,
que astros y contrarios signos 260
combinan, fraguan y aplican
para un fin desconocido,
en un alma de gran temple,
en un pecho de alto brío,
no mudan cuando se muda 265
de atmósfera y domicilio,
porque no cambian del cielo

los misteriosos designios.

* * *

Halló el marqués en Italia,
(porque al cabo el cielo quiso 270
que algún consuelo encontrase,
que tuviese algún alivio),
a su tierno confidente,
a Garcilaso su amigo,
que guerrero tan insigne, 275
como trovador divino,
siguió de Italia la empresa
por el César Carlos Quinto,
con el canto de las musas
uniendo de Marte el grito. 280

* * *

El marqués, cual siempre mustio,
y cual siempre discursivo,
de aquella guerra los lances
siguió con denuedo y brío.

Y ante la imperial presencia, 285
con Garcilaso su amigo,
lidió como caballero
en los combates y sitios.

Le encantaron las campiñas
y los Alpes y Apeninos, 290
y visitó cual curioso,
y admiró como entendido
los insignes monumentos,
ya modernos y ya antiguos,
que hacen el suelo de Italia 295
en altos recuerdos rico.

Como devoto cristiano
oró postrado y sumiso
en las ermitas humildes
que daban nombre a los riscos; 300
y en los magníficos templos
que ensalzan al cristianismo,
y son de aquellas ciudades
ornato, fama y prodigio.

* * *

¡Cuántas veces los jardines 305
que riega el Tesin y el Mincio
los mismos nombres oyeron
que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
de Garcilaso, que hoy mismo 310
nos admiran y enternecen,
vencedoras de tres siglos,
tiernas lágrimas sacaron
de los ojos encendidos

y del corazón doliente 315
del marqués contemplativo
 en las selvas do arrancaron
no menos hondos suspiros,
de otros destrozados pechos
los acentos de Virgilio! 320
 ¡Cuántas veces, ¡ay!, seguían
del marqués los ojos fijos
de la plateada luna
el lento y mudo camino;
 y al verla hacia el Occidente 325
rodar con pausado giro,
algún encargo le daba
para el Tajo cristalino;
 con sus miradas queriendo
como estampar en el disco 330
caracteres, que otros ojos
por un prodigioso instinto
 leyeran, cuando argentada
derramara el claro brillo
sobre el regio balconaje 335
de algún alcázar dormido!
* * *

 De la expedición de Francia
tornaba, pues, el servicio
del emperador siguiendo,
con Garcilaso el divino, 340
 cuando no lejos de Niza,
antigua torre o castillo,
a los pendones del César
osó estorbar el camino.

 Tal empresa de dementes, 345
por temeraria, el prestigio
perdió de valiente, siendo
sólo acreedora al castigo,
 y a dárselo Garcilaso,
desnudo el acero limpio, 350
y embrazada la rodela,
voló en enojo encendido.

 Desesperados resisten
los tenaces enemigos,
y darles súbito asalto 355
determinase al proviso.

 Se aplica la escala al muro,
y sube por ella altivo
el valeroso poeta
que el miedo jamás ha visto; 360
 cuando de los matacanes
desplómase con ruido
grave piedra, que arrollando

la escala, frágil camino
por do a la gloria subían 365
tanto ingenio y tanto brío,
hirió la noble cabeza
do el lauro a la yedra unido
hubiera evitado el rayo,
y no pudo, ¡infausto sino!, 370
de un tosco peñasco entonces
evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso
en el foso; horrendo grito
de desconsuelo y venganza 375
atronó el fatal recinto;
y el de Lombay presuroso
al socorro de su amigo
voló, y en sus tiernos brazos
retiróle con peligro. 380

* * *

Una hora después, escombros
era el funesto castillo,
y de la alevosa sangre
era su ancho foso un río,
pues completa la venganza 385
de Garcilaso hacer quiso,
en dolor y saña ardiendo
el emperador invicto.

Mas, ¡ay!, fue venganza estéril,
cual siempre todas han sido, 390
pues en Niza a pocos días
era el poeta divino
cadáver yerto, dejando
la fama de sus escritos,
y la gloria de su muerte 395
por rica herencia a los siglos.

Golpe atroz, golpe tremendo
fue para el marqués su amigo,
pérdida tan impensada,
tormento tan imprevisto, 400
y del dolor más profundo
mil pensamientos distintos,
y mil funestos presagios
le hundieron en tal abismo,
que si el brazo del Eterno, 405
que aun para mayor conflicto
le reservaba, no hubiera
dándole piadoso auxilio,
acaso una misma losa,
acaso un túmulo mismo 410
encubrieran y tragan
los restos de ambos amigos.

* * *

A poco, con luto amargo
en el alma y el vestido
tornó, ¡infelice!, a Toledo 415
con el César Carlos Quinto,

El marqués, sin confidente
en quien encontrar alivio,
ahogando en tormento mudo
de su alma rota los gritos. 420

Romance Tercero

Un sol apagado

Era la estación florida
de la hermosa primavera,
tan hermosa en las regiones
que el Tajo aurífero riega,
y un sol joven, rutilante, 425

rodando por la alta esfera
de puro zafir, torrentes
de luz vivífica y nueva,
derramaba por Castilla,
y sobre las gigantescas: 430
torres de la gran Toledo,
de España corte y diadema.

De Toledo, que con justas,
banquetes, danzas y fiestas,
de su monarca triunfante 435
solemnizaba la vuelta.

Córrense cañas y toros,
donde luce su destreza,
gran jinete en ambas sillas,
el sacro y augusto César. 440

En los soberbios palacios
músicas acordes suenan,
a cuyo compás, gallardas,
lucen las damas sus prendas.

Joyas, insignias, brocados 445
los ricos salones llenan;
y plazas, calles, paseos,
corceles, galas, libreas.

Opulentos cortesanos
en los festejos se esmeran, 450
y disponen un torneo

donde ostentar sus grandezas.

En él armado aparece,
deslumbrando la palestra,
el de Lombay, revolviendo 455
una berberisca yegua,
y con la pica en el ristre,
haciendo tan altas pruebas,
que de palmadas y vivas
el vulgo la plaza atruena. 460

Sobre las lucientes armas
una banda lisa y negra,
y negros los martinetes
del erguido casco lleva.

Unos dicen son el luto 465
con que a su amigo recuerda,
otros, de su pensamiento
melancólico el emblema.

Y que funesto presagio
de una desgracia tremenda, 470
que le amenaza inminente,
sólo juzgarse debiera.

* * *

El ancho campo preside
la emperatriz, como reina
de la hispana monarquía, 475
y de la humana belleza,
y de cuantos corazones
laten en la plaza extensa,
y en toda la fiel España
lealtad y honradez alientan. 480

Un gran festín en palacio,
cuando el sol a las estrellas
cedió de los altos cielos
las despejadas esferas,
celebróse, y luego danza, 485
en que al son de las orquestas,
las majestades augustas
tomar parte no desdeñan.

Y para la luz siguiente
funciones se anuncian nuevas, 490
sin que ni el sueño intervalo
permita entre fiesta y fiesta.

* * *

¡Oh Dios, y cuán fácilmente
en la miserable Tierra,
tras de las más dulces horas 495
horas de amargura vuelan!

¡Cuán fácilmente las dichas
en infortunios se truecan,
cámbiase la gala en luto,

se torna el gozo en tristeza! 500

Sale el sol; inmenso pueblo
las calles y plazas llena,
ansiando nuevos placeres,
y que aún no madruga piensa;

alistan los cortesanos 505
sus comparsas y libreas,
joyas, armas, vestes, plumas,
corceles, lanzas, empresas;

cuando, demudado el rostro,
de la alcoba de la reina 510
sale trémula, llorosa,
una camarista o dueña.

Y a los jefes de palacio,
grandes y damas de cuenta
que a su majestad aguardan 515
para ir a misa con ella,

dice, inflexiones buscando,
que desfiguren la nueva:
«La emperatriz hoy no sale,
la emperatriz está enferma.» 520

Pasma la noticia a todos,
embarga a todos la lengua,
y en un silencio profundo
la estancia aterrada queda.

El de Lombay, el primero, 525
de los pies a la cabeza
temblando, y pálido el rostro,
pregunta con gran sorpresa:

«¿Y su majestad, qué siente?»
Y le responde la dueña: 530

«Aguda fiebre la abrasa,
grave postración la aqueja.

»Que el doctor Juan Villalobos
sin perder instantes venga
pues hay peligro inminente: 535
si no me engañan las señas.»

Dio el marqués atrás dos pasos,
y en un sillón de vaqueta
se desplomó, como herido
por envenenada flecha. 540

* * *

La noticia, que en voz baja
anunció la camarera,
creció al punto, y como trueno
que al orbe asombra y aterra,
ya por Toledo retumba, 545
helando a todos las venas,
partiendo los corazones,
trastornando las cabezas.

Desaparecen las galas
recógense las libreas, 550
murmullo de horror circula,
clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas
que los festejos celebran,
se oyen sólo las campanas 555
que al Cielo piedad impetran.

A las puertas de palacio
en su parda mula llega,
el doctor Juan Villalobos,
el portento de la ciencia. 560

Presuroso, fatigado,
sube sin hablar, penetra,
del emperador seguido,
en la alcoba de la reina.

Con los penetrantes ojos 565
que clava en la augusta enferma,
su quebrada vista advierte,
su pálida faz observa.

La pulsa atento, examina
la respiración molesta, 570
dice un oscuro aforismo
arrugando frente y cejas,

Y con la faz angustiada,
y con azogada diestra,
después que un rato medita, 575
docto escribe una receta.

* * *

La emperatriz de Alemania,
de España la augusta reina,
hermosa entre las hermosas,
discreta entre las discretas, 580

la gentil, fresca, radiante
y embalsamada azucena
que dio a Toledo Lisboa,
de paz y dominio prenda,
en vez del trono del mundo, 585

do el mundo la reverencia,
yace en el doliente lecho;
de nuestra humana flaqueza,

agotando las angustias,
apurando las miserias, 590
deslumbrada la hermosura,
trastornada la cabeza,

flor lozana que al impulso
del cierzo se troncha y seca,
astro a quien apaga y hunde 595
del Creador la omnipotencia.

* * *

Un sol y otro sol de Oriente
los umbrales atraviesan,
y sumergida a Toledo
en consternación encuentran. 600

Ya ven por calles y plazas
cruzar procesiones lentas,
fervorosas rogativas
y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el alcázar, 605
y oyen llanto en las iglesias,
y llanto hay en los palacios,
y llanto en las chozas suena,
que era universal la angustia
por tan adorada reina, 610
y con lágrimas su nombre
se oye repetir doquiera.

El de Lombay, convertido
en muda y helada piedra,
ni un solo momento falta 615
de la antecámara regia.

Ni hambre ni sueño conoce
que apartarle un punto puedan
del cerco de una ventana,
fijos los ojos en tierra. 620

Cuando el docto Villalobos
con otros físicos entra
en la silenciosa alcoba,
le acompaña hasta la puerta,
y con inquietud extraña, 625
su salida ansioso espera,
y algo preguntarle quiere
de que teme la respuesta.

Y al verle salir se turba,
con las palabras no acierta, 630
y en él clava ardientes ojos,
cual si penetrar pudiera
su pensamiento escondido
los arcanos de la ciencia.

Y calla, y lágrimas pocas 635
su mustio semblante quemán.

¡Desdichado! ¡Harto le dice
su corazón...! Sólo queda
en él alguna esperanza
en las bondades eternas. 640

* * *

Cabildo, comunidades,
parroquias, todos se esmeran
en solemnes rogativas,
votos, plegarias y ofrendas.

Grandes, nobles y plebeyos 645

los templos llorosos llenan,
y a voces al Cielo piden
la salud para su reina.

Todo en vano; fue de bronce
a los clamores y quejas, 650
pues sus ocultos designios
jamás el mortal penetra.

El doctor en tanto apuro
los sacramentos ordena,
pues ya remedios no sabe 655
para tan grave dolencia.

Y con pompa augusta y santa,
pero que los pechos quiebra
del aterrado gentío,
que la gran Toledo puebla, 660
consternado el arzobispo,
con devota pompa lleva
al regio doliente alcázar
el pan de la vida eterna.

* * *

Tal consuelo sintió el alma, 665
de piedad insigne llena,
que aún pudo dar fuerza al cuerpo
de la agonizante enferma.

Dio margen falaz alivio
a esperanzas pasajeras; 670
mas el doctor, aterrado
término fatal recela.

A los dos días, tal fiebre,
tales síntomas se muestran,
que de repente el palacio 675
de gran confusión se llena.

Acude Juan Villalobos,
en llanto prorrumpe el César,
y desatentadas corren
las camaristas y dueñas. 680

Lombay en su puesto, inmoble,
sin mover los labios reza,
cuando de la regia estancia
abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalobos, 685
a quien con temor se acerca,
preguntándole angustiado
si alguna esperanza queda.

Y el doctor mudo no hallando
cómo darle la respuesta, 690
alza los ojos al cielo
y entrambas palmas eleva.

Lo ve Lombay, se estremece,
y cobrando extraña fuerza,

movimiento convulsivo 695

y una actividad horrenda,
de la cámara corriendo
parte, la guardia atraviesa,
sale a la plaza, el gentío
clamoroso que la llena, 700
del palacio en los balcones
la vista y almas las puestas,
penetrando, sin que nadie
en tan gran señor advierta;

Y por calles solitarias 705
sin objeto vaga y vuela,
el ferreruelo arrastrando,
destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,
y el cielo, de primavera, 710
azul, despejado, puro,
que espléndidos hermocean
celajes de oro y de grana,
do el sol poniente refleja
una bóveda de plomo 715
que sobre su frente pesa,
que lo ahoga y lo confunde,
sin aire y sin luz en tierra
se le figura, y le faltan
para echar el paso fuerzas. 720

Sigue, párase, vacila,
suda, se abrasa, se hiela,
gíranle en torno las casas,
que se le hunde el suelo piensa,
y le zumban los oídos... 725
Una bomba es su cabeza
pronta a estallar..., cuando mira
de la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo
por sus umbrales penetra, 730
al tiempo que en Occidente
daba el sol su luz postrera.

* * *

El de Lombay en el templo
oscuro y frío, tropieza
con varios informes bultos, 735
fieles devotos que rezan,
y cuyos vagos contornos
ver la oscuridad no deja;
y al presbiterio le guía
fulgor de mustias candelas, 740
así como por el bosque,
perdido en la noche ciega,
tropezando, el peregrino

va hacia la lejana hoguera,
del altar santo delante 745
se arroja en las losas tersas
del pavimento, formando
tras sí larga sombra en ellas,
los brazos en cruz, clavados
los ojos (en que reflejan 750
del retablo los esmaltes,
las lámparas y las velas),
del Redentor en la imagen,
no con los labios y lengua,
que estaban entumecidos, 755
sino con la voz interna
del corazón y del alma,
que es la que hasta el Cielo llega,
esta petición expone,
y en estos términos ruega: 760
«Misericordia, Dios mío,
piedad para con mi reina,
no dejéis huérfana a España,
y al mundo hundido en tinieblas.
»Si una víctima es precisa 765
de vuestra alta Omnipotencia
a miras inescrutables,
que yo la víctima sea.
«Caiga yo, caigan mis hijos,
mi stirpe toda perezca, 770
y sálvese...» ¡Tomb! Retumba
en el mismo instante, y llena,
estremeciendo las cimbrias,
los ámbitos de la iglesia
la gran campana, de muerte 775
dando al mundo infausta nueva.
¡Son espantoso!... Lo escucha
como el NO con que respuesta
da a su plegaria el Eterno,
el marqués, y cae a tierra. 780

Romance Cuarto

Viaje fúnebre

Con blancas sobrepellices
y con hachas encendidas,
cantando fúnebres rezos

en voz confusa y sumisa,
sobre mulas enlutadas, 785
formando dos largas filas,
cien devotos capellanes
a lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros,
que negros caballos guían, 790
del pie a la cabeza armados
y las viseras caídas.

Negros son los pendoncillos
de las inclinadas picas,
y negros los paramentos, 795
vestes, bandas y divisas.

Luego entre veinte alabardas,
en cuyas anchas cuchillas
las rojas luces reflejan
de noche, y el sol de día, 800
cercada de doce pajes
viene una litera rica,
que de negro terciopelo
un regio manto cobija.

Los castillos y leones 805
recamados lo salpican,
entre águilas imperiales
y entre portuguesas quinas,
arrastrando por el suelo
los flecos de sus orillas, 810
y gruesos borlones de oro
en sus cuatro puntas brillan.

Dos magníficas coronas,
imperial y regia unidas,
un rico cetro y un mundo 815
lleva la litera encima.

Detrás, tan pegado a ella,
que al notar lo se diría,
que alguna mano de adentro
del freno acerado tira, 820
marcha un corcel generoso,
sobre el que mudo camina
el que la fúnebre marcha
dirige, gobierna y guía.

El gran marqués de Lombay, 825
con faz como de ceniza,
con los ojos apagados,
con boca que no respira,
en cuyo enlutado pecho
solo se descubre y brilla, 830
pendiente de una cadena,
del Toisón de Oro la insignia.

Y también de oro una llave,

que aunque primorosa y chica,
pesa para él más que un monte, 835
y es áspid que le horroriza.

Gentilshombres, hidalgos,
caballeros de alta guisa
y gente de Iglesia lleva
por séquito y comitiva. 840

Y en pos lacayos, repuestos,
y acémilas bien provistas,
cubiertas con reposteros
de blasones y de cifras.

Lleva dentro la litera: 845
una caja de ataujía,
de negro plomo aforrada
y de brocado vestida.

Con gonces y cerraduras,
con biseles y aldabillas 850
de oro a cincel trabajado,
en labores muy prolijas.

Y en esta caja el cadáver,
lleno de bálsamos iba,
de la que ayer era reina, 855
y hoy sólo polvo y ceniza.

De las riberas del Tajo
del Genil va a las orillas,
a buscar reposo eterno
en la Iglesia granadina. 860

* * *

Con pavoroso silencio
esta triste comitiva,
haciendo descansos breves,
marcha de noche y de día,

por lo angosto del camino, 865
por los recuestos arriba,
y en los tornos y revueltas
del largo espacio que pisa,

caminando con tal orden,
tan silenciosa y unida, 870
que un solo cuerpo formaba.

Y de lejos parecía
inmensurable serpiente,
que deslizándose iba
entre campos y entre montes, 875
dando sus escamas chispas.

De los cortijos y aldeas
presurosos acudían
a los bordes del camino
o a las cercanas colinas, 880

ya curiosos, ya asustados,
villanos con sus familias,

y por un encantamento
aquella visión tenían.

* * *

Al avistar este entierro 885
las murallas granadinas,
de los Católicos Reyes
fresca y gloriosa conquista,
cuando en las antiguas torres
de la Alhambra relucían, 890
al sol ardiente de junio,
alicatadas cornisas,

Ayuntamiento y cabildo,
con enlutadas insignias,
la Audiencia, comunidades, 895
la nobleza y clerecía
salen la fúnebre pompa
a recibir, y caminan
con ella entre inmenso pueblo
que cubre las avenidas. 900

Apretada muchedumbre,
do las dos razas distintas
se conocen en los trajes,
la cristiana y la morisca.

Ya las calles de Granada 905
el funeral regio pisa,
a la catedral marchando
entre dos espesas filas
de lanzas y de arcabuces,
que de lindero servían 910
al hervoroso gentío
que en la carrera se apiña.

Las campanas, clamorosas,
sus graves sonos envían
al firmamento, retumban 915
las salvas de artillería,
resuenan roncoss tambores
y destempladas bocinas,
y de dolor y respeto
fúnebre murmullo gira. 920

El de Lombay nada escucha,
sigue la litera rica,
y tan pegando con ella
que son una cosa misma.

Y sin que nada le llame 925
la atención, toda absorbida
en ella, de ella ni un punto
los áridos ojos quita.

Romance Quinto

Lo que es el mundo

Terminados los sufragios
y los oficios solemnes, 930
último auxilio que presta
la santa Iglesia a los fieles,
 en el templo de Granada,
que los Católicos Reyes
consagraron victoriosos 935
al Señor omnipotente,
 en medio de la gran nave
por do vuela el humo leve,
que seis flameros de plata
dan de olorosos pebetes; 940
 a la luz de cien blandones,
cuyas rojas llamas mueve
el vapor del gran gentío
que en el templo oscuro hierve,
 y que reflejan y brillan 945
en los ojos y en los dientes
de un enjambre de cabezas
de todos sexos y temples;
 entre doce caballeros
de pavonados arneses 950
tan inmóviles, que estatuas
de oscuro acero parecen;
 en medio de cuatro pajes
que amarillas hachas tienen,
cubiertos de ricas galas 955
y plumas en los birretes;
 sobre excelsa gradería
que alfombra pérsica envuelve,
y bajo un dosel o palio
que seis pértigas suspenden, 960
 se alza un túmulo pequeño
con recamado tapete,
donde los regios blasones
esmaltados resplandecen,
 y encima la caja rica 965
cerrada está, que contiene
a la emperatriz y reina,
despojo ya de la muerte.
 En pie descuella a su lado,
inclinada la alta frente, 970
que a la luz de los blandones

la de un cadáver parece,
y cruzados sobre el pecho
los brazos en nudo fuerte,
el gran marqués de Lombay 975
de aquellas exequias jefe.

Aunque también está inmóvil,
harto que tiembla se advierte
en que el Toisón y la llave,
que en su noble cuello penden, 980

dando súbitos reflejos,
como dos hojas se mueven,
que en un álamo en otoño
aura imperceptible mece.

* * *

En la soberbia capilla 985
donde las cenizas duermen
en magníficos sepulcros
de los Católicos Reyes;
ya está la bóveda abierta,
cuya ancha boca parece 990
de la eternidad la boca,
que voraz su presa atiende.

Llega por fin el momento
en que el cadáver se entregue
al granadino prelado 995
con testimonio solemne,
siendo el marqués de Lombay,
¡tan inflexible es la suerte!,
quien reconocer el cuerpo
y hacer de él la entrega debe. 1000

¡Acto espantoso, terrible,
para el que Lombay no tiene
fuerza en sí mismo bastante
por más alma que le aliente!

Al ver que ya el arzobispo 1005
los trémulos pasos tiende
por las gradas, que se pone
del regio féretro enfrente,

que el notario lo acompaña,
que en derredor aparecen 1010
los testigos, y que el pueblo
espera el acto impaciente,

con expresión tan amarga,
mas con una fe tan fuerte
alza el rostro, y ambas manos 1015
hacia los cielos extiende,

que sin duda de su ruego
se apiadó el Omnipotente,
y resignación y brío
le dio para el trance fuerte. 1020

Pues de pronto en sí tornando,
con resolución desprende
la afiligranada llave
sobre su pecho pendiente;
 en la estrecha cerradura 1025
sin mostrar temblor, la mete,
y veloz le da la vuelta
que hace resonar los muelles.
* * *

Al punto un paje la tapa
alza del féretro, y vese 1030
con sus regias vestiduras
un cuerpo. Mas el ambiente
 con tal fetidez se infecta,
que el brillo las luces pierden;
atrás se retiran todos, 1035
y el concurso se conmueve.

Del cuerpo oculta el semblante
un blanco holán, que guarnecen
los encajes más costosos
que el prolijo belga teje. 1040

Y observando la etiqueta,
el marqués tan sólo debe
levantarlo, porque pueda
el rostro reconocerse.

Vacila, tiembla, la mano 1045
va a extender una y dos veces,
y la retira veloce
cual si el cendal fuego fuese.

Convulso, desatentado,
a tocarlo se resuelve, 1050
lo ase, lo levanta... ¡Cielos!
¿Qué es lo que dejó patente?

¡Horror! ¡Horror! Aquel rostro
de rosa y cándida nieve,
aquella divina boca 1055
de perlas y de claveles,
 aquellos ojos de fuego,
aquella serena frente,
que hace pocos días eran
como un prodigio celeste, 1060
 tornados en masa informe,
hedionda y confusa vense,
donde enjambre de gusanos
voraz cebándose hierve.

Tal espectáculo horrendo, 1065
y la fetidez y peste
que en torno se difundían,
al gran concurso estremecen
 con terror pánico. Un grito,

un alarido de muerte 1070
unánime se levanta;
huye asustada la plebe,
huyen pajes, caballeros,
arzobispo, nobles, prestes,
y aterrados y oprimidos 1075
se apiñan en los cancelos.
* * *

Sólo el marqués de Lombay
clavado está, sin moverse,
fijo en su puesto. Su rostro
ni palabras ni pinceles 1080
pueden retratarlo. Azufre
ser sus facciones parecen,
en que expresión nunca vista
de afecto ignoto se advierte.

Con los ojos que le saltan 1085
del casco, mas que no tienen
ni luz ni lágrimas, fijos,
todo aquel espanto bebe.

Extendidos los dos brazos
contra el túmulo sostiene 1090
su cuerpo, como puntales,
y ya no tiembla, que pende
inmóvil el Toisón de Oro,
cual si de un poste pendiese.
¡No es hombre quien logra tanto, 1095
mármol es quien tanto puede!
* * *

La obligación y el respeto
que al regio cuerpo se debe,
pronto al prelado, cabildo
y caballeros compelen 1100
a volver, porque el cadáver
sin sepultura no quede;
y aunque no muy cerca, tornan,
y al marqués llaman. Mas éste
ni ve más que un desengaño, 1105
ni oye más que una solemne
voz del Cielo; o ya es un tronco,
que ni ve, ni oye, ni siente.

Un su gentilhombre llega,
notando que allí la muerte 1110
está bebiendo insaciable,
y le tira de la veste.

Todo en vano. Decidido
con él se abraza; parece
que está abrazado de un roble 1115
que raíz profunda tiene.

En esto un paje la tapa

del féretro, de repente,
cierra, con cuerdo discurso,
porque aquella infección cese. 1120

Y al ocultarse a la vista
todo el horror que contiene,
y al estruendo de los gonces,
cerraduras y batientes,
tiembla el marqués, da un gemido 1125
su rígida fuerza pierde,
y a brazos del gentilhomme
flojo y desplomado viene.

* * *

Acuden sus servidores,
y entre todos, cual si fuese 1130
cadáver, fuera del templo
le conducen como pueden.

En cuanto le dio en el rostro
a cielo abierto el ambiente,
los ojos abre, suspira, 1135
de nuevo a la vida vuelve;

se pone en pie, gira en torno
la vista, como si hubiese
de una pesadilla horrible
despertado. En la celeste 1140

bóveda la clava, y dice
con acento tan ferviente,
y una expresión tan sublime,
que hasta las piedras conmueve:

«No más abrasar el alma: 1145
con sol que apagarse puede,
no más servir a señores
que en gusanos se convierten.»

Y desmayóse de nuevo,
hundido en maligna fiebre, 1150
que puso su noble vida
muy a pique de perderse.

* * *

Este marqués de Lombay
estaba a los pocos meses
en una mezquina celda, 1155
confundido y penitente;

y predicando a los hombres
con ejemplo tan solemne,
el desprecio que a las pompas
del ciego mundo se debe. 1160

Hoy «San Francisco de Borja»
lo llama la Iglesia, y tiene
culto propio, con que buscan
su patrocinio los fieles.

Madrid, 1838.

Una noche de Madrid en 1578

Cinco romances: I, 164 versos en í-a; II, 116, ó-e; III, 92, á-a; IV, 132, ó-a y V, 40, é-o. Total, 544 versos.

Se ignoran tanto la fecha de composición como las fuentes, pero Boussagol supone este romance posterior a la estancia de Rivas en Gibraltar en 1837, y que tanto Trueba y Cosío como una narración anónima aparecida en el *Semanario Pintoresco* en 1838, serían las fuentes posibles¹⁸. Ni pienso que Boussagol recordara bien «The Secretary Perez» de Trueba, ni creo que Rivas lo tomara por modelo, ya que su versión contrasta con la del autor de *Romance of History*, donde Escobedo es un intrigante y Antonio Pérez un brillante joven enamorado de la princesa, que le corresponde¹⁹. Doña Ana de Mendoza y la Cerda, de gran belleza e hija única de los condes de Mérito, casó muy joven con el noble portugués Ruy Gómez de Silva. Éste sirvió fielmente a Carlos V y a Felipe II quien le hizo Grande de España, consejero de Estado, príncipe de Éboli y duque de Pastrana. Doña Ana tuvo una vida apasionada y turbulenta y Rivas Cherif recoge los conflictivos testimonios de los historiadores acerca de sus relaciones amorosas con Felipe II, con Escobedo y con Antonio Pérez²⁰. Rivas describe al último como un advenedizo intrigante, mientras que Escobedo, secretario y amigo de don Juan de Austria, comparte con éste las simpatías que en el poeta despiertan siempre los personajes con mala estrella.

Felipe II es un ser diabólico y lo presenta, como le retrató Pantoja, inquietante y funesto, aunque ni le colma de diatribas ni exagera sus maquinaciones.

El romance IV es excelente: Felipe II, «los ojos, cual de raposa», aterroriza a la princesa al tiempo que, agorera, «entra la brisa en la sala, / agita las luces todas, / y a su ondulación parece / que todo se mueve y borra». A poco de sonar las Ánimas, entra Pérez y la de Éboli reconoce aquella cartera verde con una melodramática gota de sangre fresca. No hace falta decir más.

La narración comienza con la presentación de los personajes y termina dando cuenta de su fin: asesinato de Escobedo, muerte de Pérez en el exilio, y del rey en la senilidad; los tres -y aquí Rivas da una zapateta inesperada- se habrán encontrado en el infierno.

Romance Primero

Tres galanes

En el pretil de palacio,
cerca de una casa antigua,
donde hoy estudia sus obras
un esclarecido artista,
van a cumplirse tres siglos 5
que su palacio tenía
de Éboli el príncipe ilustre,
Rodrigo Gómez de Silva.

Sus magníficos salones
eran de la corte envidia, 10
tanta riqueza y tal gusto
en ellos resplandecían.

Las más espléndidas telas,
hasta aquel tiempo no vistas,
que nuestras naves gloriosas 15
transportaban de la China,
adornaban sus paredes
del friso hasta las cornisas,
y eran en sus balconajes
pabellones y cortinas. 20

Los portentos del Ticiano
y los que el arte prolija
de la bÉlgica paciencia
émula de aquÉl tejía,
escaleras, antesalas 25
y corredores vestían,
pareciendo sus figuras
figuras de bulto y vivas.

Sobre ricos escritorios,
cuyas puertas embutidas 30
de concha y nácar formaban
un laberinto a la vista;
y sobre mesas de mármol
de las sierras granadinas,
de mosaicos de alto precio, 35
de maderas exquisitas,
juguetes de filigrana
primorosos relucían,
y búcaros olorosos
de las españolas Indias. 40

En aquel siglo en Europa
iguales no conocían
sus carrozas y caballos,

ya de tiro, ya de silla.

Y en joyas, galas y plumas, 45
jarrones de oro y vajillas,
los de un príncipe de Oriente
sus repuestos parecían.

Pero el tesoro más grande
que en aquel palacio había, 50
pasma, prodigio y asombro
de la corte de Castilla,

era el de la gran belleza,
el de la gracia expresiva,
el del claro entendimiento, 55
el de la alta gallardía

de la esposa de Ruiz Gómez,
de la princesa divina,
diosa de aquel rico templo,
sol de aquella esfera y vida. 60

* * *

Tres distintos personajes
a diversas horas iban
a rendirle obsequio o culto,
a conquistar su sonrisa,
ardiendo sus corazones, 65
aunque de edades distintas,
en el delirante fuego
que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
de edad cascada y marchita, 70
macilento, enjuto, grave,
rostro como de ictericia;

ojos siniestros, que a veces
de una hiena parecían,
otras vagos, indecisos 75
y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
de meditación continua,
huellas de ardientes pasiones
mostraba en frente y mejillas. 80

Y escaso y rojo cabello,
y barba pobre y mezquina
le daban a su semblante
expresión rara y ambigua.

Era negro su vestido, 85
de pulcritud hasta nimia,
y en su pecho campeaba
del Toisón de Oro la insignia.

* * *

Era el otro recio, bajo,
de edad mediana, teñían 90
sus facciones de la audacia

las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,
negros bigote y perilla,
aladares y copete, 95
boca grande, falsa risa;

formando todo un conjunto
de inteligencia y malicia,
con una expresión de aquellas
que inquietan y mortifican. 100

Lujoso era su atavío,
mas negligente, y tenían
no se qué sus ademanes
de una finura postiza.

* * *

El último era el más joven, 105
de noble fisonomía,

pálido, azules los ojos
con languidez expresiva;

castaño claro el cabello,
alto, delgado, muy finos 110
modales, y petimetre
sin dijes ni fruslerías.

Ser un caballero ilustre,
de educación escogida,
cortés, moderado, afable, 115
mostraba a primera vista.

* * *

El primero iba de noche:
desde que desaparecían
los crepúsculos de ocaso
en las montañas vecinas, 120

hasta que las altas torres
de la coronada villa
recordaban los sufragios
de las ánimas benditas.

Por la mañana el segundo 125
frecuentaba su visita,
cuando no estaba en su casa
Rodrigo Gómez de Silva.

El tercero entraba en ella
sin hora ni época fija, 130
pero siempre que encontraba
alguna ocasión propicia.

* * *

Y la gallarda princesa,
la discreta, noble y linda,
¿por quién de ellos?... Por ninguno; 135
cual la estrella matutina

era su alma pura, como
el sol su inocencia limpia.

Mas lo que pasa en el pecho
sólo Dios lo sabe y mira. 140

Cuando la princesa estaba
en la presencia aflictiva
del primero, miedo helado
por sus venas discurría.

En la del segundo, grave 145
se mostraba y aun altiva,
pero inquieta y recelosa,
midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,
aunque silenciosa, fina, 150
y sin temor ni recelo,
pero triste y discursiva.

* * *

El rey Felipe Segundo,
a quien España se humilla,
es el galán misterioso 155
de las nocturnas visitas.

El segundo, Antonio Pérez,
secretario que tenía
del rey estrecha privanza,
cual brazo de sus intrigas. 160

Juan de Escobedo, el tercero,
amigo en quien deposita
el insigne don Juan de Austria
sus secretos y su estima.

Romance Segundo

La meditación

De Madrid el regio alcázar 165
triste y mezquino era entonces,
donde hoy el palacio nuevo
ostenta su inmensa mole.

De ladrillo y berroqueña,
y en cada esquina una torre, 170
era albergue poco digno
de los reyes españoles.

Ni el arco ni la armería
cerraban la plaza, donde
hoy se forma la parada 175
para los regios honores;
pues hasta el margen del río,

de menos caudal que nombre,
ásperas cuestas mediaban
entre viejos murallones. 180
* * *

Una tarde sosegada
de abril, cuando al horizonte
entre dorados celajes
y entre ligeros vapores
el claro sol descendía, 185
dando lugar a la noche,
de quien los luceros daban
ya en Oriente resplandores;
del tal ya olvidado alcázar,
en uno de los balcones, 190
se descubría de lejos
vestido de negro un hombre,
que en la baranda apoyado,
al Occidente encaróse,
gran rato permaneciendo 195
en una actitud inmóvil.

Era Felipe Segundo,
que, de altas meditaciones
políticas fatigado,
a respirar asomóse. 200

Y con los ojos siguiendo
al sol, ya poniente entonces,
varios pensamientos llenan
su mente, en que cabe el orbe.
* * *

Lo primero que le ocurre 205
es que el astro que se pone
aún ilumina radiante
a la lusitana Corte.

A la cabeza del reino
que la desventura enorme 210
de una expedición guerrera,
tan cristiana como noble,
bajo su dominio ha puesto;
y sagaz discurre sobre
los medios de asegurarse 215
diadema de tal renombre.

tomando más largo vuelo
su imaginación veloce,
salva los inmensos mares,
y sigue al sol, que traspone 220
para llevar luz y vida
a las ignotas regiones,
en que gloriosos ondean
estandartes españoles;
y al pensar que en cuantos climas 225

visita el astro y recorre,
vasallos suyos alumbra,
en su grandeza gozóse.

* * *

Pero, tornando en sí mismo,
el vuelo altivo recoge, 230
y su vanidad se estrella
en siniestras reflexiones.

Al ver los celajes densos,
que de la esfera borrones,
del sol el descenso aguardan 235
para ofuscarle, latióle

el pecho agitado, y dijo:
«Del mismo modo los hombres
a que un rey decline esperan
para tragarlo feroces.» 240

Se le figuró el gran astro
cadáver, que de vapores
con la mortaja, se hundía
en la tumba de los montes;

Y recordando que todo 245
la muerte lo traga y rompe,
retembló, y de sudor frío
su rostro seco bañóse,

y tornó la vista a Oriente,
ya dominio de la noche, 250
el espectáculo huyendo
que el ocaso presentóle.

Notó allí varios luceros
relucir, y sonrióse
amargamente, exclamando 255
con hondas e internas voces:

«Si la majestad declina
y su resplandor se esconde,
¡qué ufanos su pobre brillo
muestran vulgares señores!» 260

* * *

También aparta los ojos
del Oriente, hallando donde
quiera que los revolvía
desengaños o temores.

Y de Éboli en el palacio, 265
que estaba cerca, los pone,
y sin intento los clava
en sus abiertos balcones.

Por ellos juzga que advierte
dos bultos en los salones: 270
uno blanco y de señora,
el otro oscuro y de hombre.

Y un agudo grito lanza,

su rostro se descompone,
y las tinieblas maldice 275
de la ya cerrada noche.

Los ojos baja, y a Pérez
viendo que se acerca, entróse,
cerrando el balcón maldito
con recio y violento golpe. 280

Romance Tercero

El secreto

En un oscuro aposento
que solamente alumbraban
las luces de dos bujías
en candeleros de plata,
donde tiene su despacho 285
el augusto rey de España,
y donde a pocas personas
se les permite la entrada,
a su secretario Pérez
Felipe Segundo aguarda, 290
pues que llegó a conocerle
al atravesar la plaza.

A los muy pocos momentos
cruje y se abre la mampara,
y Pérez entra en silencio, 295
y mudo a su rey acata.

Éste afable le recibe,
que se le aproxime manda,
y en conversación secreta
dijéronse estas palabras: 300

* * *

R. -Mi hermano don Juan (al cabo
es bastardo y esto basta)
con su ambicioso manejo
va a precipitar a Holanda.

S.- Su poder allí es temible. 305

R.- Yo, Pérez, no temo nada;
todos sus pasos vigilo
y sé cuanto piensa y habla.

S.- Vuestra comprensión inmensa...

R.- Y mi poder. Confianza 310
tiene en don Juan de Escobedo.

S.- Es de sus planes el alma.

R.- Recibe sus instrucciones.
S.- También recibe sus cartas.
R.- Y en una cartera verde, 315
que jamás del seno aparta,
Las lleva... Las necesito.
S.- Pues no es cosa fácil... R.- Nada
a mi poder es difícil.
¿Y juzgas, Pérez, que trata 320
con la princesa estas cosas?...
Las discretas, o son falsas...
o se alucinan... S.- No creo
que una señora tan alta...
R.- Y tan bella y entendida...; 325
pero Escobedo en su casa
entra de oculto... Esta noche...»
Siguió el Rey en voz tan baja
hablando a su secretario,
y con expresión tan vaga, 330
que adivinar no es posible
cuáles fueron sus palabras.
* * *

Palabras que escuchó Pérez
con una zozobra extraña,
con el pecho palpitante 335
y con la faz demudada.
Y al callar el rey, le dijo:
«Vuestra Majestad lo manda,
y es para mí ley suprema
su voluntad soberana. 340
»Mas, señor... Si por escrito,
una orden vuestra firmada,
o la firma solamente...
Con sólo la firma basta.»
Dio un paso atrás, furibundo, 345
al escucharlo el monarca,
y lo fulmina y aterra
con dos ojos como brasas.
Pérez que se abriera el suelo
quisiera bajo sus plantas, 350
y que en aquel punto mismo
lo confundiera y tragara.
Cuando, de pronto, Felipe,
con una sonrisa amarga
y el desprecio con que mira 355
un feroz tigre a una rata:
«Dices bien -prorrumpe-, amigo;
toma, que la empresa es ardua...»
Y escribiendo cuatro líneas
en un papel, se lo alarga. 360
Temblando lo toma Pérez,

y va a partir; mas le traba
el brazo con mano dura,
más dura que unas tenazas,
 el rey; en su helado rostro 365
ojos del infierno clava,
diciendo: «Secreto, y priesa,
y yo soy quien te lo encarga.»
 Marchó Pérez, y Felipe,
tomando el estoque y capa, 370
salió sólo, y dirigióse
de la Princesa a la casa.

Romance Cuarto

La cartera verde

En su magnífico estrado
¡cuán gallarda, cuán hermosa
brilla la persona ilustre 375
de doña Ana de Mendoza!
 De seis candelas de esperma
que un candelabro coronan,
do recorta y abrillanta
la luz cinceladas hojas, 380
 al resplandor aparecen
su tez de nieve y de rosa,
de oro puro sus cabellos,
claros luceros sus joyas.
 Sentada en un taburete 385
el brazo ebúrneo coloca
en un velador cuadrado,
que cubre persiana estofa,
 y en que matizadas flores
dan al ambiente su aroma, 390
en vasos de porcelana
de extraño barniz y forma.
* * *
 Enfrente de la princesa,
en un sillón de caoba,
de los primeros acaso 395
que se usaron en Europa,
 está Felipe Segundo,
procurando a toda costa
de amable y franca dulzura
dar el aire a su persona, 400

y después de varias frases,
de mera etiqueta todas,
y de discretas razones
de cortesana lisonja:

«Al anochecer -prorrumpe- 405

¿habéis tenido, señora,
alguna visita?» Y clava
los ojos, cual de raposa,
en el pálido semblante
de doña Ana de Mendoza, 410
que responde, balbuciente:

«No, señor...; he estado sola.

»Mi mayordomo, un momento...»

No dijo más, y a la boca
del rey, que nada contesta, 415
sonrisa infernal asoma.

* * *

Tras un rato de silencio
que a doña Ana se le antoja
un siglo, se alza Felipe;
un laúd templado toma, 420

y galán se lo presenta,
diciendo: «Tened, señora;
dad vida al callado ambiente,
encadenad mi alma toda.»

La princesa, obedeciendo, 425
las cuerdas pulsa sonoras,
y melancólicos tonos
sin concierto alguno brotan.

* * *

El rey, lento, se pasea
por la estancia, dando poca 430
atención a lo que escucha,
que otras ideas le acosan.

Y, aunque gran sosiego finge,
es su inquietud bien notoria,
y que habla consigo mismo 435
en su semblante se nota.

La princesa lo conoce,
y trasuda y se acongoja,
pidiéndole a Dios de veras
que la visita sea corta. 440

Al balcón el rey se acerca,
y lo abre, inquieto; se asoma,
y se retira, y escucha;
y sin cerrarlo, lo entorna.

Entra la brisa en la sala, 445
agita las luces todas,
y a su ondulación parece
que todo se mueve y borra,

y que el aposento tiembla,
y que, en fantásticas formas, 450
los muebles y colgaduras
ya se alargan, ya se acortan.

«Señor -dice la princesa-,
¿el viento no os incomoda?
Está hartos fresca la noche, 455
cuidad más vuestra persona.»

Iba a responder Felipe,
cuando a las ánimas tocan
las campanas, y en la tierra
con gran devoción se postra. 460

Lo mismo hace la princesa;
en silencio entrambos oran,
se santiguan y levantan,
y el rey, mudo, a escuchar torna.
* * *

Se oye un rumor a lo lejos, 465
y como un grito; se azora
la dama, y dice: «¿Qué suena?»
Y el alma deshecha y rota,

va hacia el balcón. Mas Felipe
lo cierra de pronto, y ronca 470
la voz: «Nada ha sido -dice-,
el rumor de alguna ronda.»

De mármol queda doña Ana,
el rey clavado en la alfombra,
y todo en hondo silencio 475
y en quietud la estancia toda.
* * *

Llega un paje, anuncia a Pérez,
y entra Pérez. Su persona
es más siniestra que nunca,
más descompuesta su ropa. 480

Es su semblante de azufre
entreabierto trae la boca,
y tiemblan sus miembros todos,
grande agitación le agobia.

Desconcertado, en secreto 485
dice al rey palabras pocas,
y de terciopelo verde
le da una cartera. Toma

la cartera el rey, la mira
y en contemplarla se goza, 490
mostrando su faz el gusto
que en su corazón rebosa.

También la ilustre princesa
la mira, y la mira ansiosa;
la reconoce, y advierte 495
de sangre en ella una gota;

de sangre fresca, y de sangre
ve en la mano temblorosa
de Pérez alguna mancha,
y en sus puños y valona. 500
Y da un profundo gemido;
su cabeza se trastorna,
y exánime y desmayada
en un sillón se desploma.

Romance Quinto

El cadáver. El fugitivo. El muerto

A la mañana siguiente, 505
cuando fue devoto pueblo
a oír la misa del alba
de Santa María al templo,
en aquella corta calle,
más bien callejón estrecho, 510
que por detrás de la iglesia
sale frente a los Consejos,
se halló tendido un cadáver,
de un lago de sangre en medio,
con dos heridas de daga 515
en el costado y el pecho.

Pronto fue reconocido
por el de Juan de Escobedo,
del insigne don Juan de Austria,
secretario y camarero. 520

Y como aún, rico, ostentaba
la cadena de oro al cuello,
y magníficos diamantes
en los puños y en los dedos,
que obra no fue de ladrones 525
se aseguró, desde luego,
el horrible asesinato
que a Madrid cubrió de duelo.

* * *

Fugitivo a pocos meses
Antonio Pérez, el reino 530
de Aragón turbó con bandos
y desastrosos sucesos;
y condenado y proscrito,
pobre, aborrecido, enfermo,
murió en la mayor miseria 535

en países extranjeros.

* * *

Y después de algunos años,
al rey Felipe, ya viejo,
arrebatóle la muerte
a dar cuenta al Ser Supremo. 540
dónde se habrán encontrado
los tres, tan sólo saberlo
puede Dios, mas yo imagino
que habrá sido en el infierno.

El conde de Villamediana

Cuatro romances: I, 228, á-o; II, 212, á-a; III, 235, ó-e y IV, 240, é-o.
Total, 880 versos.

Terminado en París en la segunda mitad de 1833, cuenta la misteriosa muerte de don Juan de Tasis, conde de Villamediana, poeta e ingenio cortesano de accidentada carrera política. Su fortuna varia le vio perseguido por Felipe III y en favor del IV hasta ser alcanzado por una muerte repentina y violenta. Ni los contemporáneos ni los historiadores están de acuerdo en las causas aunque coinciden en que el difunto no supo ocultar su pasión por la reina²¹ y que fue tan detestado como temido por su maledicencia.

Aquí es el conde un galán caballero, justador y poeta aunque predestinado por la imposibilidad de sus amores. Triunfos y muerte suceden en un mismo día, el del cumpleaños del rey, cuando la villa arde en fiestas. Por la mañana, toros, donde se luce don Juan; máscaras y cañas por la tarde. Jefe de una cuadrilla es Villamediana, y su indiscreta divisa, la causa de su desgracia.

En el sarao, lleno de color y vida, el poeta junta a los ingenios del tiempo: Lope, Quevedo, Góngora, Paravicino, el mismo Villamediana, Melo y Velázquez, y deja sin nombrar a potentados y cortesanos, gente del momento, condenada al olvido.

Rivas atribuye a Felipe IV el fin del conde y lo enriquece con detalles tan teatrales como la conversación entre la sorprendida esposa y el rey, o el episodio del balletero oculto. Éste es uno de los romances donde moraliza más, pues le dan ocasión a ello la despreocupación de una España al borde de la catástrofe, y la confiada soberbia de Villamediana.

Romance Primero

Los toros

Está en la Plaza Mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los días
de su rey Felipe Cuarto.

Éste ocupa, con la reina 5
y los jefes de palacio,
el regio balcón vestido
de tapices y brocados.

En los otros, que hermocean
reposteros y damascos, 10
los grandes, con sus señoras
y los nobles cortesanos,
ostentan soberbias galas,
terciopelos y penachos.

Las damas y caballeros 15
llenan los segundos altos,
y de fiesta gran gentío
los barandales y andamios,
jardín do a impulso del viento
ondean colores varios. 20

Ante la Panadería,
del balcón del rey debajo,
y de espalda a la barrera,
en la arena del estadio,

la guardia tudésca en ala, 25
parece un muro de paño
rojo y jalde, con cornisa
hecha de rostros humanos,

sobre la cual vuelan plumas
en lugar de jaramagos, 30
y brillan las alabardas
heridas del sol de mayo;

los alguaciles de Corte
con sus varas en la mano,
a la jineta en rocines, 35
están en fila a los lados.

El rey, la reina, los grandes,
las damas, los cortesanos,
los tudescos y alguaciles,
el inmenso pueblo y cuantos 40

en la plaza están, los ojos
tornan de Toledo al arco,
por cuya barrera asoma
un caballero a caballo.

* * *

Vese en medio de la arena, 45
furia y humo respirando,
los ojos como dos brasas,
los cuernos ensangrentados,
con la pezuña esparciendo
ardiente polvo, el más bravo 50
retinto, a quien dio Jarama
hierba encantada en sus campos.

Aún no estrenó la almohadilla
de su cuello erguido y alto
hierro alguno ni ha embestido 55
una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas
y moribundos caballos
se ostenta como el guerrero
que se corona de lauro, 60
entre rendidos pendones,
sobre muros derribados;
del genio del exterminio
parece emblema y retrato.

* * *

En un tordillo fogoso, 65
de africana yegua parto,
que de alba espuma salpica
el pretal, el pecho y brazos;
que, desdeñoso, la tierra
hiere a compás con los cascos; 70
que una purpúrea gualdrapa
con primorosos recamos,
de felpa y ante la silla,
en el testero un penacho,
la cabezada y rendaje 75
de oro y seda roja, y lazos
en el codón y en las crines
soberbio ostenta y ufano,
a combatir con el toro
sale aquel señor gallardo, 80

Viste una capa y ropilla
de terciopelo más blanco
que la nieve, de oro y perlas
trecillas y pasamanos;
las cuchilladas, aforros, 85
vueltas y faja, de raso
carmesí; calzas de punto,
borceguíes datilados,
valona y puños de encaje;
esparcen reflejos claros 90
en su pecho los rubíes
de la cruz de Santiago.

Un sombrero, con cintillo
de diamantes sujetando
seis blancas gentiles plumas, 95
corona su noble garbo.

Con la izquierda rige el freno,
en la diestra lleva en alto
un pequeño rejoncillo
con la cuchilla de a palmo. 100

Acompáñanle dos pajes
a pie, de uno y otro lado;
y llevan las rojas capas,
prontas al lance, en la mano;
síguenle sus escuderos 105
y un gran tropel de lacayos,
los que por respeto al toro
se van haciendo reacios.

* * *

Puesto en medio de la plaza
personaje tan bizarro, 110
saluda al rey y a la reina
con gentil desembarazo.

Aquél, serio, corresponde;
ésta muestra sobresalto,
mientras el concurso inmenso 115
prorrumpe en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Tarsis,
caballero cortesano,
conde de Villamediana,
de Madrid y España encanto 120
por su esclarecido ingenio,
por su generoso trato,
por su gallarda presencia,
por su discreción y fausto.

Gran favor se le supone, 125
aunque secreto, en palacio,
pues susurran malas lenguas...
pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,
y es poner puertas al campo 130
querer de los maliciosos
sellar los ojos y labios.

* * *

Valiente Villamediana,
cortas las riendas y bajo
del rejoncillo el acero, 135
vase al toro paso a paso.

Éste cabecea, bufa,
la tierra escarba, marrajo,
y espera instante oportuno
en que partir como el rayo. 140

El paje de la derecha
con grande soltura y garbo
a la fiera irrita y llama,
la capa ante ella ondeando.

Embiste, pues; el jinete 145
tuerce el bridón, de soslayo
pasa el toro, el otro paje
con la capa hace un engaño,
y lo revuelve, y de nuevo
lo para. Determinado, 150
le hostiga de frente el conde;
torna a embestir rebramando

el jarameño; parece
que caballero y caballo
van a volar a las nubes, 155
cuando de la fiera intactos,
en primorosas corvetas,
se separan y con saltos.

Un punto el toro vacila
bramido ronco lanzado, 160

y desplómase en la tierra,
haciendo de sangre un lago
con el torrente que brota
por la cerviz, do clavado
medio rejón aparece, 165
que el otro medio, en la mano
del noble y valiente conde
va al concurso saludando.

Por balcones y barandas,
vallas, barreras y andamios, 170
formando una riza nube,
ondean pañuelos blancos;

y, «¡Viva!», el pueblo repite,
y los caballeros «¡Bravo!»,
y «¡Qué galán!», las mujeres, 175
haciendo lenguas las manos.

La reina, que, sin aliento,
los ojos desencajados
en jinete y toro tuvo,
vuelve ansiosa, respirando; 180

«¡Qué bien pica el conde!», dice,
y, «¡Muy bien!», los cortesanos
repiten. El rey responde:
«Bien pica, pero muy alto.»

Y en el rostro de la reina 185
clavó los ojos un rato.

Éste demudóse, y todos
los señores de palacio,

en quienes opinión propia
fuera un peregrino hallazgo, 190

repitieron, no sabiendo
lo que decían acaso,
y de entrambas majestades
queriendo seguir el rastro:
«Pica muy bien; mas debiera 195
haber picado más bajo.»
* * *

Dos toros más se corrieron,
en que caballeros varios,
con gala y con valentía,
gran destreza demostraron; 200
mas es pretender lucirlo
después del conde gallardo,
exceso del amor propio,
cuyos esfuerzos son vanos.

Ser en punto mediodía 205
las campanas avisaron
de Santa Cruz en la torre.
En su carroza a palacio
retiráronse los reyes,
tras ellos los cortesanos, 210
y aquel inmenso gentío,
la plaza desocupando,
se apiñó en arcos y puertas,
haciendo un todo compacto,
que por las primeras calles 215
rompió, que luego en pedazos
por otras más dividióse,
después en grupos, que al cabo
reducidos a familias,
muy pronto se dispersaron. 220

Tal vez, así se desagua
un artificial pantano,
cuando se abren las compuertas
del malecón, y apretados
torrentes por ellas salen, 225
que luego en arroyos varios
se dividen, y se pierden
finalmente por los campos.

Romance Segundo

Las máscaras y cañas

Siguió el festejo a la tarde,

y llenóse la gran plaza 230
con el pueblo y con la Corte,
cual lo estuvo la mañana.

Magníficas son las fiestas
que la regia villa paga
para celebrar el nombre 235
del poderoso monarca.

De clarines y timbales
al son que asorda las auras,
y al de orquestas numerosas
que entonan guerrera marcha, 240
en orden y a lento paso,
numerosas mascaradas
entran por partes distintas
y al rey y a la reina acatan.

De los reinos diferentes 245
que el reino forman de España,
ostenta cada cuadrilla
distintivos y antiguallas,
arbolando un estandarte
con el blasón de sus armas; 250
y de su música propia
al compás de las sonatas.

Mézclanse ligeras luego,
formando mímica danza,
en concertado desorden 255
de figuras ensayadas,

los cascos y coseletes
de la indómita Cantabria,
de los fieles castellanos
las dobles cueras y calzas; 260

las fulgentes armaduras,
de los infanzones gala,
del ligero valenciano
los zaragüelles y mantas;
de chistosos andaluces 265

los sombrerones y capas,
y las chupas con hombreras
y con caireles de plata;

los turbantes granadinos,
jubas, albornoces, fajas; 270
los terciopelos y sedas
de vestes napolitanas;

de la Bélgica los sayos
con sus encajes y randas;
los milaneses justillos 275
con las chambergas casacas;

y las esplendentes plumas
teñidas de tintas varias,
con los arcos y las flechas

que el cacique indiano gasta, 280

forman un todo indeciso
que cubre la extensa plaza
de movibles resplandores,
de confusión bigarrada.

Parece que está cubierta 285
con una alfombra persiana,
cuyos matices se mueven
al conjuro de una maga.

Aquí añafiles moriscos,
allí tamboril y gaita, 290
más allá trompas guerreras,
acá sonorasas flautas;

las antárticas bocinas
en un lado, las guitarras
y crótalos en el otro; 295
los caracoles de caza

forman estruendo confuso
en que ya el acorde falta,
y que, llenando el espacio,
aún más aturde que halaga. 300

Por fin, terminado el baile,
sepáranse las comparsas,
y hacia lados diferentes,
en orden puestas, descansan.

Y cada una se dirige, 305
según la suerte la llama,
a saludar a los reyes
con solemnidad y pausa,
y doblando la rodilla,
ofrecen a su monarca 310
un rico don de productos
de aquel reino que retratan.

Despejando luego todas,
el circo desembarazan
a los nobles caballeros 315
que salen a correr cañas.

* * *

Por la izquierda y la derecha
a un tiempo entraron, galanas,
dos diferentes cuadrillas
que a unirse en el centro marchan. 320

Compónese cada una,
compitiendo en garbo y gala,
de doce nobles jinetes
que de dos en dos avanzan.

El conde de Orgaz, mancebo 325
de gentileza y de gracia,
es caudillo de la una;
de la otra es Villamediana.

Aquél, en caballo negro,
enjaezado de plata, 330
de terciopelo amarillo
con celestes cuchilladas,
vestido sale: figura
con argentinas escamas
peto y espaldar, y azules 335
lleva plumas y gualdrapa.

Éste, en un caballo blanco,
cuya crin el oro enlaza,
ostenta un rico vestido
de terciopelo escarlata; 340
el arnés, de hojuelas de oro
y de rica seda blanca;
con brillantes bordaduras
los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas 345
hacia el regio balcón ambas,
al paso, la pista siguen
de los jefes que las mandan;
y el concurso, en gran silencio,
curioso la vista clava 350
de los dos gallardos condes
en las brillantes adargas;
pues logrando de discretos
y de enamorados fama,
interesa a todo el mundo 355
ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,
de la que el vuelo levanta
el fénix con este mote:
«Me da vida quien me abrasa» 360

Un letrado solamente
es la de Villamediana
que dice: «Son mis amores...»,
y luego reales de plata,
puestos cual si fueran letras, 365
con que aquel renglón acaba.

La empresa de Orgaz la entienden
todos, y aciertan la llama
que le da vida y le quema.
La del de Villamediana 370
despierta más confusiones,
aunque es en verdad bien clara.

Propensión funesta tiene
el joven galán que alcanza
favores de una señora 375
a la par hermosa y alta,
de publicarlos al punto
y de sacarlos a plaza;

vanidad de enamorados
que en peligros no repara. 380

Muchos el sentido entienden
que las monedas declaran;
mas por miedo disimulan
y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan 385
los cascos por descifrarla:

«Son mis amores dinero»,
repiten; pero no cuadra
con el carácter del conde
esta explicación villana. 390

«Mis amores efectivos
son», dicen otros. ¡Bobada!

Velasquillo el contrahecho,
enano y bufón que alcanza,
no sin despertar envidia, 395
gran favor con el monarca,
a disgusto de los grandes,
en el balcón regio estaba,
malicias diciendo y chistes,
con insolencia y con gracia. 400

Y, o por faltarle su astucia
entonces, o porque trata
de vengarse del desprecio
con que la reina le acaba,
o porque ve de mal ojo 405

al noble Villamediana,
o por gusto de hacer daño,
que es de tales bichos ansia,
dijo: «Ta, ta; ya comprendo
lo que dice aquella adarga: 410
Son mis amores reales»,
y soltó la carcajada.

Trémulo el rey y amarillo,
y conteniendo la saña:
«Pues yo se los haré cuartos», 415
respondió al punto en voz baja.

Lo oyó la reina, y quedóse
inmóvil como una estatua,
pálida como la muerte,
hecha pedazos el alma. 420

* * *

Las cuadrillas empuñando,
en vez de robustas lanzas,
de cintas y oro vestidas
leves quebradizas cañas,
se embistieron... Imposible 425
es ya que encuentre palabras
con que describir la fiesta:

mi atención la reina embarga.
¡Pobre señora! Tampoco
merece versos y fama 430
tal diversión, ya reflejo
débil, copia degradada
de las justas que ha dos siglos
los caballeros usaban
con gloria; que nunca gloria 435
en donde hay peligro falta,
y en que las picas de guerra
dobles petos abollaban;
no los juncos inocentes
sedas, brocados y holandas. 440

Romance Tercero

El sarao

Mientras que la monarquía
se desmorona, y el borde
toca de una sima horrenda,
duermen en pueriles goces,
entre placeres se aturden, 445
deleites sólo conocen,
sin cuidarse del peligro
el rey de España y sus nobles.
Así una casa se quema,
así desdichas atroces 450
sobre una infeliz familia
el ciego Destino pone;
y en tanto el imbécil ríe,
duerme el embriagado joven,
y el niño con sus juguetes 455
es el más feliz del orbe.
Si alegre fue todo el día
con públicas diversiones,
con saraos y luminarias
no lo fue menos la noche: 460
el pueblo las anchas calles
en gozosas turbas corre,
para ver iluminadas
las casas de los señores.
En las plazas principales 465
suenan músicas acordes,
y farsas se representan

del rey celebrando el nombre.

* * *

Del palacio del Retiro
lentos están los salones 470
de todo el fausto y la gala
que son honra de la Corte.

En los soberbios jardines
brillan vasos de colores,
que en el estanque reflejan 475
formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio
las densas tinieblas rompe
y rastros de luz envía
a las celestes regiones; 480

de los rayos que le lanzan
los nublados tronadores,
dijérase que en la tierra
se estaban vengando entonces.

Varias encendidas ruedas, 485
girando luego veloces
en atmósfera de chispas,
parecen mágicos soles;
mas pronto en huecos tronidos
de humo blanco, alzando un monte, 490
se disipa, y desaparece
aquel gigantón enorme
de luz, que ofuscó los astros
y que deslumbró a la Corte,
como trasunto o emblema 495
del orgullo de los hombres.

* * *

En el salón de los reinos,
donde el trono de dos orbes
de oro y terciopelo estriba
en colosales leones, 500

el rey está con las damas,
la reina con los señores,
y chocolate, y conservas,
y helados pasan en orden,
en mancerinas de oro 505
y en bandejas, cuyos bordes
lucientes piedras adornan
en caprichosas labores.

Enseguida se bailaron,
al compás de alegres sonos, 510
las folías y chaconas,
y aun zarabandas innobles.

De cada señora al lado
sitio un caballero escoge,
y en un cojín para hablarle 515

la rodilla izquierda pone.

Allí, en animados grupos,
lo más rico y lo más noble
de Madrid y España asiste,
y extranjeros de alto porte. 520

Estaban, pues... ¿De qué sirve
que el tiempo perdamos nombres
ya olvidados repitiendo,
y que alcanzaron entonces
boga por riqueza y sangre, 525
mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
de amigos nuestros, de hombres
que aun los vemos y tratamos,
aunque ha dos siglos que esconde 530
sus cenizas el sepulcro,
sima que todo lo sorbe.

* * *

En un lado de la sala
estaba el famoso Lope,
el Fénix de los ingenios, 535
con el cabello y bigote

blancos como pura nieve;
y al través se reconoce
de sus clericales ropas
que fue guerrero de joven. 540

La insignia adorna su pecho
de la hospitalaria Orden,
y el fuego brilla en sus ojos
que hace a los mortales dioses.

Con él habla un caballero, 545
cabeza gorda, deformes
los pies, de negro azabache
melena y barba, mas noble
aspecto; diciendo chistes
está, y resuenan conformes 550
carcajadas y aun aplausos,
en cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo,
a quien un clérigo torpe
ya por la edad, ceceando 555
y con malicias responde.

Ser él tal pronto se advierte
don Luis Góngora y Argote,
del nuevo estilo de moda
inventor, columna y norte. 560

El padre Paravicino,
que de sabio alto renombre
goza, y a Madrid encanta
por sus peinados sermones,

también es del corro; y luego 565
en él ufano ingirióse,
aún tan niño que en sus labios
ni bozo se ve que asome,

don Esteban de Villegas,
español Anacreonte, 570
en versos cortos divino,
insufrible en los mayores.

En una pausa del baile,
de Villamediana el conde,
que ha danzado con la reina, 575
alargó la mano a Lope,

y como ingenio de marca
entre los otros mostróse.

Acaba de publicarse
su poema de Faetonte, 580

en aquel tiempo un prodigio,
que hoy tiene apenas lectores;
obra de perverso gusto
y de hinchados clausulones.

Góngora, que, envanecido, 585
un adepto de alto nombre
ve en tan claro personaje,
sus encomios prodigóle.

Y todos lo celebraban,
aunque yo decir no ose 590
si sus versos aplaudían
o su favor en la Corte.

Don Francisco Manuel Melo,
en quien se juntan los dotes
de historiador y poeta 595
con los bélicos blasones,

allí está, aunque taciturno;
sin duda, abriga temores
de que el duque de Braganza
su osado intento no logre. 600

El gran don Diego Velázquez,
de pinceles españoles
gloria, también conversaba
con tan famosos autores;

pero lo que dicen ellos 605
parece que apenas oye,
porque de Rubens los cuadros
con gran encanto recorre;

y en aquel retrato ecuestre
del emperador, en donde 610
apuró Ticiano el arte,
los ojos árabes pone.

* * *

También el rey un momento

afable al corro acercóse,
hablando de una comedia 615
que salió al público entonces,
y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque, por cierto,
era un disparate enorme, 620
todos dieron mil elogios
y de portento renombre,
pues que es obra del rey mismo
no hay en Madrid quien ignore.
Ya muy tarde entró en la sala, 625
saludos y adulaciones
recibiendo del concurso,
con aire altanero y noble,
el conde-duque; se llegan
los grandes y embajadores 630
para hablarle; el rey Felipe
con gran cariño le acoge;
y con él, y con el nuncio
y un milanés enredóse
en importante coloquio, 635
que su atención regia absorbe.
* * *

La reina, que en gallardía
a todas se sobrepone,
y cuyos hermosos ojos,
brillantes como dos soles, 640
en Villamediana tuvo
clavados toda la noche,
viendo al rey y al favorito
con aquellos dos señores
extranjeros en consulta, 645
que ha de ser larga supone
la conversación, notando
que hay vivas contestaciones.

Más atenta al conde mira,
le hace una seña, y, veloce, 650
aunque con gran disimulo,
de la sala retiróse,
de una danza numerosa
que empezó la gente joven
a enredar, aprovechando 655
la confusión y el desorden.

Conoció al punto la seña
el favorecido conde,
que amantes favorecidos
la más pequeña conocen. 660

Pero no son ellos solos;
también, ¡ay!, de ellas se imponen

los celosos...; el monarca
la señal fatal recoge.

A salir Villamediana 665
siguiendo su amado norte,
iba por distinto lado
del salón, cuando turbóle
el ver al rey furibundo,
que con miradas atroces, 670
ojos cual los de un fantasma,
en él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,
ni a dar un paso atrevióse,
y trabó, disimulando, 675
un altercado con Lope.

Romance Cuarto

Final

En aquella galería,
adornada de arabescos
y follajes primorosos,
con oro y esmaltes hechos, 680
y cuya baranda rica
daba hacia el jardín pequeño,
en que el caballo de bronce
estuvo por largo tiempo,
sin más luz que la que esparce 685
la luna en mitad del cielo,
esperando a alguien la reina,
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza
y de la orquesta el estruendo, 690
que los salones ocupa,
oye resonar de lejos;
y, aunque sabe que notada
ha de ser su ausencia presto,
por dar al conde un aviso 695
atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga
con mortal desasosiego,
y en el barandal dorado
palpitante apoya el pecho. 700

Mira al ecuestre coloso,
inmóvil, oscuro, enhiesto,

entre laureles y murtas,
y tiembla, ¡infelice!, al verlo.

Alza a la pálida luna 705
los ojos de llanto llenos,
y se extravía su mente
por precipicios horrendos.

* * *

Sin rumor y de puntillas,
como fantasma o espectro, 710
en el corredor entróse
la parte oscura siguiendo,
un hombre embozado; llega
por detrás, en gran silencio,
a la reina, que, de espaldas 715
estando, no pudo verlo,
y le tapa el noble rostro
con dos manos como hielo;
pero delicadas manos
que agita un temblor ligero. 720

¿Quién pudiera aproximarse
a dama de tal respeto
sino el amante dichoso
con tal inocente juego?

Así lo pensó ella misma, 725
pues, aunque al primer momento
de sorpresa lanzó un grito,
pronto sobre sí volviendo:

«Déjame, conde -prorrumpe
con dulces lánguidos ecos-; 730
no es esta ocasión de burlas,
pues es de infortunios tiempo.

»Déjame y escucha, conde.»

Libre la dejan en esto
las manos que la cegaban, 735
y se encuentra sola, ¡cielos!,

con su marido, que arroja
por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
mas tienen el privilegio 740

las hembras del disimulo,
y en los críticos encuentros
mucha mayor agudeza
que el hombre de más ingenio.

Al oír el que el rey pregunta 745
con voz como voz de infierno,
«¿Yo conde?... ¿Yo?» En si tornando
la reina, responde presto:

«Sí, señor; de Barcelona...
Y se complace mi pecho 750
con tal título, afirmado

con vuestro poder y esfuerzo,
 »después que habéis reprimido
la rebelión de aquel pueblo».
Quedó pasmado el monarca. 755
«Discreta sois por extremo,
 -repuso, y tras pausa leve-:
Mas ¿qué infortunios tenemos?»
Ya alentada la señora,
pues siempre el paso primero 760
 es el trabajoso, dijo:
«No faltan, señor, por cierto;
dígalo Flandes perdida,
y de Nápoles los reinos,
 »donde un ambicioso intenta 765
arrebataros el cetro;
o Milán, donde la peste
está tanto estrago haciendo;
 »y Portugal vacilante,
do traidores encubiertos...» 770
Aquí atajóla Filipo
con voz de lejano trueno:
 «Basta, pues, basta, señora;
sois francesa, bien lo veo;
tenéis interés muy grande 775
en mi honor y en del del reino.»
 «Veréis que uno y otro al punto
para aquietaros sostengo,
y que lavaré con sangre
la mancha que advierta en ellos.» 780
 Calló, y una atroz mirada
con el rostro descompuesto,
que pareció más terrible
de la luna a los reflejos,
 clavó en la reina; mirada 785
que destrozó aguda el seno
de la infeliz, pues temblando,
cayó sin sentido al suelo.

* * *

 Como sin rumor ninguno
vuela o se deshace un sueño 790
desapareció el monarca;
fue a su cámara en silencio,
 tocó un silbato de oro,
que tuvo mágico efecto,
pues salió de los tapices, 795
al silbido obedeciendo,
 por una encubierta entrada,
un humilde balletero,
cual espíritu maligno
que al conjuro está sujeto. 800

Era el favorito oculto
del rey; ambos un momento
hablaron con tal sigilo,
que el labio apenas movieron.

Sólo al irse el confidente 805
se oyó decir al rey esto:
«Asegura bien el golpe,
y si has de vivir, secreto.»
* * *

Al sarao y a los salones
tornó Filipo muy presto; 810
aunque pálido el semblante,
tranquilo y tal vez risueño,
volvió a hablar al conde-duque,
el cual, como astuto y diestro,
que su señor encubría 815
conoció cuidados nuevos;
al cabo de corto rato
anuncióse que en su lecho
la reina indispuesta estaba,
y se dio fin al festejo. 820

Sucedió al bullicio alegre,
al son de los instrumentos
y a la confusión festiva
el más profundo silencio.

Los cortesanos al punto 825
las actitudes y gestos
dejaron de la alegría,
y tomaron los del duelo;
y a vaciarse los salones
comenzaron del inmenso 830
concurso, que los llenaba
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana, confuso,
de inquietud funesta lleno,
al retirarse saluda 835
al monarca con respeto,
y éste con una sonrisa
lo deja aterrado y yerto,
mientras afable despide
a los otros palaciegos. 840
* * *

De la desdichada reina
la favorita corriendo
sale por las antesalas,
busca al conde sin aliento,
penetra la muchedumbre, 845
le hace señas desde lejos;
al fin le alcanza, va a hablarle,
un papel lleva encubierto;

cuando se para y se hiela,
al rey de repente viendo; 850
tal queda liebre cobarde
de la serpiente el aspecto.

El gran tropel que desciende
las escaleras, violento
arrastra a Villamediana, 855
que va delirante y ciego.

Su carroza no parece...;
en la de Orgaz toma puesto,
y ambos condes por las calles
(que aún no estaban cual las vemos, 860
alumbradas con faroles)
veloces van y en silencio.

Grita en una encrucijada
una voz «¡Conde!» El cochero
para al punto los caballos; 865
pregunta Orgaz desde dentro:
«A cuál de los dos?» De fuera:
«Villamediana», dijeron.

Villamediana al estribo,
juzgando que es mensajero 870
de la reina quien lo llama,
sacó la cabeza y pecho;
y al punto se lo traspasa
una daga de gran precio
con tal furor, que a la espalda 875
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
un mar de sangre vertiendo,
y de su amigo en los brazos
al instante quedó muerto. 880

París, 1833.

El cuento de un veterano

Escrito en 1837, tiene una «Introducción» de 68 versos asonantados y seis romances: I, 104 versos en á-a; II, 148, ó-a; III, 124, á-o; IV, 156, á-e; V, 296, í-o y VI, 144, á-a. Total, 1140 versos.

La acción tiene lugar a mediados del siglo XVIII durante la guerra de

Sucesión de Austria (1741-1748), en la que intervino Felipe V junto con Nápoles y Francia en contra de los austriacos. Se recordará que, en esta misma guerra sirvió también don Álvaro (Don Álvaro o la fuerza del sino, jornadas III y IV), a quien Saavedra hizo asistir a la batalla de Véletri como capitán de Granaderos.

Tanto Enrique Gil como Valera, para quien era «un primor de cuento», gustaron mucho de este romance, de tan misteriosa y evocadora estirpe romántica²². No pensaba lo mismo el padre Blanco García, para quien era una «repugnante galería de escenas nocturnas, amores sacrílegos y venganzas femeninas, cuyo teatro no quiso el poeta que fuese España»²³; Azorín, más tarde, valiéndose del recurso que usó para criticar Don Álvaro, lo juzgaba dechado de lo inverosímil e incoherente²⁴.

No hay que pedir lógica a consejas contadas junto al fuego; el poeta refiere la aventura de don Juan Enríquez de Lara sin digresiones, y graduando el desarrollo de la trama de tal modo que, cuanto más se complica, más interés despierta en los lectores. El protagonista comparte las virtudes y los defectos propios del tipo donjuanesco. Rico, gallardo y valiente parecía «un caballo sin freno, / un demonio en carne humana» al que sólo detuvo momentáneamente el temor al sacrilegio. Pueden más el deseo de aventura y el temor a pasar por cobarde que el respeto a la clausura. Una vez en la celda de la linda monja, el «audaz libertino» intenta la seducción con la técnica acostumbrada: «Un volcán arde en mi pecho... delicioso martirio... vos, sola vos...», sin sospechar todavía que el seducido ha sido él. Destacan aquí esta escena en la celda, así como la magistral ambientación del entierro nocturno a la luz de un farol. Azorín hallaba en este romance influencias de la Colomba de Merimée, aparecida en 1840. La monja pamesana, obsesionada por vengar el honor familiar tiene no pocos puntos de contacto con ella y pienso que también un parentesco con esas mujeres llenas de arrestos, tan corrientes en nuestra literatura, que se visten de hombre, salen a los caminos y toman venganza de quienes mancillaron su honor²⁵.

Introducción

¡Oh, cuán grato es el oír,
allá en el hogar paterno,
las largas noches de invierno,
entre el cenar y el dormir,
al veterano charlar, 5
y sus pasadas campañas,
envueltas con mil patrañas,
en rudo estilo contar!

En nuestra niñez primera
embebidos lo escuchamos, 10
sin que una frase perdamos,
ni una palabra siquiera.

Y la peregrina historia

se queda como grabada,
y jamás la borra nada 15
de nuestra tierna memoria.

* * *

Un veterano alcancé
que en Italia combatió,
y que en Veletri se halló,
donde malherido fue. 20

Y muy niño, allá en mi tierra,
recuerdo haberle escuchado,
de sus palabras colgado,
sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno o malo 25
todas las noches venía,
y desde lejos se oía
sonar su pierna de palo.

Era como una estantigua,
con desharrapado traje, 30
y restos del equipaje,
de un militar a la antigua.

Del cortijo en el hogar
muy orondo se sentaba,
y la gente se agolpaba 35
en torno de él a escuchar.

Tras un sorbo de aguardiente
encendía su cigarro,
y de su voz de catarro
se desataba el torrente. 40

Ya un asalto refería,
estropeando los nombres
de reinos, castillos, hombres;
mas nada le detenía.

Ora un combate, ora un duelo, 45
ya el valor de un camarada,
de una patrona burlada
el amargo desconsuelo,
de un coronel el rigor,
la astucia de un asistente, 50
el triste fin de un valiente,
las diabluras de un tambor.

Y una guitarra tocando
cantaba también romances,
con tal voz y tales lances, 55
que nos dejaba temblando.

De robos y apariciones
varios casos repetía,
y costumbres, que decía
ser de lejanas naciones. 60

Y siempre cosas extrañas,
jurando a fe de soldado

todo haberlo presenciado
en sus gloriosas campañas.

Una noche nos contó 65
cierta peregrina historia,
que está fija en mi memoria,
y que a referir voy yo.

Romance Primero

El ayudante

El marqués de Castelar
entró triunfador en Parma 70
con las valerosas tropas
de Nápoles y de España.

Éstas van a la cabeza,
aquéllas a retaguardia,
y de lauro inmarcesible 75
y gloria cubiertas ambas.

Desde Veletri venciendo,
y enmendando aquella falta,
las águilas imperiales
van ahuyentando de Italia. 80

* * *

La ciudad, que a los Borbones
el más puro amor consagra,
y que el dominio detesta
de los príncipes del Austria.

cual libertadoras mira 85
a aquellas huestes bizarras,
y con «vivas» de entusiasmo
las recibe y las aclama.

El alto cielo ensordecen
las sonoras campanas, 90
y a los valles y a los montes
las músicas y las salvas.

Brillan en los balconajes
de las calles y las plazas
ricos damascos y estofas, 95
pabellones y guirnaldas.

Y aún más el vistoso arreo
de las lindas parmesanas
ornadas de ricas joyas,
vestidas de nobles galas. 100

Y hierve inmenso concurso

de la plebe alborozada,
estrechando la carrera
por donde las tropas pasan.

* * *

El primero que desfila 105
al son de bélica marcha
es el regimiento insigne
de las españolas guardias:
de firme lealtad ejemplo
a sus jurados monarcas, 110
modelo de disciplina
y de arrojo en las batallas.

De Castilla los pendones,
de tanta victoria y tanta
gloria ya nuncios, ya emblemas, 115
siguen con noble arrogancia.

Y oficiales y soldados
la atención pública llaman
por su belicoso porte,
por su merecida fama. 120

* * *

En un cordobés morcillo
que con espumas de plata
el pretal, brazos y pechos
respirando fuego, esmalta,
recorre las compañías, 125
y de un lado al otro pasa
gallardo, vivaz, activo,
don Juan Enríquez de Lara,
del regimiento ayudante,
y de tan noble y gallarda 130
presencia, que por los ojos
entra a conquistar las almas.

Esclarecido linaje,
de los mejores de España,
era el de este caballero, 135
y su riqueza extremada.

En la mies de bayonetas
se descubre su cucarda,
como suele en la de espigas
una amapola lozana. 140

De las mujeres los ojos
doquier síguenlo, y se clavan
en su rostro y en su talle,
en su garbo y en su gracia.

Su edad a los cinco lustros 145
de seguro aún no llegaba,
pues sus facciones guarnecen
aún más bien bozo que barba.

* * *

En rondas y en desafíos,
en pendencias y en batallas, 150
o con razón o sin ella,
siempre era un rayo su espada.

Y aunque bueno, calavera,
y de ligereza tanta,
que cuanto se le ocurría 155
sin reparo ejecutaba.

En juego y en francachelas,
y en aventuras galanas,
liberalmente expendía
sus pingües rentas de España. 160

Era un caballo sin freno,
un demonio en carne humana,
en tratándose de amores,
en petándole una dama.

Siendo ya tantos los lances 165
que en su tierna edad contaba,
que era su famoso nombre
conocido en toda Italia.

Y en las calles y balcones
le reconocen por fama, 170
y en todas partes se escucha:
«Ese es don Juan, ese es Lara.»

Romance Segundo

El alojamiento

En sus cuarteles dejando
recogidas a las tropas,
los oficiales y jefes 175
sus alojamientos toman.

Y por las plazas y calles
pasan, cruzan y se informan
de los números y casas,
y de si hay lindas patronas. 180

Coge don Juan su boleta,
dónde está la casa anota,
y en su fogoso morcillo
para buscarla galopa.

Al paso dice requiebros 185
a las niñas que se asoman
a los balcones, donaires
a camaradas que topa;

atropella a los paisanos,
y las mesillas trastorna, 190
al atravesar la plaza,
de las pobres vendedoras.

* * *

A su alojamiento llega,
que es una casa de forma
donde un caballero anciano 195
muy noble y muy rico mora.

Mas en ella no hay mujeres,
lo que a don Juan incomoda,
recetando al boletero,
por esta falta, una soba. 200

Cortés el patrón recibe
al huésped, que en su persona,
urbanidad y despejo
fina educación denota.

Y en una vivienda rica, 205
do nada falta, le aloja,
rogándole honre su mesa,
y que cual dueño disponga.

Lara admite agradecido
la invitación obsequiosa, 210
y con frases cortesananas
corresponde a tales honras.

* * *

Solo ya con su asistente,
se lava, atilda y adorna,
y por registrar la calle 215
a los balcones se asoma.

No era la calle muy ancha,
y estaba desierta y sola,
por ser más de mediodía,
que era de comer la hora. 220

Son las fronteras paredes
las de un convento de monjas,
cuya principal fachada,
de arquitectura grandiosa,

a la plaza daba donde 225
hicieron alto las tropas
con sus bandas y banderas,
y marciales ceremonias;

de los altos miradores
viéndolo las religiosas, 230
que no están, como en España,
en reclusión tan angosta.

Las espaldas del convento,
frente a la casa en que mora
don Juan, daban, pues, y en ellas 235
ventanas y claraboyas,

con espesas celosías,
que a las miradas curiosas
de imprudentes libertinos
el osado paso estorban. 240

* * *

Hacia una de estas ventanas
maquinalmente se tornan
de Lara los negros ojos,
que fuego mágico brotan,
y al través de los estorbos 245
juzga ver alguna cosa,
como un bulto negro y blanco,
que su atención fija y roba.

No se engañó. En el momento
ve que unos dedos asoman 250
por entre las celosías,

y oye una tos sospechosa,
y una voz sumisa luego
que claro te llama y nombra;
y él corresponde con señas, 255
pues el gozo le rebosa,

pensando que una aventura
rara se le proporciona;
y de cierta ilustre joven,
a quien ha burlado en Roma, 260

recuerda haber entendido
tener una hermana monja,
que en un convento de Parma
amargas lágrimas llora,

pues allí la sepultaron, 265
no vocación fervorosa,
sino viles procederes
de un galán que la abandona,

Luego oye que le preguntan:
«Decid: ¿la calle está sola?» 270

La registra con los ojos,
y contesta: «Sí, señora.»

Y al punto una celosía
se entreabre, y una persona
que ver no pudo, tiróle 275
un papel que el aire corta.

Cerrándose aquel resquicio
con rapidez, sin que sombra
ni nada a notarse vuelva
detrás de la claraboya. 280

* * *

Coge el papel, que traía
dentro una medalla tosca
sólo como lastre o peso,
que era avisada la monja,

y con un lápiz, escritos 285
en limpia y gallarda forma,
Lara estos renglones halla,
que con los ojos devora:
 «Estaría tan ufana
con vuestro ligero amor, 290
como sumida en dolor
con vuestro olvido, mi hermana.
 »Pues no es abultada, no,
de vuestro porte galán
la fama, señor don Juan, 295
que hasta mi celda llegó.
 »Quiero que me conozcáis,
y verme no os pesará;
sólo en vuestra mano está,
si de servirme os dignáis. 300
 »Esta tarde al coronel
da, de vuestro regimiento,
un agasajo el convento;
venid, si os place, con él.
 »Y en viendo una monja allí 305
con una rosa en la mano,
yo soy, yo, que... Pero en vano
es deciros más aquí.
 »Por fuerza encerrada estoy,
no tengo ni un protector, 310
y sólo en vuestro valor,
humilde, a buscarlo voy.
 »Otro papel tendréis luego
dentro de un escapulario
que os pondrá el mismo vicario, 315
¡Tened disimulo, os ruego!
 »Y sabed... Mas basta ya.
sois hidalgo, sois discreto,
sois español...; el secreto
impenetrable será.» 320

Romance Tercero

El fresco

En un bajo locutorio
que adornan hermosos cuadros,
y muebles de terciopelo
en forma de regio estrado,

está el coronel de Guardias 325
con su cruz de Santiago,
y con su azul uniforme
de galones y entorchados.

El capellán le acompaña
de su regimiento, cuatro 330
capitanes ya machuchos
y el ayudante bizarro.

Del convento, la prelada
parentesco, aunque lejano,
con el coronel tenía, 335
y ha dispuesto agasajarlo.

Y su adhesión y obediencia
al vencedor con tal acto
manifestar, porque puede
convenirle en todo caso. 340

Dos modestos sacerdotes,
y del convento el vicario,
los honores de la casa
haciendo están muy ufanos,
y con melifluos semblantes 345
al coronel adulando,
y, según las graduaciones,
a todos los convidados.

* * *

De bronce dorada reja
cierra el anchuroso espacio: 350
lindero entre Dios y el mundo,
término entre el siglo y claustro.

Y detrás está extendido
un cortinón de damasco,
mientras acuden las monjas, 355
de quienes suenan los pasos.

Descórrese la cortina
después de muy breve rato,
y la comunidad toda
descúbrese al otro lado. 360

Fórmanla unas veinte monjas,
que con los velos echados,
y con las túnicas blancas,
y con los oscuros mantos,

dan a la reja el aspecto 365
de algún espejo encantado,
donde un coro de fantasmas
se ve al conjuro de un mago.

* * *

La prelada alzóse el velo
con señoril porte y garbo, 370
descubriendo un noble rostro,
pero ya sexagenario.

Al coronel un cumplido
hace oportuno, aunque largo,
y manda a las religiosas 375
alzar los velos opacos.

De varios gestos y edades
al descubierto quedaron
los semblantes compungidos,
todos modestos y gratos. 380

Uno había como un cielo,
de tanta beldad y tanto
atractivo, grave y noble,
que no es fácil ponderarlo.

Tez de nácar, y dos ojos 385
como poderosos rayos,
y los dientes como perlas
y como coral los labios.

Y una palidez y un todo
tan perfecto y sobrehumano, 390
que sin humillarle el alma
era imposible mirarlo.

Esta linda religiosa,
este prodigio, este encanto,
una rosa nacarada 395
llevaba en la diestra mano.

Con lo que Lara los ojos
clavó y cebó en ella incauto,
conociendo ser aquella
la que pretende su amparo. 400

Quedó como queda el ave
bajo el prestigio tirano
de los ojos de la sierpe,
de quien va luego a ser pasto.

* * *

La prelada, muy oronda 405
y con gran despejo hablando,
refirió a los circunstantes
las misas y los rosarios

que por los reyes Borbones
el monasterio ha aplicado; 410
y las predicciones cuenta
de varias santas y santos,

que aseguran el dominio
de Italia en Felipe y Carlos,
por ser de la madre Iglesia 415
hijos predilectos ambos.

Y luego las monjas todas,
ora en tiple, ora en contralto
mil sandeces refirieron,
mil tontunas preguntaron, 420
que con rubor escuchaban

los clérigos y el vicario,
retozándoles la risa
a los otros en los labios.
* * *

La que no habló una palabra, 425
indiferencia afectando,
fue la hermosa, que el extremo
ocupaba de un escaño.

Si era pasmoso su rostro,
su talle era tan gallardo 430
que ni las ropas monjiles
lograban desfigurarlo,
bien que aún en ellas había
ya negligencia, ya ornato,
una y otro disonantes 435
con la austeridad del claustro.

Y también su alta belleza
demostraba a veces algo
como descompuesto, inquieto,
incomprensible y extraño, 440
ya retorciendo de pronto
como convulsos los brazos,
ya revolviendo sus ojos
como bizcos y encontrados,
ya frunciendo el entrecejo, 445
ya mordiéndose los labios;
pero todo pasajero,
rapidísimo, instantáneo,
haciendo el desagradable
efecto que en un buen cuadro 450
la cabeza de una santa
de Murillo o de Ticiano
que al resplandor de una vela
se está de noche mirando,
si a un soplo de viento oscila 455
la luz, y todos los rasgos,
sombras, perfiles y toques,
se pierden, haciendo acaso
instantáneamente un monstruo
del más prodigioso encanto. 460
* * *

Un exquisito refresco
de almíbares delicados,
de sorbetes y bizcochos,
sirvióse con aparato,
en su vajilla de plata, 465
y sutilísimos vasos
de fábrica de Venecia
con cifras de oro y con ramos.
Del locutorio ambas partes

fáciles comunicaron 470
dos tornos, que revolvían
veloces a todos lados.

Dentro servían las legas,
demandaderos y hermanos
afuera, obedientes todos, 475
a la prelada y vicario.

* * *

Mediada estaba la tarde,
bajaba el sol al ocaso,
y ser la hora de la lista
los tambores avisaron. 480

El coronel levantóse
como militar exacto,
obedeciendo al momento
de las cajas el mandato.

Y con palabras corteses, 485
demostrándose obligado
al convento y a las monjas
por su afecto y agasajo,
se despide y les ofrece
la protección del muy alto 490
infante, que de las tropas
coligadas tiene el mando.

La prelada entonces dice,
muy obsequiosa: «Anhelamos,
yo y mis hijas, que un recuerdo 495
militares tan cristianos

»lleven, ¡oh señor!, consigo
y que pueda ser, acaso,
como impenetrable escudo,
bueno en batallas y asaltos.» 500

Y volviéndose a la linda
con noble desembarazo:
«Traed -prosigue- a estos señores
del monasterio el regalo.»

* * *

Despareció, y al momento 505
tornó la hermosa, en las manos
trayendo un rico azafate
con cartas y escapularios.

Pasó el azafate el torno,
y el reverendo vicario, 510
siguiendo como discreto
la graduación y los años,
fue de cada concurrente
en el cuello colocando
aquella señal bendita, 515
y poniéndole en la mano
de hermandad sellada carta,

por la cual de los sufragios
e indulgencias del convento
gozarían como hermanos. 520
Pero, ¡oh Dios!, hay una carta
que no tiene escapulario,
y sin él, como el más joven
y el menos condecorado,
queda don Juan, lo que pone 525
en gran apuro al vicario.
Y lo nota la prelada,
que dice en tono muy agrio:
«Dios os valga, hermana mía,
y qué mal habéis contado... 530
Os pierde tanta viveza...
Id por otro escapulario.»
Corre la hermosa, figura
que donde están va a buscarlo,
y torna al punto con uno 535
que llevaba preparado.
Lo presenta a la prelada,
ésta se lo da al vicario,
que en el cuello del mancebo
no retarda el colocarlo. 540
Y el coronel se retira
a la prelada encargando
que el regimiento encomiende
a Dios y a todos los santos.

Romance Cuarto

Un compromiso

«Si a una principal mujer 545
oprimida, desdichada,
contra su gusto encerrada,
queréis, señor, proteger,
»esta noche, pues no hay luna,
a la pared de la huerta, 550
que da a una calle desierta,
venid solo al dar la una.
»Y a la parte en que un ciprés
descuella, hallaréis subida,
que por allí carcomida 555
la tapia está, baja es.
»Y por dentro una escalera

ya colocada estará,
que fácil paso os dará
a do mi afán os espera. 560

»Mi humilde historia sabréis,
y entonces, cual caballero...,
nada exijo, nada quiero,
sino que me oigáis y obréis.

»Me parece inoportuno 565
a un español militar,
a un hidalgo, asegurar
que no corre riesgo alguno.

»Y encargarle por su honor
que eterno el secreto guarde. 570
No puedo más, que es muy tarde.
Hasta la noche, señor.»

Esto la carta decía
que don Juan con ansia grande
sacó del escapulario 575
donde nunca debió hallarse.

Y que leyó varias veces
como si acaso dudase
de que ser cierto pudiera
un empeño tan notable 580
* * *

Encerrado en su aposento
está como delirante,
midiéndolo a largos pasos,
y lo que ha de hacer no sabe;
que es el violar la clausura 585
sacrilegio formidable
piensa, y se detiene un punto;
mas luego pasa adelante.

Y la beldad de la monja,
y su discrección y talle, 590
y la opresión en que gime,
y su arrojo de citarle

recuerda, y ya se resuelve,
cuando le ocurre lo grave,
lo criminal, lo espantoso 595
del paso a que va a arrojarse,
que no hay momento seguro
de existencia en los mortales,
y que la Justicia eterna
todo lo castiga y sabe. 600

Va a desistir. Mas le asusta
que la nota de cobarde,
si no acomete la empresa,
con la dama ha de quedarle.

Y en su edad, salud y brío 605
juzga estar lejos el trance

en que basta arrepentirse
al hombre para salvarse.

A su siniestra un demonio
tiene, y a su diestra un ángel 610
que él no ve, pero que escucha
aunque le hablan sin hablarle.

¡Ay de Lara! El pecho cierra
al bálsamo saludable,
y al mortífero veneno, 615
¡triste Humanidad!, lo abre.

«Iré, ¡vive Dios!, lo juro»,
alto exclama, que aunque nadie
con él esté, bien conoce
que le contradice alguien. 620

* * *

La ciudad un gran sarao
a los jefes y oficiales
daba aquella noche misma,
con música, cena y baile.

Y Lara asiste un momento, 625
de su ligero carácter
dando, como siempre, pruebas,
esmerado en porte y traje.

Pero hubieran advertido
unos ojos penetrantes 630
que en su locuaz alegría
y movimientos marciales,
de afectado y violento
daba muestras su semblante,
porque voces interiores 635
no cesaban de asustarle.

* * *

Era medianoche en punto
cuando dejó Lara el baile,
y dos veces volver quiso
al verse solo en la calle. 640

Mas, resuelto, va a su casa,
do toma su capa, y sale,
seguido de su asistente,
a quien mandó acompañarle,

Por la ciudad, que dormía, 645
sin que otro rumor sonase
que el eco de los violines
o de algún búho los ayes,

vaga el joven como loco,
porque el demonio y el ángel 650
dentro de su mismo pecho
aún empeñados combaten.

Del Eterno los juicios
santos son e inescrutables.

Sonó en el reloj la una, 655
y decidióse el combate.

* * *

Lara del convento llega
a los humildes tapiales;
que allí aguarde a su asistente
manda, y decidido parte. 660

El ciprés erguido mira,
que taladrando los aires
aparece entre las sombras
vago, aterrador, gigante.

La pared registra; advierte 665
derruidos los sillares
de la planta, los ladrillos
descarnados, desiguales.

Tienta, y ve que ofrecen paso,
y que aun ya lo han dado antes; 670
audaz trepa, y en la barda
llega pronto a cabalgarse.

Le pasma el hondo silencio
y la oscuridad fragante
de aquel huerto, que domina 675
sin ver nada. Escucha el suave
murmullo de agua corriente,
y de las hojas que el aire
mece con su dulce soplo...

¡Ay!, aún puede retirarse. 680

Mas no se retira. Encuentra
cerca con los dos varales
de una escalera de mano.

En ella logra afirmarse;
desciende sin saber dónde, 685
y al tocar la tierra, sale
de detrás de un tronco, un bulto
que por el brazo le ase

con una mano convulsa;
y una voz, que apenas sabe 690
si es voz, le dice: «Seguidme»,
y anda el bulto sin soltarle.

Por la confusión medrosa
de tinieblas impalpables
a tal hora, con tal guía, 695
y sin saber a qué parte

va Lara, como caminan
tras su destino inmutable
sin verlo, del ciego mundo
por las sombras, los mortales. 700

Romance Quinto

La monja

De una reducida celda
en el estrecho recinto,
que un claro velón alumbra
encima de un pajecillo,
se encuentra confuso Lara, 705
cual por encanto metido,
con la misteriosa guía
que le ha llevado a aquel sitio.

Mira en derredor, y encuentra
a un lado un lecho muy limpio, 710
al otro un reclinatorio
y sobre él un crucifijo;

dos muy capaces armarios
de nogal negro, un antiguo
escritorio, y taburetes 715
por la pared repartidos.

Y en medio un bufete halla,
cubierto de mantel fino,
con tortas, bizcochos, dulces,
conservas y pastelillos, 720

dos copas y dos redomas,
que una de agua, otra de vino
parecen, y dos cubiertos,
todo muy pulcro y prolijo.

La vista en seguida clava 725
en quien allí le ha traído,
que ya al descubierto ostenta
de su porte el atractivo.

Y si pensó aquella tarde
que era un sol el rostro lindo 730
de la monja, ahora lo juzga
un encantador prodigio.

* * *

Depuestos el velo y manto,
descubre todo el hechizo
de su esbelto y noble talle, 735
de su donaire y su brío.

Y como no la contienen
los importunos testigos,
que acaso en el locutorio
de sus gracias fueron grillo, 740

ostenta todo el tesoro
que el cielo donarle quiso

de belleza y gallardía,
y el de sus modales finos.
Con sonrisa seductora 745
y con ojos expresivos
se acerca a don Juan, que, mudo,
se ve cual jamás se ha visto.

Le ase amorosa una mano,
y «Descansad, señor mío; 750
tomad algún refrigerio
y estad seguro y tranquilo»,
le dice. Blanda le acerca
a aquel bufete provisto,
y le ruega que se siente 755
con gran ternura y cariño.

* * *

Lara torna en sí, se esfuerza,
recobra el genio nativo,
y lo pasado y futuro
dando ligero al olvido, 760
de su temor se avergüenza,
sonrójase de sí mismo,
y de sólo lo presente
entrégase a los delirios.

Y «No extrañéis, ¡oh señora!, 765
¡oh sol!, ¡oh encanto divino!,
-dice-, se muestre cobarde
con su señor el cautivo.

»Ni que dude de tal dicha
quien de ella se juzga indigno, 770
y piensa que es el juguete
de un ensueño fugitivo.

»Un volcán arde en mi pecho,
su fuego sólo respiro,
y jamás sentí en el alma 775
más delicioso martirio.

»Vos sola, vos...» Levantóse
tan resuelto de improviso,
que atrás la monja dos pasos
dio con ademán esquivo; 780
y lanzando una mirada
de indignación y desvío,
en tono grave y resuelto:
«Teneos, ¿Qué hacéis?», le dijo.

El militar arrogante, 785
aterrado y confundido,
a ocupar volvió su silla
más humilde que un novicio.

Pasmado de que un semblante
pueda tener tal prestigio, 790
que baste a imponerle freno

a tal hora y en tal sitio.

* * *

La monja, ya asegurada
de que tiene poderío
para anonadar los planes 795
de aquel audaz libertino,

torna a desplegar, astuta,
sus encantos y atractivos.
Siéntase enfrente de Lara,
y en él ambos ojos fijos, 800
le alarga un tierno bizcocho,
y le excita el apetito,
diciéndole que ella misma,
con cuidado muy prolijo,

lo ha elaborado anhelosa, 805
del dulce más exquisito,
para regalo del huésped
que en su socorro ha venido.

Lara otra vez recobrando
su suelto y marcial estilo, 810
lo come, y aun otro toma,
lo que da gran regocijo

a la engañadora maga,
que echa en una copa vino
y le dice: «Este es regalo 815
que la Navidad me hizo

»mi hermana, señor, mi hermana;
apurad, gozoso, el vidrio,
y gane el licor por suyo
lo que pierda por ser mío.» 820

«Brindemos por ella entrambos»,
contesta don Juan, y, fino,
va a servirle en la otra copa.

Mas ella estórbalo, y dijo:

«Brindaré con agua pura, 825
que aunque es muy suave este vino,
por no estar acostumbrada
pudiera serme nocivo.»

Don Juan el agua le sirve,
y bebe ella al tiempo mismo 830
que el otro el bálsamo apura,
que era añejo y exquisito.

«De Chipre es, y es excelente
-dice don Juan-, ¡vive Cristo.»

«El comendador de Malta, 835
que vos conocéis, mi tío,

»en su galera lo trajo
cuando volvió del Egipto»,
contestó la religiosa
con un gracioso remilgo. 840

«Es un néctar», dice Lara,
y otra copa llenar quiso;
mas la monja le detiene
con un afable sonrisa,
diciéndole: «La cabeza 845
fuerza es conservar y el tino,
que aún nos queda que hacer mucho
y es el tiempo fugitivo.»

Lara aquella mano toma,
que le ataja, y expresivo 850
en ella imprime los labios
y se da por convencido.

* * *

La monja se alza, y, severa:
«Señor don Juan, es preciso
-dice- no perder momento 855
y que se cumpla el designio
»con que os he dado esta cita,
a que habéis correspondido.
Vais a hacer un gran viaje
para hacerme un gran servicio. 860

»Y por ahorrarme palabras
y que sepáis por vos mismo
mis más ocultos secretos,
y la protección que exijo,
»abrid aquel grande armario; 865
no vaciléis, os suplico,
y ayudadme cual valiente:
abridlo, don Juan, abridlo.»

Subyugado por el tono
del mandato imperativo, 870
y por demostrar que nada
atemoriza su brío,
va don Juan, abre el armario,
y a sus pies cae, al abrirlo,
de un caballero el cadáver 875
con ricas ropas vestido.

Queda helado, queda mudo,
queda transformado en risco,
en tan espantoso objeto
los ojos clavados, fijo. 880

Cuando oyó la voz tremenda
de la monja, que el rugido
le parece de una tigre,
o de voraz hiena el grito,
que de este modo le explica 885
hallazgo tan imprevisto,
alumbrando con un rayo
aquel ciego laberinto.

* * *

«Ese objeto que os asombra
una víctima es, don Juan, 890
de su infame alevosía,
de su perfidia falaz.

»Un ejemplo de que nunca
hembras de mi calidad
los engaños y traiciones 895
sin venganza sufrirán.

»Con sus fingidas palabras,
ése, que no es nada ya,
logró rendir mi altiveza,
logró oprimir mi beldad, 900
«logró encender en mi pecho
un infierno, no un volcán;
y un gran pecho no se inflama
impunemente jamás.

»Mi amor, que era inapreciable 905
pagó con iniquidad,
y mis grandes sacrificios
con un engaño infernal.

»Ante Dios, en los altares,
con otra (que no es mi igual 910
en sangre ni en hermosura,
pero que en ventura es más)

»ligó su suerte, poniendo
entre él y yo, por su mal,
un insuperable monte, 915
un embravecido mar.

»Lloré, maldije, encontréme
de la muerte en el umbral,
que la violencia del golpe
me hundió en una enfermedad. 920

»Y por no ser el objeto
de la burla general,
de los sarcasmos del mundo,
de la charla popular,

»me encerré en estas paredes, 925
donde he sabido pasar,
preparando mi venganza,
tres largos años en paz.

»Y la he logrado. El aleve
vino por casualidad 930
de esta asoladora guerra
abrigo en Parma a buscar.

»Lo supe, todos sus pasos
hice perseguir sagaz,
el señuelo de un billete 935
atrajo su liviandad;

»y por esa tapia misma
que os abrió paso, don Juan,

y por el mismo camino
que os ha conducido acá, 940
 »cenó, cual vos, a esa mesa,
y a mi ruego pertinaz
brindó con vino de Chipre
como acabáis de brindar;
 »y en ese lecho una muerte 945
al instante tuvo, tan
espantosa, que aún me gozo
con su agonía final.
 »Encerrado en ese sitio
hace dos días está, 950
que falta de fuerza, en vano
lo he pretendido sacar.
 »En este terrible apuro
llegasteis, os vi galán,
enamorado, valiente, 955
al bien dispuesto y al mal;
 »y sabiendo que a mi hermana
habéis osado burlar
(asunto que para luego
suspendido quedará), 960
 »de todos mis planes juntos
vi cerca la realidad,
y hasta os trajo mi fortuna
tan cerca de aquí a morar.
 »Y os he llamado a mi celda 965
(cuando juzgabais, quizá,
que a ser dichoso en mis brazos),
un cadáver a enterrar.
 »Sus, al punto en vuestros hombros
esa carga colocad; 970
y si osáis mover la lengua
o hacer de no el ademán,
 »¡vive Dios!, que esta pistola,
áspid fiero de metal,
con su ponzoña o su fuego, 975
ceniza, nada os hará;
 »y en vez de uno habrá dos muertos,
que otro menguado a sacar,
enredado con mis artes,
cual ése y cual vos, vendrá.» 980

* * *

Aterrorizado Lara,
viendo a la furia o vestiglo
que le apunta una pistola,
pronta a vomitar el tiro,
 y sintiendo por instantes 985
un fuego lento en sí mismo
que le abrasa las entrañas,

que le turba los sentidos,
por salir al aire libre
de aquella celda o abismo, 990
donde del infierno juzga
escuchar los roncós gritos,
obedece, y en sus hombros
coloca el cadáver frío,
y sigue tras de la monja 995
acobardado y sumiso.

Romance Sexto

Algo más

Allá en un bajo terreno
de la huerta, hacia una punta
que tapias y matorrales
y espesos troncos ocultan; 1000
envuelta en su velo y manto
está la tal monja, o furia,
como aterrador fantasma,
de pie y con la boca muda.

En la mano una linterna 1005
tiene, que en sombras confusas
deja escondido su cuerpo,
y con luz de infierno alumbra
a sus pies, delante de ella,
una zanja o sepultura, 1010
que don Juan con una azada
está haciendo más profunda.

Se ve en uno de sus bordes
el cadáver, y resulta
un cuadro raro, espantoso, 1015
de un efecto que espeluzna.

Reina silencio profundo,
y solamente se escucha
el grave vuelo y los ayes
de una agorera lechuza, 1020
y los golpes de la azada
que entre la tiniebla oscura,
a la luz de la linterna
con vivas chispas relumbra.

* * *

Que sus fuerzas desfallecen, 1025
que su helada frente suda

siente don Juan, y el trabajo
harto espantoso apresura.

Cuando la monja bastante
el hoyo a su intento juzga, 1030
la linterna levantando
sus luces derrama astuta
de don Juan en el semblante,
para examinar si alguna
señal da ya del efecto, 1035
que por momentos calcula.

Y algo vio, pues presurosa
dijo: «Ya es harto profunda
la huesa; echad el cadáver,
y que esa tierra lo cubra.» 1040

Y la linterna dejando
sobre la hierba, le ayuda
con los pies y con las manos
a llenar la sepultura.

Y así que quedó el terreno 1045
igual, sobre él acumula
hojas, ramajes y piedras
que el fresco trabajo encubran.

* * *

Encarando nuevamente
la luz a la faz adusta 1050
de don Juan, lo que esperaba
advirtió en ella sin duda.

Pues con satánica risa:
«¿Estáis cansado?», pregunta.
Lara contestarla quiere, 1055
mas la lengua se le anuda.

La monja, reconociendo
que el habla le dificulta
ya el estertor, que lo ahoga,
urgir los momentos juzga. 1060

Ya ve sus planes cumplidos,
y que ya nada aventura
con quien está que no puede
revelar cosa ninguna.

Y la linterna soltando, 1065
saca, amartilla y apunta
a don Juan una pistola,
y estas palabras pronuncia:

«Cumplisteis con vuestro empeño,
yo con mi venganza justa, 1070
pues al alevoso encierra
el secreto de esta tumba.

»Y también está vengada
mi hermana infeliz, que nunca
sin venganza se han quedado 1075

las hembras de nuestra alcurnia.

»Ahora, marchad; salid luego
por do entrasteis en mi busca.
Salid, a tener descanso
de tan laboriosa angustia.» 1080

En tanto que aquesto dice
a que se mueva le ayuda,
que ya es llegado el momento
y la detención le asusta.

Lara, de quien los sentidos 1085
se confunden y se turban,
de quien se traba la lengua,
de quien los oídos zumban,
anhela tan solamente
alejarse de tal furia 1090
y salir de aquel infierno
en donde un monte lo abruma.

De una horrenda pesadilla
ser presa se le figura,
y por despertarse de ella 1095
el desventurado lucha.

* * *

Tropezando en cada mata,
y por más que lo procura,
sin que en gritar le obedezca
la lengua helada y convulsa, 1100

más que ayudado, arrastrado
por la monja furibunda,
hacia el lugar consabido,
entre las sombras oscuras,

llega al ciprés. La escalera 1105
está en la tapia. Con suma
fatiga sube; su guía
con brazos y hombros le ayuda.

Y al verlo sobre la barda
así en ronca voz lo insulta, 1110
retirando la escalera
con la que a don Juan empuja:

«Sabed, menguado, que el vino
de Chipre que tanto os gusta,
con el agua de Tofana 1115
se confecciona y se endulza.»

* * *

Lara a la parte de afuera
por la tapia se derrumba,
cae a la calle, arrastrando
andar por ella procura. 1120

Tardamente lo consigue,
entre visiones confusas,
devorado de dolores

que el cuerpo le descoyuntan;
abrasadas las entrañas, 1125
porque ya sólo circula
fuego en sus venas. Al cabo
llega con fatiga mucha,
do el soñoliento asistente
le espera, sin que presuma 1130
de dónde viene su amo,
ni qué es lo que le atribula.
Que de alguna francachela
ebrio sale, se figura,
como suele, y lo levanta, 1135
sin susto, por darle ayuda.
Alzó un cadáver... La monja
en calcular era ducha
la maldita agua Tofana,
invención que Dios confunda. 1140

Bailén

Tres romances: I, 108 versos en á-a; II, 120, ó-o y III, 186, ú-o.

Aunque la fecha es de Sevilla, el 3 de agosto de 1839, veinticinco años después de terminada la guerra de la Independencia, Rivas canta la victoria de Bailén con el mismo entusiasmo patriótico y el mismo sentimiento antinapoleónico y antifrancés de los años mozos.

No ha existido crítico que gustase de este romance con excepción de Cueto, el cual, sin embargo, advertía que estaba «frisando en la oda»; para Juan Valera, tanto éste como los de Pavía no pasaban de ser intentos épicos de corto vuelo.

En efecto, Bailén se quedó a medio camino entre la simple narración y el canto heroico, abunda en los mismos clichés neoclásicos que usaba Rivas durante su juventud y, lo que es peor, se nos antoja trasnochado después de haberse escrito tantos himnos a la Libertad, denuestos contra la Tiranía y cantos patrióticos de todo tipo.

Al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños,
Duque de Bailén.

Romance Primero

Sevilla

A la capital risueña
de la andaluza comarca,
que Hércules fundó de Betis
sobre las fecundas aguas,
la que cercó Julio César 5
de muros y torres altas,
la que ganó San Fernando
con Garci-Pérez de Vargas;
a la opulenta Sevilla,
la del encantado alcázar 10
la del magnífico templo,
la de la torre gallarda,
emporio de la riqueza,
de claros ingenios patria,
y que en los brazos dormía 15
de la paz y la abundancia,
llega de cálido polvo
dejando en pos nube blanca,
que los caños de Carmona
a la vista borra y tapa, 20
un anhelante correo
en una sudosa jaca,
cuyo ijar la espuela rompe
y a quien da un látigo alas.
El rostro como de azufre, 25
los ojos como de brasa,
demuestran que es mensajero
de peligros y desgracias.

* * *

En corto momento esparce
nuevas de tal importancia, 30
vértigo tan repentino
y tan mágicas palabras,
que la ciudad toda altera,
que la ciudad toda alarma;
y la dormida laguna 35
en mar borrascoso cambia.
Súbito clamor confunde
las antes tranquilas auras,
y agitado el pueblo inmenso
hierva en las calles y plazas. 40
Plebeyos, nobles y grandes,

canónigos, hombres de armas,
frailes, doctores, artistas,
traficantes y garnachas,
sólo un cuerpo humano forman 45
donde sólo vive un alma,
que un solo afán precipita
y que un solo grito lanza.

No hay ya opuestos intereses,
no hay ya clases encontradas, 50
no hay ya distintos deseos,
no hay ya opiniones contrarias,
ni más pasión que la ira,
ni más amor que la patria,
ni más anhelo que guerra, 55
ni más grito que «¡venganza!»

* * *

Palacios, talleres, templos,
conventos, humildes casas,
academias, tribunales,
lonjas, oficinas, aulas, 60

Tórnanse en cuartel inmenso,
donde sólo crujen armas,
sólo retumban tambores,
sólo se alistan escuadras.

Plumas, estevas, ciriales, 65
pesos, báculos y varas,
y hasta abanicos y agujas
se convierten en espadas.

En «guerra y muerte» terminan
de los templos las plegarias. 70
Terminan en «guerra y muerte»
los procesos y contratas.

En «guerra y muerte» concluyen
de amor las dulces palabras,
y desde el sabio discurso 75
hasta las vulgares charlas.

«¡Vamos a matar franceses!»
prorrumpe con fiera audacia
turba de inocentes niños,
que hace fusiles de caña. 80

«¡Vamos a matar franceses!»
dice el anciano, que arrastra,
del báculo con la ayuda,
de un siglo entero la carga.

«¡Vamos a matar franceses!» 85
grita el joven, que la espalda
del potro indómito oprime
blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,
la gigantesca Giralda, 90

con lengua de eterno bronce,
cuya voz seis leguas anda,
 al huracán ensordece,
sobrepuja a las borrascas,
conmueve la baja tierra, 95
y el firmamento traspasa,
 «Guerra» pregonando al mundo,
a «guerra» convoca y llama
a toda la Andalucía,
a toda la extensa España. 100
 Y ciñe la erguida frente,
al llegar la noche opaca,
de una corona de hogueras,
que viento y lluvias no apagan;
 bandera del fuego santo 105
que se ha encendido a sus plantas,
cráter del volcán tremendo,
que en la gran Sevilla estalla.

Romance Segundo

La agresión

De oro, de hierro, de barro,
inmensurable coloso, 110
la frente en las altas nubes,
el pie en los abismos hondos;
 de infierno, de cielo y tierra,
un incomprensible aborto,
un prodigioso compuesto 115
de ángel, de hombre y de demonio,
 alzó de Francia perdida,
con su brazo portentoso
para en él tomar asiento
el despedazado trono, 120
 ídolo de doce siglos,
y de cien monarcas solio,
que desaparecer vio el mundo
terrorizado y absorto,
 cuando crímenes, virtudes, 125
pasiones, furias, enconos,
saber, ignorancia, errores,
héroes, gigantes y monstruos,
 de sangre en un mar lo ahogaron,
y bajo un monte de escombros 130

lo sepultaron y hundieron
con universal trastorno.

Alzóle pues (para tanto
Dios le dio fuerzas a él solo)
y aun juzgó para su mole 135
pedestal tan grande poco.

Y desde él mandaba el mundo,
llevando de polo a polo
de tempestades armada
la fuerte mano a su antojo, 140
con un millón de soldados
a quienes él daba el soplo
de vida, y con su gran nombre
un talismán prodigioso;
con un ceño de su frente, 145
con un volver de su rostro,
desparecían imperios
y se trastornaba el globo.

* * *

Este portento, este numen
de bien, de mal, de uno y otro, 150
tornó al tranquilo Occidente
los asoladores ojos.

Y vio a la fecunda España,
la cosechera del oro,
quemando en su altar inciensos, 155
por su gloria haciendo votos,
en actitud tan humilde,
de entusiasmo en tal arrobo,
que era poderosa ayuda,
sin poder ser nunca estorbo; 160
y de amiga bajo el nombre
tan adoradora en todo,
que sangre, riqueza, fama
juzgaba holocausto corto.

Mas prevaleciendo acaso 165
en el pecho del coloso
la parte aquella de infierno,
y la maldad de demonio,
gritó: «Yo no quiero amigos,
porque esclavos quiero sólo; 170
¿cómo aún está enhiesta España?...
póngase ante mí de hinojos.

»Bese mi soberbia planta,
hunda la frente en el polvo,
y el palacio de sus reyes 175
de escabel sirva a mi trono»,
dijo, y de armas y guerreros,
por el Pirene fragoso,
torrente tremendo baja

al hispano territorio. 180

* * *

Tal vez la celeste parte
le dio a conocer de pronto
que iba a despertar leones
con armígero alboroto.

Y la otra parte mezquina 185
de hombre, tierra, fango y lodo
le decidió a usar del fraude,
de la perfidia y del dolo.

Enmascaró sus legiones,
dio mentido aspecto al rostro, 190
vistió de oliva las armas,
llamó tierno amor al odio;

y cuando en abrazo inicuo
ahogó traidor y alevoso
a los príncipes incautos, 195
que en él buscaron apoyo,

y del regio Manzanares
en el coronado emporio
en exterminio el halago,
la oliva tornó en abrojos, 200

hospitalidad, caricias,
bendiciones y tesoros
pagando con hierro, muerte,
incendios, estupros, robos,
se derramaron sus huestes 205
a asegurar el despojo,
a encadenar toda España,
juzgando vencido todo.

Y ya de Sierra Morena
humillan con fiero gozo 210
la alta cerviz, y registran
con desvanecidos ojos

de Guadalquivir fecundo
los encantados contornos,
a que preparan insanos 215
la esclavitud y el oprobio.

Y aparecen a lo lejos
tan aterradoras como
la encapotada tormenta,
que en alas del viento ronco, 220

de ardientes rayos preñada
anuncia con truenos sordos
que a asolar viene los campos
y las riquezas de agosto.

He aquí la angustiosa nueva 225
y el conjunto que de pronto
causó en la noble Sevilla
tan impensado trastorno.

Romance Tercero

La victoria

¡Bailén!... ¡Oh mágico nombre!
¿Qué español al pronunciarlo 230
no siente arder en su pecho
el volcán del entusiasmo?

¡Bailén!... La más pura gloria
que ve la historia en sus fastos
y el siglo presente admira, 235
sentó su trono en tus campos.

¡Bailén!... En tus olivares
tranquilos y solitarios,
en tus calladas colinas,
en tu arroyo y en tus prados 240

su tribunal inflexible
puso el Dios tres veces santo,
y de independencia eterna
dio a favor de España el fallo.

* * *

«Incline la tierra 245
su mísera frente
al omnipotente
de Francia señor.

¡Viva el Emperador!

»Es Dios de la guerra, 250
y, de polo a polo
su brazo tan sólo
será el vencedor,

¡Viva el Emperador!

»Segura tenemos 255
aquí la victoria,
sin riesgo, sin gloria,
pero rica asaz.

»Marchemos, gocemos
las grandes riquezas 260
e insignes bellezas
de España feraz.

»¿A Francia gloriosa
quién hay que lo estorbe?
Rendido está el orbe 265
a su alto valor.

¡Viva el Emperador!

»Su ley poderosa
la España reciba.
Avancemos. ¡Viva 270
de Francia el señor!
¡Viva el Emperador!»
Así en infernales voces
los invencibles, que hollaron,
sembrando exterminio y muerte, 275
la Europa del Neva al Tajo,
las silenciosas cañadas
y los fecundos collados
de Bailén, al sol naciente
con gozo infernal turbaron, 280
de clarines y tambores
de armas, cañones y carros,
relinchos y roncós gritos
tormenta horrenda formando;
mas sin saber que una tumba 285
era el espacioso campo
por donde tan orgullosos
osaban tender el paso.
* * *

De repente de la parte
del Sur, el viento les trajo 290
rumor de armas y de hombres
y los ecos de este canto:
«Ya despertó de su letargo
de las Españas el león,
antes morir que ser esclavos 295
del infernal Napoleón.

»¡Viva el rey, viva la patria
y viva la religión!»

Y aparecen los guerreros
del Guadalquivir preclaro, 300
sin pomposos atavíos,
sin voladores penachos.

La Justicia de su parte
y la razón de su bando,
con Dios en los corazones 305
y con el hierro en las manos;
y aunque en la guerra bisoños,
y aunque con orden escaso,
llevan resuelto a su frente
al valeroso Castaños. 310

Los fieros debeladores,
de la Europa asombro y pasmo,
los fuertes, los invencibles
de mil triunfos coronados,
de limpio acero vestidos, 315
con oriental aparato,

de oro y dominio sedientos,
de orgullo bélico hinchados,
y teniendo a su cabeza
la sien ceñida de lauros 320
a Dupont, caudillo experto,
duro azote del germano,
ven con desdén y desprecio
como a inocente rebaño,
que al matadero camina 325
y piensa que va a los prados,
una turba que ha dos meses
en el taller y el arado,
ni cargar una escopeta
era posible a sus manos. 330

Y en carcajadas de infierno
y en burladores sarcasmos
prorrumpen, y furibundos
al fácil triunfo volaron.

* * *

¡No tan fácil! Bramadoras 335
las ondas del Océano
del huracán empujadas
tienden el inmenso paso.

Raen las arenas profundas
de los abismos, al alto 340
firmamento, entumecidas,
van a encontrar a los astros.

Tragan voraces y rompen
y aniquilan todo cuanto
pone a su furor estorbo, 345
pone a su curso embarazo.

Y en la humilde y blanda arena
o en el informe peñasco
donde el dedo del Eterno
escribe: «Hasta aquí», pedazos 350

se hace su furia espantosa,
se estrella su orgullo insano,
y en espuma roto vuela
su poder, del orbe espanto.

«El español ardimiento, 355
su fe viva, su entusiasmo
sean la meta del coloso»,
pronunció de Dios el labio.

Y lo fueron. Los valientes
de luciente acero armados, 360
los granaderos invictos,
los belígeros caballos,
los atronadores bronces
y los caudillos bizarros,
que las elevadas crestas 365

de Mont-Céni y San Bernardo
camino fácil hicieron,
que las ondas humillaron
del Vístula y del Danubio,
del Mosa, del Rin y el Arno, 370
no pueden la mansa cuesta
trepar del collado manso
de Bailén ni al pobre arroyo
del Herrumbral hallar vado.

Y los que mares de fuego 375
intrépidos apagaron,
y muros de bayonetas
hundieron con un amago,
del español patriotismo
a los encendidos rayos, 380
al hierro de los bisoños,
al tiro de los paisanos

no osan resistir. Desmayan
y se fatigan en vano;
retroceden, se revuelcan 385
en tierra hombres y caballos;

y las águilas altivas
humillan el vuelo raudo
ensangrentadas sus plumas,
hasta perderse en el fango. 390

Y rendidas las legiones,
que al Universo humillaron,
encadenadas desfilan,
vuelta su gloria en escarnio,

Ante turba que ha dos meses 395
en el taller y el arado
ni cargar una escopeta
era posible a sus manos.

* * *

«¡Viva España!», gritó el mundo,
que despertó de un letargo. 400
Al grande estruendo apagóse
en el firmamento un astro.

Y al tiempo que, ante las plantas
del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendía 405
y de sus sienas el lauro,

desde el trono del Eterno
dos arcángeles volaron:
uno, a dar la nueva al polo
su nieve en fuego tornando; 410

otro, a cavar un sepulcro
en Santa Helena, peñasco
que allá en la abrasada zona
descuella en el Océano.

Sevilla, 1839.

La vuelta deseada

Dos romances: I, 112 versos en í-a; II, 196, é-o. Total, 308 versos.

No hay datos seguros sobre el lugar y fecha de composición de este romance, uno de los cinco publicados en 1834, y que, como «El sombrero», conserva el sabor de los tiempos en el exilio²⁶. Andan de por medio «cartas trazadas con llanto, / cartas con el alma escritas» en seis años de emigración, y también vuelve un hombre en busca de su amada. El final tiene fuerte colorido romántico: el cadáver de este hijo del siglo, emigrado y amante, flota Guadalquivir abajo, «a la luz de escasa luna», camino del olvido²⁷.

Tanto Menéndez Pelayo como Pedro Salinas advirtieron el papel precursor de Meléndez Valdés con sus romances de «Doña Elvira»²⁸ y la situación no deja de tener cierta semejanza: la misma mezcla de recuerdos, deseos y temores; con los malos agüeros y el desastrado final.

Romance Primero

Entre aquellos olivares
que Torreblanca domina
y ciñen de un lado y otro
el camino de Sevilla,
 por un atajo atraviesa, 5
para llegar más de prisa,
una carretela verde
con una gran baca encima;
 toda cubierta de barro,
tableros, muelles y viga, 10
de barro seco y reciente
y de tierras muy distintas.
Cuatro andaluces caballos,
que en torno lodo salpican,
en humo y sudor envueltos 15
de ella presurosos tiran.
Y del postillón las voces
con que los nombra y anima;
del látigo los chasquidos,
que los acosan y hostigan; 20
 el son de los cascabeles,
y el de las ruedas que giran

rápidas, tras sí dejando
dos huellas no interrumpidas;
forman estruendo confuso, 25
y que viene posta avisan
a los carros y arrieros
que hacia un lado se desvían.

Dentro de la carretela
un hombre aún joven camina, 30
que revuelve a todos lados
la desencajada vista.

Es Vargas: alegre torna
de su patria a las delicias
después de vagar seis años 35
emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla
en cuantos objetos mira,
y en árboles, tapias, lindes,
dulces memorias antiguas; 40

lo pasado y lo presente
anudando va, y delira
entre esperanzas risueñas
y entre ya pasadas dichas.

* * *

Trastornos, persecuciones, 45
desventuras, injusticias,
en sus más floridos años
le arrancaron de Sevilla,
abandonando riquezas,
hombres, nombre y familia, 50
y dejándose allí el alma
en el pecho de Jacinta.

Jacinta, encanto y adorno
de toda la Andalucía;
y por sus luengas pestañas, 55
por su apacible sonrisa,
por los graciosos hoyuelos
que avaloran sus mejillas,
por su cuerpo primoroso
y por sus formas divinas, 60
por su gracia y su talento,
y su modestia expresiva,
el hechizo de los hombres,
de las mujeres la envidia.

Dieciséis años contaba, 65
cuando Vargas, ¡alta dicha!,
logró conmover su pecho
y agitar su alma sencilla;
al par que el amable joven
ardió en la pasión más viva, 70
al mirar a una doncella

tan inocente y tan linda,
En sus puros corazones
creció desde la hora misma,
y el trato y correspondencia 75
acrecentó en pocos días

un primer amor de aquellos
que las estrellas combinan,
amor que de dos personas
el Destino eterno fija. 80

En los lazos de himeneo
a unirse dichosos iban
con el aplauso felice
de sus contentas familias;
cuando se alzó tronadora 85
la borrasca embravecida
que, ¡infelices!, confundiólos
del infortunio en la sima.

* * *

Seis años, ¡oh cuán eternos!,
Vargas por tierras distintas 90
huyó infelice, luchando
del Destino con las iras,

sin encontrar de consuelo
ni de esperanza mezquina,
un solo sueño de noche, 95
un solo rayo de día.

Las extranjeras beldades
estatuas le parecían,
las ciudades opulentas
que el orbe orgulloso admira, 100

desiertos... ¡Ay!, pero puede
feliz llamarse en sus cuitas,
venturoso en su destierro,
afortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia 105
en el pecho de Jacinta,
que la distancia y el tiempo
al que es verdadero, afirman.

De cuando en cuando se cruzan
papeles que lo acreditan, 110
cartas trazadas con llanto,
cartas con el alma escritas.

Romance Segundo

Todo en el mundo es mudable,
ni el bien ni el mal son eternos;

la apacible primavera 115
sigue al riguroso invierno;
a la oscura noche el día
y a la borrasca que al cielo
empañó con densas nubes
y asustó con rudos truenos, 120
la calma serena y pura.
Así suelen a los tiempos
de desventuras y llantos
seguir de paz y consuelo.
Del Rin en la orilla helada, 125
abrumado de sí mismo,
Vargas proscrito gemía
su fortuna maldiciendo;
cuando noticias recibe
de que la patria le ha abierto 130
las puertas..., júzgalo, absorto,
ilusión de su deseo;
mas Jacinta se lo escribe,
y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta..., de la madre 135
de Jacinta..., que al momento
vuele a Sevilla, le ruega,
en donde dará himeneo,
el día de su llegada,
a tan constante amor premio. 140
* * *

No la paloma, que presa
llora en doloroso encierro,
si acaso un resquicio mira,
tiende apresurado el vuelo
hacia el palomar y nido, 145
en donde vio el sol primero;
ni el torrente, a quien contuvo
el malecón interpuesto,
en cuanto lo encuentra roto,
se arroja a su antiguo lecho, 150
y por él se precipita
hacia la mar, que es su centro,
tan veloces como Vargas
corre, sin tomar resuello,
a Sevilla; los instantes 155
son para él siglos eternos.
Montes, llanuras, ciudades,
ríos, Estados diversos
atrás deja, y los caballos
de tardos acusa y lentos. 160
Ya salva las altas cumbres
del nevado Pirineo;
entra en España, ya escucha

la lengua de sus abuelos
¿Qué importa? Ni un solo instante 165
retarda su raudo vuelo.
Halla a cada paso amigos,
halla intereses y deudos;
no se para, corre, corre,
que tiene en Sevilla puesto 170
su afán y hasta que descubra
la Giralda no hay sosiego.
* * *

Apenas ha quince días
que en las márgenes del Reno
de su Jacinta la carta 175
leyó, juzgándolo sueño,
y los caños de Carmona
ve a su siniestra creciendo,
y al frente la antigua puerta,
para él la puerta del Cielo. 180

Cualquiera mujer que mira
en mantilla y de paseo,
que es Jacinta que le espera,
juzga, y le palpita el pecho.

Al llegar se desengaña 185
y en otra que ve más lejos...
Jacinta fuera de casa
está, sí; sale a su encuentro.

Era en punto mediodía;
entra por fin, y molestos 190
los guardas el carruaje
detienen corto momento.

Los maldice y les da oro,
porque le detengan menos;
«corre»; al postillón le grita, 195
y torna a marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles
echa pestes y reniegos
a cada lenta carreta,
a cada corro interpuesto, 200
que a templar el paso obliga
de los caballos ligeros,
y anheloso a verse llega
de la ciudad en el centro.

* * *

Oye de fúnebres cantos 205
el triste son desde lejos;
se aproxima, y por la calle
que va a tomar, un entierro
pasa. Con hachas de cera,
pobres, vestidos de negro, 210
van de dos en dos; los siguen

las cofradías; a lento
paso un féretro se acerca,
de un blanco paño cubierto,
con una palma y corona 215
de blancas flores... Agüero
terrible, que es de doncella
principal y de respeto
el funeral le parece...
Hierva taciturno el pueblo 220

en derredor. Manda Vargas,
turbado con tal encuentro,
que tome por otra calle
al postillón. Revolviendo
éste los caballos, torna 225
por un callejón estrecho,
y a la calle ansiada llega
después de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones
está, mostrando en sus gestos 230
sorpresa de que en tal día
llegue a la casa un viajero.

* * *

Párase la carretela;
la puerta está abierta, yermos
el ancho portal y el patio; 235
reina en la casa el silencio.

De un salto Vargas se apea,
corre a la escalera presto,
de ella por un lado y otro
de cera advierte un reguero 240
reciente. Veloz la sube,
abre la mampara... ¡Cielos!
Colgada está la antesala
en redor con paños negros.

Enlutada una gran mesa 245
mira colocada en medio,
y en sus cuatro ángulos arden,
sobre cuatro candeleros
de plata, cándidas velas
consumidas casi; el suelo 250
cubren deshojadas flores,
siempre vivas y romero.

¡Dios!... ¡Pobre Vargas! Absorto,
sin voz, sin alma y en hielo
convertido, ni respira. 255
Ojos cual los de un espectro
gira en derredor; se ahoga
sin respiración su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
oye llorar allá dentro; 260

cuando se abre lentamente
una puerta que, al momento,
se cierra, y un sacerdote,
que por ella sale, lleno
de lágrimas el semblante 265
(de dar en vano consuelo
viene a una madre infelice),
queda inmoble a Vargas viendo;
Vargas le mira, y no alienta;
mas tras de breve silencio, 270
rompe al cabo, y le pregunta
con un angustiado esfuerzo:
«¿Dónde está?» Quedóse helada
su lengua. Fáltale aliento
al turbado sacerdote, 275
y con agitado aspecto
alza el rostro, y levantando
la diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
un alarido de infierno; 280
huye veloz; la escalera
baja delirante, ciego;
nada ve, corre cual loco
por las calles, y muy presto
desaparece. En Sevilla 285
la noticia cunde luego
de su llegada; le buscan
sus amigos y sus deudos.
Todo, todo en vano; algunos
dan señas de que le vieron 290
junto a la Torre del Oro,
cuando el sol ya estaba puesto.

* * *

En un remanso, que forma
el Guadalquivir, no lejos
de Gelves, a las dos noches 295
unos pescadores vieron,
a la luz de escasa luna,
de un joven ahogado el cuerpo
vestido aún. Procuraron,
compasivos, recogerlo; 300
pero al llegar con la barca
y al agitar con los remos
el agua, veloz corriente
llevó el cadáver. Suspensos
Siguiéronle un corto rato 305
con los ojos, y muy presto
fue leve punto en las aguas,
y de vista lo perdieron.

El sombrero

Tres romances: I, 140 versos en á-a; II, 84 en é-o; III, 108 en é-a.

Total, 332 versos.

Compuesto probablemente en Tours en 1833 y publicado un año después en la primera edición de *El moro expósito*. Tres romances, «La tarde», «La noche» y «La mañana», ilustran la historia de una esperanza ilusionada al principio, combatida luego y trágicamente disipada con el amanecer.

Este romance, que es uno de los más logrados del autor, tiene por escenario las playas andaluzas cercanas al Peñón. Sabido es que en Gibraltar buscaban asilo los españoles perseguidos por sus ideas políticas y cómo don Ángel Saavedra se refugió allí en varias ocasiones.

Mar y cielo son barrunto de una tempestad que se prepara al anochecer, estalla en la oscuridad y cesa con la mañana, paralelamente a las esperanzas de Rosalía. La acción está sustituida por la conmoción de la naturaleza, las velas del guardacostas, un toque de ánimas agorero y aquel ruido de cañonazos que culminan con el sombrero traído por las aguas. La playa queda vacía; la calma y la soledad indican la tragedia mejor que cualquier descripción. El mar ha sido «lecho nupcial» de un hombre y una mujer constantes hasta la muerte.

Junto con «La vuelta deseada» y «El cuento de un veterano», Valera clasificó este romance como «de pura fantasía» y sus protagonistas, gente particular, de clase media o humilde, le recuerdan la Evangelina de Longfellow y Herman y Dorotea de Goethe, aunque da prioridad a los romances por su mayor fuerza dramática. «El sombrero» -escribe- podría servir de modelo al pequeño poema,

donde el terror trágico, la compasión y el interés profundo por desventuras y afectos humanos no se infundan en el ánimo del lector con disertaciones y lamentaciones líricas sino con la sencilla narración de hechos atinadamente referidos, ordenados y puestos de realce²⁹.

Y tras citar a Cañete, para quien tanto «La vuelta deseada» como «El sombrero» no eran más que «historias dulcemente melancólicas», Azorín afirma que «no ha hecho Rivas nada más honda y desesperadamente trágico que esos romances»³⁰.

Romance Primero

La tarde

Entre Estepona y Marbella
una torre fulminada,
hoy nido de aves marinas
y en otro tiempo atalaya,
corona con sus escombros 5
una roca solitaria,
que se entapiza de espumas
cuando las olas la bañan.

A la derecha se extiende
una humilde y lisa playa, 10
cuyas menudas arenas
humedece la resaca;

y oculta entre dos ribazos
forma una escondida cala,
abrigo de pescadoras 15
o contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,
mientras lento declinaba
a ponerse un sol de otoño
entre celajes de nácar; 20

estando el viento adormido,
la mar blanquecina en calma,
y sin turbar el silencio
de las voladoras auras,

sino el grito de un milano 25
que los espacios cruzaba,
y los de dos gaviotas,
cuyo tálamo era el agua;

la divina Rosalía,
la hermosa de la comarca, 30
fugitiva y anhelante
llegó, sudosa y turbada.

* * *

Su gentil cabeza y hombros
cubre un pañolón de grana,
dejando ver negras trenzas, 35
que un peine de concha enlaza;

y de seda una toquilla,
azul, rosa, verde y blanca,
que las formas virginales
del seno dibuja y guarda. 40

Su gallardo cuerpo adorna
de muselina enramada
un vestido; con la diestra
recoge la undosa falda,
y el pie primoroso y breve, 45
que apenas su huella estampa
en la movediza arena,

más limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene
un envoltorio de nada, 50
cubierto con un pañuelo,
do el jalde y rojo resaltan.

¡Inocente Rosalía!

¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino, 55
lleno de vida y de gracia,

desencajado se muestra!

¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...
Está haciendo, bien se advierte,
un grande esfuerzo su alma. 60

Sí, los ojos brilladores,
los ojos que tienen fama
en toda la Andalucía,
por su fuego y sus pestañas,
en el peñón, que lejano 65
apenas se dibujaba
entre la neblina (seña
de mudarse el tiempo), clava.

Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas 70
queman; un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento;
luego, de pronto, la cara
vuelve a Estepona, temblando; 75
juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!
mas ¿qué importa? Otra, más alta,
más fuerte, más poderosa,
desde Gibraltar la arrastra. 80

* * *

En el peñasco asentóse,
de la hundida torre basa;
miró en torno, y de su seno
sacó y repasó esta carta:

«Sí, mi bien; sin ti la vida 85
me es insoportable carga;
resuélvete, y no abandones
a quien ciego te idolatra.

»Contigo nada me asusta,
sin ti todo me acobarda; 90
mi destino está en tus manos;
ten resolución, y basta.

»Resolución, Rosalía;
cúmpleme, pues, tus palabras;
no tendrás que arrepentirte, 95
te lo juro con el alma.

»En cuanto venga la noche,
volveré sin más tardanza
al sitio aquel que tú sabes,
en una segura lancha. 100

»Espérame, vida mía;
si no te encuentro, si faltas,
ten como cierta mi muerte.
Corro al momento a la plaza
»de Estepona, allí pregono 105
mi proscrito nombre, y paga
de mi amor será un cadalso
delante de tus ventanas.»

Se estremeció Rosalía,
no leyó más, y borran 110
sus lágrimas abundantes
las letras de aquella carta.

Llévala a los labios fríos,
la estrecha al seno con ansia
mira al cielo, «Estoy resuelta», 115
dice, y se consterna y calla.

* * *

Torna al peñón (que parece
una colosal fantasma
con un turbante de nubes,
de nieblas con una faja) 120

la vista otra vez. La extiende
por la mar, que, muerta y llana,
fundido oro se diría
del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto 125
que se mueve a gran distancia;
ya se muestra, ya se esconde.
¿Será?... ¡Oh Dios!... ¿Será?... La escasa

luz del crepúsculo todo
lo confunde, borra y tapa. 130

Con los ojos Rosalía
los resplandores, que aún marcan
la línea del horizonte,
sigue. Una nube la espanta,
que por el Sur aparece, 135
oscura y encapotada;

y aún más el ver acercarse
por allí dos velas blancas,
cuyas puntas ilumina
del sol ya puesto la llama. 140

La noche

Entró la noche; con ella
despertándose fue el viento,
y el mar empezó a moverse
con un mugidor estruendo.

Las nubes entapizando 145
el oscuro y alto cielo,
la débil luz ocultaban
de estrellas y de luceros.

No había luna; densas sombras
en corto rato envolvieron 150
tierra y mar. De Rosalía
ya desfallece el esfuerzo.

Arrepentida, asombrada,
intenta... No, no hay remedio.
Cierra los ojos, e inclina 155
la cabeza sobre el pecho.

La humedad la hiela toda,
corto abrigo es el pañuelo;
tiembla de terror su alma
tiembla de frío su cuerpo. 160

Si cualquier rumor la asusta,
más sus mismos pensamientos,
pues ni uno solo le ocurre
de esperanza o de consuelo.

Las velas que ha divisado 165
cuando el sol ya estaba puesto
la atormentan, la confunden.
¡Las ha conocido, cielos!

Son, sí, las del guardacosta,
jabeque armado y velero, 170
terror de los emigrados,
de contrabandistas miedo.

* * *

¡Infelice Rosalía!...
A las ánimas de lejos
tocar las campanas oye 175
de la torre de su pueblo.

¡Oh, cuánto la sobresaltan
aquellos amigos ecos!
Parécele que son voces
que la nombran. Gran silencio 180

reinó después largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
llegan a besar la peña,
de Rosalía los tiernos

pies mojan..., y no lo advierte; 185
clavada está. Los destellos
de la espuma que se rompe,
secas algas revolviendo,
la deslumbran. De continuo
la reventazón inciertos, 190
fugitivos grupos blancos
le ofrecen del mar en medio,
cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
y la proa de un esquife 195
las causan... ¡Vanos deseos!

* * *

Así pasó largas horas,
cuando un lampo ve de fuego
en alta mar, y en seguida
oye al cabo de un momento 200
¡poumb!... y retumbar en torno
como un pavoroso trueno,
que se repite y se pierde
de aquella costa en los huecos.

Ve pronto hacia el lado mismo 205
otros dos o tres pequeños
fogonazos; mas no llega
el sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada
«¡Poumb!», otra vez... ¡Dios! ¿Qué es esto? 210
Repitiéndose perdióse
este son como el primero.

No hubo más; creció furioso
el temporal, y más recio
sopló el sudoeste; las olas 215
de Rosalía el asiento

embisten, de agua salobre
la bañan; estar más tiempo
no puede allí, busca abrigo
de la torre entre los restos. 220

La lluvia cae a torrentes,
parece que tiembla el suelo;
dijérase ser llegada
ya la fin del Universo.

Romance Tercero

La mañana

Raya en el remoto oriente 225
una luz parda y siniestra;
a mostrarse en vagas formas
ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
ofrece Naturaleza, 230
las olas, como montañas,
movibles y verdinegras
se combaten, crecen, corren
para tragarse la tierra,
ya los abismos descubren, 235
ya en las nubes se revientan.

Rómpense en las altas rocas,
alzando salobre niebla,
y la playa arriba suben,
y luego a su centro ruedan 240
con un asordante estruendo;
silba el huracán, espesa
lluvia el horizonte borra,
y lo confunde y lo mezcla.

* * *

La infelice Rosalía, 245
toda empapada, cubierta
con el pañolón mojado,
que o bien la ciñe y aprieta,
o, agitado por el viento,
le azota el rostro y flamea, 250
volando ya desparcidas
fuera de él las negras trenzas;
falta de aliento, de vida,
el alma rota y deshecha,
asida de los sillares, 255
se aguanta inmóvil y yerta.

Aparición de otro mundo,
Sílfide, a quien maga artera
cortó las ligeras alas,
la juzgaran si la vieran. 260

Tiende espantados los ojos
por el caos; nada encuentra
que socorro o que consuelo
en tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola, 265
que tronadora se acerca,
entre las blancas espumas
envuelve una cosa negra;
de ella no aparta los ojos,
ve que en la playa se estrella, 270
que al huir deja un sombrero
rodando sobre la arena

y una tabla. Rosalía
salta de las ruinas fuera
corre allá, mientras las olas 275
se retiran. No la aterra

otra mayor, que se avanza
más hinchada, más soberbia.
Ve en el madero lavado
los restos de sangre fresca... 280

Coge el sombrero... ¡Infelice!
Lo reconoce... las fuerzas
le faltan, cae, y al momento
precipítase sobre ella
una salobre montaña 285
que la playa arriba entra,
y rápida retrocede,
no dejando nada en ella.

* * *

Cual si dar tan sólo objeto
de la borrasca tremenda, 290
lecho nupcial en los mares
a dos infelices, fuera,
a templar su furia ronca
los huracanes empiezan,
bajan las olas, la lluvia 295
se disminuye, y aun cesa.

Rómpese el cielo de plomo,
y por pedazos se muestra
el azul, que ardientes rayos
de claro sol atraviesan. 300

Ya se aclara el horizonte;
por el lado de la tierra,
fórmanlo azules colinas,
que aún en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura, 305
movible, la forma y cierra
del lado del mar, y asoma
la claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,
aunque es la resaca recia, 310
orna al mundo la esperanza
de prolongar su existencia.

* * *

En esto una triste madre
y un tierno hermanillo llegan,
buscando a su Rosalía, 315
a aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,
muertos de cansancio y pena,
tienden en redor los ojos,
y nada, ¡oh martirio!, encuentran. 320

Al retroceder las aguas,
unas femeniles huellas
de pie breve reconocen
estampadas en la arena...
«¡Rosalía!... ¡Rosalía!», 325
gritan, y no oyen respuesta.
Van a la arruinada torre,
y hállanse sobre una piedra
un envoltorio deshecho
entre fango, espuma y tierra, 330
y un pañuelo rojo y jalde,
que le sirve de cubierta.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario